

LIBRO 2



*P*OR ESOS  
RECUERDOS

S. M. VANESA

Por esos recuerdos

Esperanza II



S. M. VANESA

Está rigurosamente prohibido copiar, transmitir, retransmitir, transcribir, adaptar, escanear, almacenar o reproducir por cualquier medio electrónico o mecánico el contenido de esta obra, ya sea parcial o totalmente.

Título: Por esos recuerdos.

© Vanesa Serna Martínez, 2019.

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta, maquetación y corrección por Vanesa Serna.

Contacto: [vanee.serna@outlook.es](mailto:vanee.serna@outlook.es)

ISBN: 9781071080436

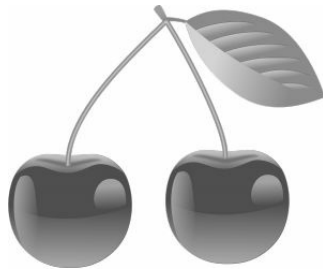
Sello: Independently published

## DEDICATORIA

Para aquellos que alguna vez perdieron la esperanza.

Libro 2

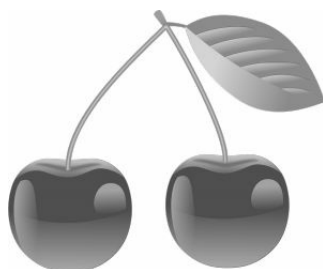
*en la serie “esperanza”*



Vivimos en un mundo donde los errores, los recuerdos y las decisiones del pasado carcomen el alma pedazo por pedazo. Dónde lo único que podemos hacer es intentar olvidar y seguir adelante. ¿Pero qué pasa cuando esos recuerdos nos doblagan, nos lastiman? ¿Seremos capaces de lidiar con ellos sin derramar una sola lágrima?.

## TORBELLINO EMOCIONAL

### Nathaniel



Sentado en mi despacho mientras observaba las estrellas brillar en el cielo, los helicópteros pasar, la gente caminar por las calles aglomeradas, me di cuenta lo estúpido e ingenuo que fui al permitir que su presencia se resbalara de mis manos cómo agua. Debí saber que una vez alejándome sería imposible borrar tanto recuerdo a su lado, que ya no podría recuperar el tiempo perdido pues si yo fuera ella, no me perdonaría ni volviendo a nacer.

Noche tras noche evocaba sus caricias, sus besos y sonrisas, pero nada de eso tenía sentido cuando sabía que al abrir los ojos y viera al otro lado de la cama en la madrugada ésta estaría vacía, solitaria, fría sin el calor del otro cuerpo calentando las sábanas.

Era una triste realidad que debía asumir, pero, más que nada, intentar borrar. Solo así podría recuperar mi paz mental y emocional que tanto ansiaba.

No era que su recuerdo fuera amargo, al contrario, recordarla me hacía darme cuenta de que aún contaba con un corazón capaz de sentir, de latir por razones distintas al amor. Sin embargo, mi única misión a estas alturas era hacer todo lo posible por olvidar, por conciliar esa tranquilidad arrebatada que tanto daño me había causado desde que tenía memoria.

Con mis dedos pulgar e índice froté el puente de mi nariz en un intento de apaciguarme. La semana había estado ajetreada, complicada debido al trabajo acumulado por mis vacaciones con Nicolás a otros estados de la república. Sin embargo, recordar su sonrisa al fotografiar cada lugar que visitábamos, la gastronomía deliciosa que engullíamos, junto con los juegos mecánicos de la feria a los cuales nos subimos, me hacía entender que debía estar bien para él, que todo el trabajo acumulado valía la pena pues al final de cuentas yo era su padre y como tal, debía poner el ejemplo.

Debía sonreír, y mi trabajo no sería obstáculo para ello, mucho menos unos recuerdos que ya eran pasado.

Un fiquito rojo encendiéndose en mi celular llamó mi atención. Lo cogí del escritorio y abrí el

mensaje. Era él.

¿A que no sabes quién pudo preparar ese pastel de queso que tanto queríamos? :D

Mi boca cayó abierta cuando leí eso. Desde que regresamos de nuestro viaje por el oeste de México, Nicolás había estado de necio en querer preparar el pastel que probamos en una excursión por Nayarit, y, a decir verdad, no pensé que fuera capaz de hacerlo tan pronto, digo, era bueno en muchas cosas, más cuando se trataba de paisajes y cámaras, ¿pero en la cocina? Eso era nuevo y de alguna manera me enorgullecía e intrigaba sobremanera.

Mi hijo era toda una cajita de sorpresas.

Juro que si no sabe a quemado te llevo a ese museo artístico que tanto has pedido y de paso te compro la cámara instantánea que viste en el centro comercial.

Pues ve haciendo espacio en tu agenda, pá, porque estoy cien por ciento seguro que te quedarás con la boca abierta y sin un dólar en el bolsillo 😊

Solté la carcajada. Cuando Nicolás se proponía algo no descansaba hasta lograrlo. Era muy perfeccionista con todo, hasta sus calcetines los tenía ordenados por colores y estilos, igual sus playeras y pantalones, eso era algo que me recordaba mucho a mi querido amigo Christian.

Una vez que leí su mensaje y vi la hora en mi computador, decidí que era hora de regresar a casa para probar ese delicioso manjar que preparó, a ver si era cierto que le quedó idéntico.

Cogí mi saco del perchero negro, guardé mi celular en el bolsillo trasero del pantalón negro y, tomando las llaves del escritorio, salí por los oscuros pasillos de la empresa, sintiéndome un poco más relajado, menos tenso. Siempre sucedía esto cuando tenía conversación con él, me relajaba y me hacía mantener los pies sobre la tierra, sobre todo, me hacía entender que no todo



estaba perdido, que aun después de la tormenta podía encontrar un arcoíris, la calma, ese sosiego tan dulce envolverme entero.

A lo lejos pude ver como el elevador marcaba el número cinco, justo el piso donde estaba. Resoplé. ¿Ahora que había olvidado Naomi? Esa chica era algo torpe, pero eficiente en su trabajo. Sonreí al recordar sus ojos rasgados mirarme arrepentidos la primera vez que topamos. Yo acababa de salir de una reunión mega extensa pues esa semana teníamos que publicar la revista de vinos, lo que tenía a todos en el departamento editorial vueltos locos al igual que el jefe superior. Entonces, mientras leía algo en mi móvil, abrí la puerta bruscamente y cuando menos lo pensé, una chica de cabello negro lacio cayó entre mis brazos.

—Lo siento mucho, señor —murmuró en mi pecho puesto que su rostro terminó hundido en él.

Reprimí una carcajada.

—No te disculpes, los accidentes pasan, además, fui yo quien abrió la puerta así —dije bajando la mirada hacia ella. Si mis cálculos no fallaban, debía de medir algún metro sesenta o menos. Realmente era bajita.

Sí, sonaba cliché el asunto, pero así sucedió, además, desde ese día supe que la chica trabajaría para la empresa y no tenía problema con eso, era agradable platicar con ella, siempre sacaba temas raros los cuales me entretenían. Entonces agradecí a mi jefe por contratarla, por lo menos ya contaba con una excusa para llegar temprano al trabajo.

Cuando las puertas del elevador se abrieron, una silueta bajita salió fuera. En efecto era ella, no me equivoqué. Su melena estaba desordenada como de costumbre, ya no portaba la falda ajustada que marcaba el reglamento ni tampoco esa playera blanca de manga larga que la hacía parecer sardina mal enlatada, en cambio, unos shorts holgados empañaban su figura exquisita, y una blusa color durazno de tirantes escondían su diminuta cintura y pecho.

Lucía sencilla, pero preciosa.

—¿Podré ser más torpe?! —la escuché decirse mientras caminaba como alma que se lleva el diablo por el pasillo, lo peor de todo era que no sé percató de mi presencia, de hecho, casi nunca lo hacía y a veces era frustrante. ¿Tan mal me veía con mi cabello rizado largo hecho un moño? ¿O es que tenía novio y no quería ganarse problemas? No la comprendía en lo absoluto.

Nao entró a su oficina azotando cosas, al parecer buscaba algo importante. No quise intervenir en sus planes, así que mejor continúe mi camino al elevador y pulsé el número uno. Cerré los ojos y dejé salir un enorme suspiro. Entonces, un vidrio estrellarse me hizo abrir los ojos de golpe y poner un pie fuera del elevador.

Corrí a su oficina, asustado.

—Mierda, Naomi, ¿qué hiciste?! —solté al ver un enorme pedazo de vidrio clavado en su rodilla. Ella me observó con lágrimas en los ojos, su pecho subía y bajaba con dificultad. ¿Qué demonios hizo para triturar su escritorio?

—Y-y-yo bu-buscaba mis llaves y resbalé con un periódico... —explicó apuntando el pedazo de papel arrugado a unos centímetros de ella. Negué con la cabeza, incrédulo a lo que veía.

Confirmado, no existía nadie, pero nadie más torpe que ella, y por alguna razón, eso era algo que me encantaba.

Me acerqué cauteloso, procurando no pisar ningún vidrio roto pues lo que menos quería era salir también lastimado. Cuando estuve a unos centímetros de su cuerpo, flexioné ambas rodillas para quedar a su altura. La pelinegra me observó con ojos empañados por el líquido salado que derramó y, como si se tratase de un bebé indefenso, extendió sus brazos flacuchos en mi dirección, como dándome a entender que la cargara.

No le negué ese privilegio.

Su nariz terminó hundida en la curva de mi cuello y no pude sentirme más incómodo y acalorado. Esa zona era mi punto débil, tan solo un roce o algo me prendía peor que una fogata incluso a mis treinta y un años. Conté hasta el número diez con lentitud mientras llegábamos a mi oficina donde procuraba guardar un kit de primeros auxilios por eso de las dudas, uno nunca sabía cuándo podría ocuparlo, hasta un corte con alguna hoja de papel podía ser mortal.

Una vez dentro de mi guarida la recosté con delicadeza sobre el sofá grisáceo de piel que me traje de mi casa. Rápidamente busqué lo necesario y pronto me senté en alguna silla giratoria para curar su herida que no lucía para nada bonita, incluso me dio escalofríos.

No era muy fanático de la sangre. Pero me aguanté.

Sus quejidos resonaron por las cuatro paredes cuando el agua oxigenada cubrió gran parte de la rodilla, pero más cuando con unas pinzas especiales para estos asuntos saqué el pedazo de vidrio que se había incrustado como espada horizontal dentro de su piel. Rápidamente coloqué una torunda con alcohol para evitar el sangrado y respiré hondo.

Naomi pataleó, gritó, maldijo a medio mundo y eso solo empeoró las cosas. La pobre chica lloraba sin control, decía querer a su mamá a su lado, a su gato, y las ganas de querer reírme incrementaron con cada segundo.

Qué cruel era, pero ella tenía la culpa por ser tan niña.

—Sé que quiere reírse, sólo hágalo —reviró bajito, hipeando, ocultando su rostro con una almohada. En mis labios se formó una sonrisa.

—Eso sería de muy mala educación —espeté neutral, viendo su rodilla—, además, a cualquiera le pudo haber sucedido. Mejor relájese que ya casi termino, por lo menos hasta que la llevemos al doctor.

Su cuerpo se tensó.

—¿Di-dijo doctor? —una de sus manos apretujó mi brazo. Mis ojos se posaron en su rostro pálido, aterrorizado. Fruncí el entrecejo.

—Sí, dije doctor señorita Takahashi, pues debido a que el vidrio entró muy profundo en su piel, es posible que requiera operación —le informé, solo así sería capaz de obedecer.

—Prometa que estará a mi lado —pidió y asentí.

Cuarenta minutos después me encontraba sosteniendo la mano de ella mientras un doctor suturaba su rodilla lastimada. Dijo que no era necesario llevarla al quirófano por una cortadita así, por lo tanto, solo utilizaron anestesia local para dormir el pedazo y no el cuerpo entero como profesó ella.

Gracias al cielo me equivoqué en mi hipótesis.

Naomi mantuvo los ojos cerrados y mi mano bien apretada con la suya, juraba que si no me liberaba en los próximos minutos ésta se tornaría a un color ciruela y el que ocuparía cirugía de verdad sería yo.

—Ya casi acabamos, Nao —informó el doctor, dando las últimas puntadas.

Vi sus hombros caer, su pecho desinflarse.

—No me dolerá, ¿verdad? —preguntó afligida, absorbiendo por la nariz.

El doctor río y encontró mis ojos. Yo lo incité a que continuara.

—En una semana estarás como nueva, eso sí, nada de correr ni de esforzarse mucho, ¿entendido? Tuviste mucha suerte de que el vidrio no fuera más allá de la piel.

Dicho eso, dejó a un lado la aguja, dio algunas indicaciones a una enfermera y salió del cuarto dejándonos solos.

—Ya escuchaste, en una semana estarás como nueva si sigues lo que te dijo —murmuré con informalidad, sentándome en una esquina de la camilla. Sus ojos oscuros y rasgados me

encontraron y, por primera vez desde hace mucho, me sentí nervioso. Muy nervioso.

Sin embargo, me los tragué, no era momento para eso.

—Muchas gracias por traerme aquí, señor Gray. Prometo tener más cuidado.

Esboqué una sonrisa, aliviado.

—Eso espero, porque la verdad estaría en un grave problema si decide abandonarme. Es eficiente, dedicada, organizada; personas como usted hacen falta en la editorial —sus mejillas enrojecieron.

Mierda, creo que le acababa de declarar algo más que mi admiración por ella. Aparté la vista a cualquier lado menos a su rostro.

—Y-yo... eh... ¡Gracias!

Después de dejarla sana y salva en su apartamento, y de que pasara a beberme algunos tragos para olvidar la babosada que había dicho, al bar que Rodrigo puso aquí, llegué a mi hogar para encontrarme con mi hijo viendo *The Walking Dead*; nuestra serie favorita.

—Pensé que no llegarías —soltó Nicolás, bajándole volumen al televisor. Me despojé de mi saco, corbata y zapatos. Segundos después estaba sentado a su lado, alborotándole su cabello rubio con algunos mechones negros.

—Tuve un pequeño inconveniente, campeón —expliqué, evocando el aroma a mandarina que desprendía aquella mujer, el aroma que de seguro se quedó impregnado en mi coche—. Mejor dime, ¿dónde está mi rebanada de pastel, eh? Se me hace agua la boca con sólo pensarlo.

Nicolás esbozó una sonrisa.

—¿Ya compraste las entradas para el museo? —cuestionó bailando sus cejas. Solté una carcajada. Algo me decía que esa rebanada me costaría un ojo de la cara, pero no importaba.

—Nope —le saqué la lengua—, pero si me traes la rebanada con esa agua de horchata que hice en la mañana, ahora mismo los compro.

Dicho esto, el rubio salió disparado a la cocina para traerme lo pedido, mientras tanto yo me dediqué a buscar las entradas para el fin de semana en mi móvil. Con tal de verlo sonreír era capaz de hacer cualquier cosa. Él lo valía.

Por la mañana desperté más temprano de lo usual, por lo que dejé el desayuno preparado para mi hijo y salí a comprar unas donas glaseadas que vendían en la gasolinera más cercana. No supe como estuvo todo, pero me vi comprando un paquete grande y dos cafés.

Conduje hasta el departamento de Naomi y toqué su puerta. Me sentí nervioso, fuera de mí, y más confundido que una ardilla persiguiendo una nuez.

La asiática abrió la puerta luciendo toda desaliñada, llevaba ropa holgada, el cabello amarrado en una coleta alta y bajo sus ojos lucía diminutas ojeras. En automático me sentí culpable por interrumpirla. El doctor había recomendado reposo, pero aquí estaba, chupándole las energías con mis imprudencias.

—Buenos días señor Gray —saludó haciendo reverencia, a lo que imité pues sabía que los de su cultura tenían una manera distinta de saludar a nosotros.

—Espero no haberla despertado Takahashi —solté sonriente, preguntándole con la mirada si podía pasar. Ella asintió sin mucha oposición—. Traje donas y café, ojalá sean de su agrado. La verdad son las más deliciosas de la ciudad y el café ni se diga.

Naomi se me quedó viendo petrificada en cuanto crucé el umbral de su puerta. No comprendí bien, ¿acaso ella debía entrar primero que yo? ¿Debí hacer alguna otra reverenda a su Dios? No sabía, pero cuando con sus dedos me señaló los zapatos, comprendí mi segundo error. Apenado,

dejé los zapatos en un lado y, utilizando solo calcetines, me introduje a la acogedora sala de estar que tenía una pequeña mesita de madera con incienso y algunos cojines regados por el piso tapizado en madera brillante.

Nada de televisores, jarrones, ni cuadros, solo eso.

—Tome asiento —musitó neutral, poniéndose de cuclillas con demasiado cuidado para después sentarse a lo indio, con ambas piernas cruzadas. Sus manos descansaron en sus muslos.

Coloqué el desayuno sobre la mesita y no pude evitar preguntarme si no le dolería hacer eso puesto que la noche anterior la suturaron. No obstante, me abstuve de querer saber todo a detalle y solo pregunté lo obvio.

—¿Durmio bien?

—Sí, supongo. Es la primera noche que logro dormir diez horas sin levantarme al baño. Aunque aún no me explico mis pocas ojeras —compartió más animada, abriendo la caja y sacando una dona. Se la llevó a la boca para darle una tremenda mordida que casi se la acabó.

Suprimí una risita.

—¡Eso es perfecto entonces!

Lo que restó del desayuno improvisado conversamos sobre trabajo, especialmente el libro nuevo que estaba escribiendo y revelándole algunos detalles que ni el mismo jefe sabía. Obviamente recibí muchos elogios y hasta algunos consejos que podrían mejorar mi escritura, así que no desaproveché nada. Cuando terminamos decidí que era hora de partir pues necesitaba que firmar unos papeles en el departamento legal en la editorial.

Al menos hice media hora de camino. Firmé todo, hablé unas cosas con los de contaduría y regresé a mi casa para tomarme el día. Lo bueno de redactar un libro y editarlo era que podía trabajar desde cualquier lugar, no era necesario ir a la editorial todos los días, solo cuando hubiera alguna junta o exposición. Así que la mayoría de las veces me la pasaba aquí, encerrado en mi lugar, rodeado de la naturaleza que me idiotizaba.

A eso de las tres de la tarde terminé una sección más sobre mi tema, así que decidí que tomar una ducha caliente para desentumir los músculos sería de gran ayuda. Caminé hasta mi habitación, agarré una playera holgada, unos shorts, unos bóxers verdes y mi toalla, y me dirigí al baño que se encontraba en el cuarto de la lavada. Quité mi ropa con apuro y pronto ya me encontraba bajo el chorro tibio disfrutando de las gotas deslizar por cada extremidad.

Recargué la frente sobre el mosaico y de repente mis recuerdos comenzaron a salir a flote, provocándome una opresión maquiavélica en mi interior. Intenté alejarlos, pero cuando menos lo pensé, sus ojitos color miel, su risa, sonrisa, su cabello rojo aquel primer día de clases en el colegio, me derrumbó. Poco a poco me fui deslizando hasta topar con el piso, ahí hundí mi cabeza entre mis rodillas y comencé a sollozar, a sacar todo ese maldito dolor que se empecinaba en aniquilarme, en dejarme en claro que por más que pasaran los años seguiría atrapado en el pasado, evocando caricias que nunca sucedieron, besos que jamás sentí.

Por más que me decía que fue mi culpa, que estaba así por mis tontas decisiones, mi corazón testarudo, mi mente alocada no entendían razón. Ya no sabía qué hacer, ni que excusa buscar para obviar lo que sentía clavado como una estaca. El trabajo ayudaba un poco, pero cuando no hacía nada esto pasaba. Y realmente era patético ponerse a pensar que pude haber tenido la felicidad en mis manos, pero lo dejé ir por cobarde.

Me puse de pie por enésima vez, limpié las lágrimas y elevé el rostro en dirección al grifo. Había tenido suficiente, algo necesitaba hacer para brindarle paz a mi interior agrietado. ¡Algo! ¿Pero qué?

Cuando salí de la ducha me sentí más liberado, era como si sacar lágrimas ayudara un poquito

a menguar las penas. Me hice algo ligero para comer y salí nuevamente a la calle, pero esta vez para buscar la cámara que Nico había visto. Por fortuna el local aún la tenía, y eso me hizo sentir bien. No dudé en comprarla y pedirle al señor que me la envolviera en una caja de regalo.

Vagué por minutos interminables dentro de ese centro comercial, disfrutando de los sonidos ensordecedores de la música mezclarse con el de las personas, de los olores exquisitos que captaba mi olfato cada que pasaba por un local de comida. Había mucha gente, incluso un show de payasos animando a niños. Todo era perfecto, con un aura capaz de quitarme algunos gramos de lamento de encima. Me detuve en un local de gustitos mexicanos y pedí cinco sopes con frijoles, crema, repollo y tomate.

El haber comido en casa no fue suficiente.

Recorrí el local hasta encontrar una mesa perfecta, y no pude sentirme más complacido, sobre todo porque desde donde estaba podía vislumbrar los rostros de aquellos niños que vi antes de entrar. Reían sin retraerse, en sus caritas estaba ese rubor inocente, ese brillo que muchas veces le faltó a mi hijo. Juntaban sus manitas con frenesí, aplaudiendo a lo que hacían esos animadores, algunos movían sus globos de izquierda a derecha y entonces comprendí que ser niño es la etapa más maravillosa del ser humano.

Eres feliz con cualquier cosa, no tienes que lidiar con los dramas adultos ni reproches, mucho menos con los problemas de la sociedad. Comes golosinas a todas horas, juegas, te diviertes, sonríes, gozas... Si pudiera pedir un deseo sería justamente eso, ser un niño otra vez. Tendría a mi familia conmigo, mi papá no sería un insolente que me odiara, mamá prepararía mis comidas, Andrea estaría cuidándome y, lo mejor, mis amigos, todos y cada uno de ellos, estarían a mi lado compartiendo momentos, recuerdos.

Una lágrima testaruda escapó de mi ojo derecho y rápidamente aparté la vista del cristal, solo me hacía daño al desear algo que no era posible. Esta era mi realidad: unos padres desentendidos, amistades a distancia, sin el amor de una mujer...

—Aquí tiene su comida, señor. ¡Provecho!

Comí en silencio, vagando por mis redes sociales, de vez en cuando respondiendo algún mensaje pendiente. Entonces una publicación me hizo tragarme mi alimento de golpe. Le di un sorbo a mi refresco gaseoso.

“Se les invita a los todos exalumnos de Leopard High graduados entre los años 2013-2016 asistir a una cena de reencuentro que estaremos obsequiándoles por el fuerte desempeño académico que se vio pues fue una de las mejores generaciones que ha existido hasta la actualidad.”

*Joey Gray, directora de la institución.*

Con rapidez apagué mi teléfono e intenté estabilizar mi corazón, de pronto éste se aceleró a tal grado de sentir punzaciones en mis orejas. Terminé los sopes apresurado, pagué sin detenerme a tomar el cambio y salí casi corriendo con el obsequio de mi hijo aferrado al pecho. Subí a la camioneta, estaba temblando, sudando frío, un montón de imágenes aparecieron en mi mente como película, haciéndome echar la cabeza hacia atrás al momento que un grito gutural escapaba de mi boca.

¡No podía ser cierto!

Manejé todo alterado a mi casa, ni siquiera me importó pasarme las luces rojas o atropellar a algún cristiano, de lo único que era consciente es que necesitaba corroborar lo que había leído. Y mi laptop ayudaría con ello.

Cuando estuve aparcado en la cochera, bajé casi a tumbos, logré entrar a como pude a mi sala de estar y entonces mis ojos captaron un sobre manila sobre la mesita de madera que usualmente tenía revistas o libros. No necesité acercarme lo suficiente para saber qué asunto podría tener, mi corazón y sentidos me lo confirmaron.

—¿Papá? ¿Te sientes bien? —preguntaron de la nada, haciéndome girar con brusquedad y tropezar con mis zapatos. Caí de sentón en la alfombra.

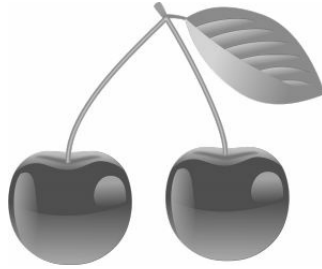
Nicolás se acercó con rapidez para ayudarme.

—De maravilla... —logré musitar, aun con la vista en la mesa. Tragué saliva.

—Pues no parece, estás pálido, tienes ojeras y pareces muy descolocado. Anda, vamos a recostarte —no discutí con él y mejor le hice caso, total, tanto torbellino de emociones en tan poco tiempo me tenía sin habla, con movimientos incongruentes y torpes. En cuanto mi cabeza tocó la almohada plana me perdí en el paraíso de los sueños, o más bien, de los recuerdos, tormentos y lamentos.

## Heridas abiertas

### Joshua



Cuando te preguntan porque elegiste ser cirujano, la mayoría responde que es por el dinero y los lujos que puedes darte. En cambio, yo siempre respondo que es por el silencio al momento de estar dentro del quirófano pues ahí no hay lugar para tus lamentos ni recuerdos tormentosos, mucho menos interrupciones. Por eso adoraba serlo ya que cuando estaba dentro acompañado de mis colegas, sosteniendo el bisturí o cortando a alguien abierto, encontraba paz, algo que perdí años atrás por imbécil e inmaduro.

Le di el último sorbo a mi café sin azúcar y continúe mi camino por los pasillos del hospital en busca de mi esposa, la Doctora Monroe, una excelente cardiología que conocí en mi segundo año de residencia en Louisiana.

Mientras caminaba hacia su oficina, recordé mi primer día cómo interno en Faith West, mi maestro era un gran dolor en el culo. Muy mandón, gruñón, pero, a fin de cuentas, un perfecto ser humano capaz de enseñarte lo desconocido, y gracias a él puedo decir que mi carrera como neurocirujano había ido floreciendo a lo largo de los años, tanto que me obsequiaron un viaje por México durante dos semanas, eso sí fue sorpresa.

El cambio en mi vida fue radical, intenso, de tener un poco de tiempo libre, ya no tenía ni tiempo para dormir y era exhausto. Pero cuando amas algo con devoción, el sueño es lo de menos ya que no hay nada más gratificante y asombroso que hacer lo que más te apasiona aún si tienes que sacrificar algunas cosas en tu vida cotidiana.

Los meses transcurrían frente a mis narices dentro del hospital, a veces no llegaba a casa a dormir, mucho menos veía a Rodrigo, cielos, ni siquiera tenía tiempo para ir a ver a mi hermana y a mi sobrino, eso sí me frustraba. Pero entonces llegó aquella castaña de ojos oscuros y cambió mi mundo, me ayudó a manejar mi tiempo, y, poco a poco, fuimos entablando una amistad que a lo largo del tiempo se convirtió en algo más. No diré que mis tormentos desaparecieron por completo cuando contraje matrimonio, pero por lo menos eran más manejables, menos intensos.

Logré medio cerrar aquellas heridas abiertas.

Entré a la oficina de la doctora y lo primero que mis ojos captaron fue a su enorme vientre abultado.

Sonreí, se veía hermosa.

—Por favor dime que aún no vas a comer —inquirí burlón, acercándome a ella con prisa, necesitaba saber que todo esto no era un simple sueño del cual despertaría tarde o temprano. No toleraría perderla a ella también.

—No, Dr. Lockwood, aún no he ido puesto que mi marido dijo que tenía una sorpresa para mí —sonrió, atando su cabello en una alta coleta—. Además, tuve una cirugía demasiado extensa que me previno de salir temprano. Ya sabe, las típicas complicaciones en quirófano al último momento.

Esa era ella, una mujer que ponía primero su trabajo antes que su vida personal, y no me quejaba, tenía el gran privilegio de verla aquí en el hospital y en casa, eso ya era bueno, pero desde que supimos que seríamos padres, estar quieta era lo último que hacía y considerando los riesgos del embarazo, a veces me daba miedo y no podía evitar sentirme frustrado. Tal vez era el karma haciendo de las tuyas, pero por eso mismo procuraba darle sus vueltas durante el día para asegurarme que todo estuviera bien.

—¿Nos vamos? —pregunté frotando su vientre. Samara bajó la mirada a mi mano y sonrió, parecía una niña pequeña cuando lo hacía. Olvidando por un momento que la puerta estaba abierta, acuné su mejilla con una mano y la besé. Sus labios sabían a chocolate, de seguro comió algunos panecillos que había en la cafetería a escondidas.

A veces podía ser muy glotona.

Nuestros labios se movieron al ritmo de una tortuga, así, lento, con cuidado, la suavidad que brindaban esos colchoncitos rosados era más de lo que alguna vez soñé tener pues cuando pierdes algo preciado, lo último que piensas es en poder revivir aquello apagado y con Sam, bueno, con ella comprobé que incluso con las cenizas restantes puedes encender un fuego intenso. Con ella logré encontrar las piezas que le faltaban a mi corazón, así como también sanar aquellas que estaban rotas, sin reparación.

—Josh... la puerta está abierta, cariño —musitó jadeante, perdiendo sus manos dentro de mí playera y trazando pequeños círculos con sus dedos en mi abdomen. Ahogué un gemido, amaba cuando hacía eso.

—Ay Sam, que haré contigo —respondí burlón.

Salimos de su oficina algo alterados, pero felices de que por fin iríamos a comer esa deliciosa comida asiática que tanto delirio nos había provocado durante semanas enteras. Una vez en mi carro la ayudé a abrocharse el cinturón puesto que con el enorme balón que se cargaba no podía doblarse tanto, y la verdad me gustaba hacerlo, eso me recordaba que pronto sería padre, que pronto mi princesa estaría entre mis brazos y haría lo que fuera por protegerla, por darle todo el amor y cariño que necesitara.

Había días donde me sentía un gran hijo de la chingada que no supo cómo luchar por sus otros hijos, por la mujer que amó, pero no podía hacer nada al respecto cuando Ethan me dejó en claro que jamás la buscará, que ella merecía ser feliz lejos de mí.

Las noches en vela se convirtieron en costumbre al igual que llorar, no sabía qué hacer, me sentía perdido, solo, extraviado en un mundo ajeno al que conocí. Incluso hubo días donde me daba asco verme al espejo y todo porque cada que lo hacía recordaba lo imbécil que fui cuando decidí quedarme de brazos cruzados y ver cómo las tres personas más importantes en mi vida se me resbalaban como agua de las manos.

Yo debí seguirla, debí contactarla y suplicarle me perdonará, que sería el mejor padre para mis



hijos y la mejor pareja que ella pudiera tener. ¿Pero qué sucedió? Preferí ir en la vida como si nada hubiese pasado, como si jamás hubiera embarazado a una mujer o la hubiera amado como lo hice. Y era doloroso ponerse a pensar las veces que la cagué, primero Clau y el bebé que, por mis borracheras, terminé alejando de nosotros, después Katherine, que no tuve la paciencia suficiente para esperarla, para buscarla. Dios santo, ¡le puse una mano encima!, eso era algo que nunca olvidaría. Y ahora, ahora estaba perdido. ¿Dicen que la tercera es la vencida, no? Esperaba con devoción no arruinar la nueva oportunidad que la vida me daba, si bien Samara comprendió mis sentimientos desde un principio, ella merecía que la cuidaran, que velarían por esa criatura que venía en camino, y no sería yo quien le rompiera el corazón, al menos no estaba en mis planes.

Ya no deseaba lastimar a nadie más.

Llegamos al restaurante veinte minutos después ya que quedaba algo retirado del hospital y había algo de tráfico en la carretera, aparqué mi automóvil en el primer estacionamiento que encontré y después nos encaminamos al maravilloso local que tenía linternas rojizas colgando del techo en forma horizontal. Uno de los meseros nos guio hasta las mesas de fondo pues ahí podíamos observar la ciudad desde su ángulo perfecto, en especial esa torre en forma de antorcha que mi mujer adoraba.

Cuando estuvimos ya sentados pedimos nuestros platillos: mientras Sam eligió unos rollos de sushi y una sopa que llamaron ramen, yo pedí unas bolitas de arroz con relleno y pasta con verduras. La verdad tenía tiempo sin probar este tipo de comidas, por una u otra cosa siempre terminaba comiendo cosas poco saludables porque mi tiempo era limitado, pero desde que noté cambios en mi cuerpo, sobre todo en mi abdomen, decidí que lo mejor era bajarle a la comida chatarra, era eso o parecer una pelota con pies y perder la figura que con mucho esfuerzo construí.

¡Mis abdominales eran mi orgullo!

—Es tan hermoso... —murmuró ella, recargando todo su peso en el respaldo, llamando mi completa atención.

La luz de la lámpara contrastaba a la perfección con su piel morena, la hacía lucir algo naranjosa, acaramelada; no supe cuánto tiempo demoré recorriendo cada extremidad de su cuerpo con cierta admiración, pero lo cierto era que me encantaba hacerlo.

Me encantaba perderme en sus ojos marrones para después descender a su naricilla respingona que parecía tener una arruguita cuando hacía fuerza, posteriormente bajaba a sus enormes labios que siempre los asemejaba con dos gajos de alguna mandarina o bombones, y cada que los veía las ganas de querer comérmela a besos aparecía. Cielos... y como olvidar ese cuello alargado, fino, exquisito, tan solo verlo me imaginaba infinidad de cosas que podría hacerle con mi lengua y eso... me excitaba, me emocionaba tanto que estaba seguro sí ella se acercaba para acariciarme, explotaría y no me importaría tomarla justo en este instante.

—No tan hermoso como tú —solté así, de repente, siendo consciente lo que provocaba en su persona. Ese era otro detalle que me embrutecía.

—J-Josh... —sus mejillas tomaron un color rojizo que, al verme tentado, recorrí el otro lado de la mesa con tal de poder sentir sus labios con los míos. Después de algunos segundos me separé, agitado, dejándola más roja de lo que ya estaba. Sonreí satisfecho.

—Te amo, Sam.

Tiempo más tarde el camarero llegó con nuestra orden y comimos en silencio, algo que disfrutaba a su lado. La textura de las bolitas de arroz junto con el relleno cremoso brindó un placer delicioso a mi paladar, sobre todo a mi estómago.

—No sé cómo pudimos demorar tanto en venir —exclamó mi esposa llevándose el último bocado y mordiéndolo con cierta sensualidad que provocó una punzación deliciosa en mi

miembro.

—Con tanto paciente enfermo es difícil hacer espacio para nosotros, amor, pero mira el lado bueno —dije apretando su mano con la mía—, las vacaciones se acercan y pronto tendremos ese viaje que tanto has querido.

—A veces me siento una persona cruel cuando decido relajarme y dejar que las cosas resbalen.

—Sam, cariño, entiendo tu preocupación, pero también mereces un descanso, últimamente llegas tarde a casa y eso me preocupa —musité acariciando el dorso de su mano con mi pulgar. Ella ladeó su cabeza, cerró sus ojos y segundos después dejó salir un enorme suspiro inquieto.

Se le notaba cansada, fastidiada de la vida que llevaba todos los días, de la misma rutina aburrida que nos envolvía a los dos. Sabía a la perfección lo que era estar atado a una misma rutina que por más que desearas cambiarla no podías, pero considerando su estado, un cambio no sería mala idea, al contrario, sería muy beneficioso.

Era tiempo de actuar.

—Sabes qué, unas vacaciones no me caerían nada mal —sonrió, haciéndome una seña con su ceja de que era tiempo de regresar a casa.

Caminamos al frente del local para pagar la cuenta y comprar el postre, después nos fuimos al estacionamiento vacío y una vez ahí, la detuve.

—Sabes que eres lo más importante para mí, ¿verdad? —le pregunté, sintiendo de repente la gran necesidad de protegerla para que nunca se alejara de mi lado. Sam asintió—. Entonces déjate consentir, preciosa, no todo en la vida es trabajo. Ahora vamos, que de seguro Nay ha de estar cansada —murmuré frotando su vientre.

Los siguientes días pasaron con normalidad, exceptuando que decidí cambiar nuestra rutina por la mañana, todo con el fin de mostrarle a mi querida mujer que las cosas más simples podían ser divertidas, emocionantes.

Llegué a la casa temprano, apenas habían comenzado las vacaciones y quería pasar el mayor tiempo a su lado puesto que solo teníamos dos semanas para disfrutar al máximo, tiempo suficiente para volverla loca porque, si alguien se desesperaba por no trabajar, era Sam.

Recuerdo aquella vez cuando cumplimos tres años de casados, la llevé a una playa por una semana entera, y ella, para el tercer día que llegamos a Miami, ya se encontraba empacando las maletas porque “necesitaba” regresar a casa, ese día me carcajeé tanto que terminé por arruinar nuestro aniversario puesto que tuve que seguirla casi a rastras hasta el aeropuerto.

Sonreí, eso era algo que jamás olvidaría aunque me golpearan con un bate.

Quitó mi estetoscopio del cuello y lo dejó en la barra de la cocina, necesitaba tomar un enorme vaso de agua ya que me deshidraté por no beber la cantidad adecuada por día. Di unos pasos al frigorífico para sacar la jarra que contenía agua de Jamaica, vertí un poco de ella en un vaso cristalino y me lo bebí de un solo trago, así, sin dar tiempo a sentir el sabor peculiar en mi lengua. Mientras lo hacía, mi vista captó un sobre color caqui al lado del frutero. Depositó el vaso en el lavabo y me dirigí hacia el sobre, sintiendo un gran nerviosismo y curiosidad por saber que contenía.

Lo tomé entre mis manos sin titubear, con mi llavero le hice una abertura en una orilla para sacar lo que contenía dentro: una invitación. Intrigado, abrí ese pedazo de papel bien decorado y comencé a leer sin detenerme, cada línea alterando mi ritmo cardíaco, haciéndome sudar, temblar.

¿Por qué ahora?

Si no es porque me sostuve del comedor, lo más probable es que hubiera caído sobre mi

trasero. Tuve que releer la hoja para corroborar que lo que leía no era producto de mi imaginación. Yo... tenía años sin pisar mi ciudad natal, sobre todo porque el trabajo me consumía las veinticuatro horas, y bueno, ¿a quién engallaba? Estar allí significaba rememorar cada uno de mis recuerdos, desde el más doloroso hasta el más bello y hermoso, y si debía ser sincero, eso es lo último que buscaba.

Yo dejé ir fragmentos de mi mente y corazón el día que mi excuñado, Ethan, decidió no decirme donde encontrarla, el día que papá me dijo que merecía estar muerto, a mil metros bajo tierra. No tenía sentido luchar por algo que ya no tenía remedio, ni siquiera lo que sentía por mi hermana me detuvo. Por eso, leer la carta, pensar en tan siquiera poner un pie en ese lugar que me dejó cicatrices, me pone tan inestable, agitado. Hice bola el papel y lo tiré a la basura, sopesaría si ir o no, pero osarme en ir no me llamaba en lo absoluto.

Quitó mi playera blanca y me la llevé en mano hasta la ducha, ahí la eché en el canasto de madera que Sam me hizo comprarle. Lo mismo hice con mi pantalón, ropa interior y calcetines. Me di una ducha fugaz, pues estar bajo el agua hacía, por alguna desconocida razón, que mi cerebro maquinara pensamientos lacerantes, y a estas alturas de la vida necesitaba calma, paz. Sequé mi cuerpo con la primera toalla que encontré, cepillé mis dientes y con ese trapo enredado en mi cadera salí rumbo a la habitación.

Recostada hacia el lado izquierdo, con una almohada entre las piernas y otra estrujada a su pecho residía mi esposa, traía puesto un camisón rojo con puntillos blancos que lograba adherirse a su vientre. Me coloqué unos bóxers cualquiera para posteriormente meterme a la cama a su lado. Cuando estuve lo suficiente cerca, removí unos mechones sueltos de su rostro y cuello, y la besé con dulzura mientras que mi mano propiciaba suaves caricias a mi pequeña hija. También dejé un beso ahí y proseguí a apagar la lamparita situada en el buró.

A eso de las tres de la madrugada recibí una llamada de un colega, se escuchaba alterado, paranoico, a grosso modo me narró que el paciente que había operado días anteriores se despertó atolondrado, lo que trajo como consecuencia que se pusiera de pie, resbalara con algo en el piso y se abriera el cráneo. Tan solo bastó eso para tenerme cambiando y agarrando mis cosas. Conduje a una velocidad extrema que estaba seguro sería detenido por un policía. Afortunadamente no sucedió y llegué al hospital muy rápido.

En el quirófano ya me esperaban mis colegas, hice los procedimientos de higiene adecuados, me puse mi cubrebocas, guantes y la bata quirúrgica y proseguí a operar a ese paciente imprudente. Seis horas después logré terminar, por lo que decidí quedarme a dormir en alguna camilla situada en los pasillos.

Me recosté y no supe de mí hasta horas después.

Así era mi vida, un momento tranquilo, al otro cargado de emociones desquiciantes, cirugías, y más cirugías. Pero no me quejaba, amaba hacerlo, aunque a veces si deseaba poder darme el lujo de dormir mis ocho o nueve horas, de comer con decencia, pero ni que hacerle.

Ser médico requiere sacrificios, desvelos, hambreadas.

Mi esposa llegó al hospital a eso de las nueve, se le veía exhausta, drenada de energía, aun así logró hacer dos consultas, un chequeo de uno de sus pacientes y expedientes. Dio indicaciones a algunos internos y después me acompañó a tomar el desayuno en la cafetería como usualmente hacíamos.

—Anoche no te sentí llegar —dijo llevándose un pedazo de papaya a su boca. Alcé la vista de mis huevos revueltos improvisados.

—Lo hice temprano, pero en la madrugada recibí una llamada de Urgencias y tuve que atenderla. Perdón si hice algún ruido innecesario —me disculpé, no recordando realmente si fui escandaloso a la hora de buscar mis pertenencias y salir del departamento.

Samara meneó su mano, negando.

—Dormí como un tronco —confesó—, creo que Nay ya me está cobrando factura. A duras penas pude despertarme en la mañana.

Las ojeras bajo sus ojos confirmaban todo lo que me decía, habían sido meses enteros llenos de consultas, cirugías, conferencias, viajes, y aunque el jefe supremo le dijo que debía llevársela tranquila por el embarazo, ella no hizo caso, lo que la llevaba a esforzarse de más, a no dormir como se debía y mucho menos a comer saludable como recetó el ginecólogo. A veces me daba rabia porque no era para nada cuidadosa con nuestra hija, pero tampoco podía exigirle mucho porque conocía su temperamento, y mejor para evitar algún problema, me mantenía calladito.

—Espero que ahora si haces caso a lo que digo Mario y te tomes los días de descanso necesarios —reproché comiendo de mi almuerzo. Mi esposa frunció en entrecejo, se le veía enojada ante la mención de la palabra “descanso”, pero sabía que tenía razón.

No era inmortal, por ende, debía descansar sí o sí.

—Si no estuviera embarazada nada de esto estuviera sucediendo —fue aquí, justo aquí donde por primera vez en mi matrimonio sentí rabia, coraje, decepción, asombro, aflicción... una mezcla peligrosa que me hizo apretar la mandíbula y alejar el plato con brusquedad.

Le solté un golpe a la mesa.

—Por favor no empieces con eso Samara —gruñí ofuscado, hirviendo de coraje. ¿Tan poco le importaba cargar a mi hija en su vientre?

—Empiezo y termino Joshua —dijo de regreso, me apuntó con su dedo—. Tú sabías muy bien que mi trabajo va por sobre todas las cosas, que no iba a dejarlo por nada del mundo, ni siquiera por un tonto embarazo. Te lo dije, te lo advertí, y aun así quisiste intentarlo. Pues bien, aquí tienes el resultado —se agarró el vientre con coraje—, aquí está lo que tanto has anhelado desde que nos casamos.

—Hablas como si yo te hubiera forzado o puesto una pistola en la cabeza para tener un hijo mío.

—Pues prácticamente así fue. ¿O me equivoco? —sus ojos oscuros me fulminaron. No podía creer todo lo que estaba diciéndome, y lo que más caló era que no había ningún ápice de remordimiento. Samara hablaba en serio.

—Bien, ya entendí —me puse de pie y la miré desde lo alto, rabioso, colérico—. Míralo como un negocio entonces —apreté la mandíbula—, ten a mi hija, me firmas la custodia y no tienes que saber absolutamente nada de nosotros. Así *tú* te quedas con tu cochino trabajo y yo con una hija que sí sepa lo que es amar a la familia antes que cualquier cosa.

Sam soltó una carcajada y también se puso de pie.

Sus ojos brillaron.

Mi corazón se apachurró.

—¡Es lo más inteligente que has dicho en todos estos años de casados, Joshie! —palmeó mi mejilla, tosca—. Con gusto firmaré la custodia. Dios, en serio que me acabas de quitar un gran problema de encima.

—Eres un monstruo Samara.

—Tal vez —alzó la barbilla con autosuficiencia—, pero este monstruo es conocido mundialmente por todas las cirugías exitosas que he hecho. Este monstruo, como tú dices, lamentablemente comparte ADN con tu hija. Ay, ya, mejor me voy que me da pereza estar contigo.

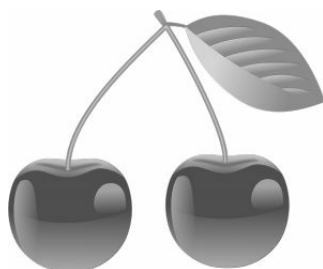
Mándame el abogado para firmar los papeles.

Cuando la vi salir por las puertas deslizables quise tambalearme, mi pecho subía y bajaba de la rabia, de la decepción. Jamás la había visto de esa forma, tan a la defensiva y sin sentimientos. No cabía duda que la ambición laboral separaba familias, parejas, y hoy, justamente hoy comprobé lo que tanto temí desde el inicio. Solo fui un juguete, un pasatiempo, me ilusionó, me hizo creer que en realidad me amaba y que la idea de ser madre estaba en sus planes.

Maldita suerte la mía.

## Dos angelitos

**Katherine**



El pedir deseos al ver una estrella fugaz cuando somos pequeños es de lo más emocionante que pueda existir, sin embargo, esos pensamientos toman otro camino al ir madurando, creciendo y, poco a poco, esa creencia peculiar es arrojada al barranco oscuro, al vacío.

No digo que creer en ello sea incorrecto o inadecuado, claro que no, solo que para mí, cada que escuchaba la oración “pide un deseo”, implicaba recordar la vida que dejé años atrás, esa vida que con mucho esfuerzo logré enjaular en lo más profundo de mi alma pues cuando amas como yo una vez lo hice, un amor intenso, destructivo que no dejaba ni dormir, en lo último que puedes pensar es rememorar el pasado con anhelo, querer sentir nuevamente aquellos besos, esas caricias apasionantes.

Mucho tiempo eludí el tema con mi hermana, simplemente eran cosas que deseaba guardar para mi solita ya que tenía miedo a ser juzgada.

Yo crucé la línea entre el amor y el deseo, entre el presente y el pasado, factores que de alguna manera sabotearon y derrumbaron barreras en mi corazón, en mi vida. Me vi engatusada por dos colores: el verde y el gris, una mezcla peligrosa que terminó por explotar, por debilitarme como nunca pensé. Y ahora que tengo veintiocho años sé que todo aquello que viví, pero más que nada, sufrí, fueron solo pruebas que la vida y Dios me puso en mi camino para hacerme fuerte, madura, para ser la mujer que soy ahora.

Observé el cielo iluminado una vez más antes de cerrar la puerta de cristal tras de mí y regresar a mi oficina al otro lado del edificio. Aún tenía trabajo por terminar antes de regresar a casa con mis dos grandes amores. Cogí mi cabello cobrizo oscuro en un moño desordenado, quité mi saco negro y salí al enorme pasillo rumbo al elevador.

Trabajar diez horas había sido difícil durante los últimos once años, pero ciertamente valió la pena pues me ascendieron al departamento de revistas en la Editorial Villalta. Sabía que no debía quejarme, al contrario, debería estar agradecida que pude ingresar sin el menor problema cuando

recién me gradué de la universidad, pero mi preocupación en sí era por el tiempo dedicado a mis hijos.

Aborrecía con toda mi alma tener que dejarlos en casa de mi hermana, desearía cuidarlos las veinticuatro horas, tenerlos junto a mí en el trabajo, pero solo podía hacer eso los fines de semana y a veces era frustrante porque me perdía de tantas cosas esenciales, cómo la primera muda de dientes, o las primeras lágrimas por no entender la tarea.

Muchas veces me vi tentada a renunciar mi profesión, digo, ¿para qué quería una si no podía compartir momentos con mi familia? Pero conforme pasaban los meses, los años, me di cuenta que ese detallito era sumamente importante porque gracias al dinero que generaba esa profesión tenía mi casa, mi auto, una vida pacífica y llena de felicidad para mis niños.

Y la verdad, ahora que miraba atrás, las decisiones que tomé a lo largo de mi adultez habían sido las mejores y por nada del mundo me gustaría regresar el tiempo, la niña tonta que alguna vez lastimó a personas queridas, la misma que confundió a muchos, se había perdido en lo más profundo del mar aquel septiembre cuando prometí dar todo de mí para criar a esos dos angelitos que llegaron a iluminar mi existencia.

—Katie, tienes una llamada del jefe en la línea cinco —comunicó Sasha, mi compañera y amiga de trabajo una vez dentro de mi oficina. Le formulé un “gracias” con los labios y corrí a coger el teléfono rojo con cierta rapidez, de seguro ya tenía la noticia que habíamos esperado durante semanas.

—Buenas noches, señor. ¿Puedo ayudarle en algo? —respondí agitada, mientras quitaba mis tacones para estar más cómoda. Adoraba sentir lo gélido del suelo en mis dedos.

Escuché cómo el jefe resoplaba agobiado, supuse que las cosas en la Riviera Maya no salieron como planeó, mejor dicho, como ordenó. Él solía ponerse en un plan muy mandón y corajudo cuando las cosas no salían como deseaba, en ciertas ocasiones presencié sus arranques y no fue para nada grato ver como tiraba objetos por doquier.

—Escucha bien, Sanders, no tengo mucho tiempo para hablar puesto que estoy en una junta importante, pero quería comunicarte algo que más vale no olvides —soltó ajetreado, medio amargado, haciéndome entrar en un espécimen de nerviosismo precoz. Rasqué mi nuca.

«¿Debería de preocuparme? Espero que no».

—Dígame, señor, soy toda oídos —hubo un silencio que me puso los bellos de punta, eso y sumándole que mi jefe no solía hacer pausas cuando hablaba.

—La persona responsable en orientarte con la revista llegará en dos días, así que te encargo lo hagas sentir en casa ¿sí? Él estará aportando ideas concretas para llevar a cabo este gran proyecto sobre las zonas turísticas en México, especialmente en la que estoy. Cuento contigo, Kat. Buenas noches —con eso, mi jefe finalizó la llamada sin siquiera dejarme decirle lo que en mi mente se formuló. ¿Un mentor? ¿Era en serio? Bufé exhausta, dejándome caer en el respaldo de la silla giratoria. Tendría que mantener la calma con esa persona si deseaba llevar la fiesta en paz. Patricio, mi jefe, sabía a la perfección que mi relación con personas ajenas era algo complicada, lenta, sin embargo, sabía que era una prueba más; una que no iba a fallar por más difícil que fuera pues los retos hoy en día no me asustaban.

Hora y media después conducía a la casa de Violeta con una sonrisa en mi rostro. Al fin tendría tiempo para relajarme después de haber tenido una semana intensa en investigaciones demasiado enriquecidas.

Aparqué el automóvil en la cochera, coloqué unas sandalias que siempre cargaba conmigo por eso de mis ánimos y bajé sin prisa, disfrutando del aire nocturno golpear mi rostro y mis piernas: esas que podía mover gracias a la satisfactoria operación cuando cumplí los veintitrés

años.

—Mami, ¡ya llegaste! —chilló un pelinegro corriendo a mis brazos. Me puse de rodillas para recibir a mi retoño en un cálido abrazo. Perdí mi nariz en ese cabello olor a cítricos mientras una mano apretaba con fuerza su espaldita—. ¿Cómo te fue en tu trabajo, má? —sus ojitos verdes encontraron los míos sin dificultad alguna. Adoraba perderme en ellos, de alguna manera me mantenían viva, feliz, con los pies sobre la tierra.

—Muy bien, osito. Hoy vi las estrellas que me dijiste, estaban hermosas —besé su frente, demorándome ahí mucho más de lo necesario.

—Es lo mismo que le dije a Tai, pero no me cree —sus pucheros adorables derritieron mi corazón como si fuera un cubo de hielo.

Taira, mi niña de once años, podía ser una personita muy reservada que no mostraba sus sentimientos a menudo e incluso podría decirse que prefería estar sola en su habitación dibujando alguna caricatura que estar conviviendo con nosotros, y eso me preocupaba mucho puesto que Manuel no era así. Él era un niño alegre, carismático, adoraba estar rodeado de personas ya fuera conocidas o desconocidas, varias veces lo vi convivir con sus compañeros del salón y madre mía, ese niño sí que sabía darle sentido a la palabra hablar.

Tal vez era por mi ausencia en casa que ella se comportara así, o de plano sacó ese lado mío que mucho trabajo me costó dejar en el olvido cuando era adolescente, no sabía bien la razón. Sólo era capaz de comprender dos cosas: su gusto hacía el arte y su amor hacía los pájaros.

En cambio, con Manu, todo era distinto, su vitalidad, su alegría eran despojadas hasta por los codos, eso lo heredo de... él. Y me gustaba ese lado suyo, más porque cada que veía sus ojitos recordaba lo maravilloso que fueron esos primeros meses donde ansiaba poder tenerlos fuera de mi vientre.

Oh esos tiempos...

Sonreí, no cabía duda que el tiempo se encargaba de acomodar todo en su lugar.

—Hay que entenderla mi amor, tú hermanita tiene otros gustos —le dije encaminándonos hacia la sala de estar donde encontré a una niña de cabello ondulado sentada sobre el sofá con un lapicero en manos. Los movimientos tan sincronizados que hacía su mano sobre el cuaderno me dieron a entender lo mucho que una simple hoja de papel podía ocasionar en su interior. Adoraba verla dibujar—. Buenas noches, princesa. ¿Lista para irnos?

Sus ojos verdes encontraron los míos sin esfuerzo, y, mediante ellos, comprendí lo mucho que deseaba estar en su palacio encerrada con algún pincel o carboncillo entre sus dedos, alejada de nosotros y sumida en un mundo que solo ella conocía.

Dejé salir un suspiro.

—Buenas noches, Kat. ¿Qué tal estuvo tu trabajo? —preguntó mi hermana y así, entre una plática no planeada, se me fue aproximadamente una hora. Le conté sobre mi nuevo mentor, sobre el proyecto avanzado mientras nos tomábamos una enorme taza de chocolate caliente, observando de vez en cuando a mis hijos discutir.

Violeta me narró sus planes para las vacaciones, decía querer ir a Cancún para perderse entre las aguas azules al lado de su marido y de sus hijos, quería salir por momentos de su rutina diaria y escucharla me animó a pensar una buena idea para cuando Manuel y Taira salieran de la primaria.

Cuando el reloj marcó las nueve en punto decidí que era hora de regresar a nuestro hogar. Tomé sus mochilas, algunos juguetes, me despedí de mi hermana, de su marido y emprendimos una jornada de media hora al otro lado del vecindario con música moderna resonando por las bocinas. Llegamos a casa más rápido de lo planeado, y lo primero que hicieron al bajarse del auto fue



correr dentro, mientras mi príncipe corría a la cocina en busca de no sé qué, mi querida princesa subió a su habitación, dejándome a mí en la sala.

—Má, quiero cereal —murmuró Manu con una expresión somnolienta que me causó ternura inmensa. Lo atraje a mi pecho en un cálido abrazo.

—Primero tomemos una ducha y después cenamos, ¿qué dices, campeón? —sugerí y él aceptó acurrucando su cabecita entre mi hombro y cuello.

Me encaminé con él en brazos hasta el segundo piso donde se encontraba la regadera, y una vez estando dentro del cubículo, fui quitando su ropa embarrada de tierra al momento que él tallaba sus ojos. Lo metí bajo el enorme chorro de agua tibia, enjaboné su cabello oscuro, tallé su espaldita con una esponja redonda y de la nada, mi niño cayó en mis brazos alarmándose por completo.

Cerré el agua abruptamente temiendo lo peor, pero al escuchar sus ronquidos supe que se había quedado dormido. Solté una carcajada.

Realmente estaba cansado.

Enrollándolo en una toalla de Toy Story, lo llevé hasta su habitación y lo dejé sobre su cama esponjosa mientras colocaba un pijama en su cuerpo desnudo. Cuando terminé de enfundarlo bien, me recosté un momento a su lado para cantarle una canción, eso ya era costumbre.

Por la mañana los llevé a la escuela y después conduje hasta la editorial. Sobre mi hombro derecho cargaba un maletín con todos los documentos que ocuparía para continuar la investigación que llevaba quemando mis pestañas desde ya semanas atrás, pero no me quejaba, adoraba mi trabajo.

Salí del elevador algo apresurada, quería llegar pronto a mi despacho puesto que Sasha me informó a última hora que el mentor llegaría en unas cuantas horas, eso sí alarmó cada célula viviente en mi cuerpo. ¿No se suponía que llegaba en dos días? Ingresé a mi oficina alterada, acomodando lo mejor posible el lugar ya que en los últimos días no había tenido tiempo de limpiarlo y tampoco permitía que la persona encargada de la limpieza entrara a mi oficina, luego podían mover cosas de su lugar o bien, perderme unas cuantas.

Rebusqué algún encendedor en mi escritorio, saqué una veladora del cajón que estaba a la derecha y la encendí para que su olor a vainilla con canela aromatizara los alrededores. Después, ya cuando mi oficina quedó impecable, brillando, me dejé caer sobre la silla giratoria para emprender otra aventura entre líneas.

Los minutos transcurrieron como fantasmas, me sumí tanto en mi redacción sobre la Riviera Maya que no noté cuando la puerta se abrió. Alcé la mirada sin pretender encontrar a nadie, pero, para mi sorpresa, un hombre en traje, dueño de la espalda más atractiva que haya visto en mucho tiempo, se encontraba de brazos cruzados con la vista perdida en la repisa que estaba a un lado izquierdo, supuse que admiraba las figuras de madera tallada que ésta tenía.

—Pero que belleza... —musitó el hombre con evidente emoción en su tono.

—Son exportados de Japón —informé acercándome hasta él, sin ningún ápice de nerviosismo. Él, cuando me vio por el rabillo del ojo, giró su cuerpo entero para enfrentarme, sonriente—. Soy Katherine Sanders, encargada del departamento de revistas.

—Mucho gusto señorita Sanders —dijo extendiendo su mano. La tomé sin dudar—. Yo soy William Villalta, el chiquillo que adoraba mirar las estrellas en la azotea de su casa.

Casi me tambaleé cuando lo escuché profesar esas simples palabras: «el chiquillo que adoraba mirar las estrellas». La emoción y felicidad que sentí en mi pecho fue indescriptible, única, William había sido uno de los mejores amigos que tuve cuando decidí vivir con mi abuela en Michoacán cuando tenía solamente once años, ese niño de cabellos azabache y ojos oscuros

como la tinta me ayudó a enfrentar mis demonios, aquello que me atormentaba todos los días. Fue gracias a él que aprendí que cualquier detalle, por más sencillo que fuera, tenía el poder de hacerme sonreír, vibrar.

Lo había extrañado tanto...

—¡Liam! —chillé emocionada y me lancé sobre él para abrazarlo. Sus enormes brazos no dudaron ningún segundo en tomarme y estrujarme contra su firme pecho, haciéndome sentir en casa, protegida.

—Te dije que nos volveríamos a encontrar, Cerecita.

El tiempo pareció detenerse entre sus brazos que lo único que desee con fervor fue quedarme ahí por más tiempo para disfrutar de ese aroma exquisito a libertad.

El señor Villalta acarició mi nuca como solía hacerlo cuando niños y, sin avisar, colocó sus labios en mi sien y ahí los dejó ahí por segundos interminables. La forma en que su pecho subía y bajaba me daba a entender que aspiraba mi aroma, que también se encontraba agitado, pero más que nada nervioso por nuestra repentina cercanía. Fue imposible alejarme cuando a su lado tuve todo lo que de niña quise.

—Sí, me lo dijiste y nunca te creí —reliqué soltando una risita. Su agarre se intensificó, sentí las mejillas arder.

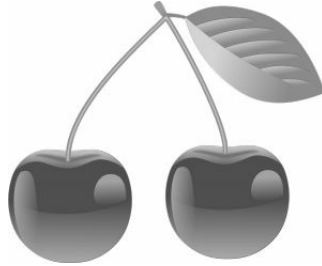
—Pues muy mal señorita, yo siempre cumplo lo que prometo.

—Me di cuenta —sonreí.

A esto le llamaba felicidad.

## La reunión

**Nathaniel**



Nadie sabe lo que tiene hasta que no lo encuentra por ninguna parte, antes no creía nada de eso, sin embargo, cuando me desperté en la madrugada para engullir la última rebanada de pastel de limón que yo mismo guardé en el refrigerador la noche anterior, ya era muy tarde. Eso no solo destrozó mi alma en pedacitos, sino que me quitó el sueño durante toda la velada. ¿Quién demonios se había comido mi rebanada de pastel? ¡Era mía!

Con ambas de mis manos froté mis ojos, estos ardían como si me hubiera pasado la mañana quemando basura en el patio y necesitaba estabilizarla si deseaba enviar el correo a la Editorial, sobre todo mandarle instrucciones a la señorita Takahashi ya que ésta misma tarde saldría a Nebraska para la junta que organizó mi tía, la directora de mi antigua preparatoria.

Ayer al llegar a mi casa después de ir al centro comercial a comprar la cámara que Nicolás quería, mi vista divagó a la mesita de noche tan solo puse un pie dentro, y ahí encontré un sobre color manila que tenía decorados muy finos con un escudo, mismo que confirmó mi descubrimiento en el restaurante.

Curioso, lo abrí sin dudar y adentro residía una invitación, una maldita invitación que revolvió todo mi intestino sin piedad por segunda ocasión. ¿Podía ser verdad? No era que me alterara el hecho de reunirme con mis amigos, al contrario, ansiaba volver a ver a mi ahijada, la hija que Christian y Claudia tuvieron meses después de habernos graduado, sino que, lo que realmente me aterraba, pero emocionaba al mismo tiempo, era el poner un pie en ese lugar porque después de tanto tiempo una parte dentro de mí gritaba por ser liberada, por recordar cada recuerdo que una vez me ató ahí, pero a decir verdad no creía tener las fuerzas suficientes para hacerlo, tres veces caí y una cuarta sería demasiado tentador, sobre todo doloroso.

Sí, yo era la definición perfecta de la palabra cobarde, nunca quise aceptarlo, sin embargo, todos mis años me habían enseñado de una manera cruel que no siempre podría ocultarme en mi caparazón para eludir los problemas, que si el corazón quiere algo, debemos dárselo por más absurdo que parezca.

Terminé de teclear todo a una velocidad impresionante y, mientras el correo era enviado, me

dispuse a arreglar mi pequeña maleta puesto que después de salir de aquella reunión, tendría que viajar con urgencia a Michoacán para reunirme con el señor Patricio, el accionista principal de la empresa en donde trabajaba, dijo tener información valiosa sobre la Riviera Maya, la cual visitaríamos para terminar de redactar el libro turístico que me pedían como requisito para poder ascender a un mejor puesto. También mencionó algo de compartir y adquirir ideas con su hijo mayor, un hombre dispuesto a lo que sea con tal de ver el bienestar de aquella playa que lo vio crecer como persona, era algo así como un mentor. Y la verdad, esa idea de tener las narices de alguien metidas en mi proyecto hacía hervir la sangre dentro de mi cuerpo.

¡No ocupaba ningún puto mentor!

Por otro lado, daba gracias al cielo que el tour por el museo fuera dentro de catorce días, tiempo suficiente para terminar los pendientes y disfrutar de la navidad al lado de mi hijo que bien merecido se tenía ese regalo.

Eso era uno de los beneficios de que Nicolás estuviera de vacaciones, por lo menos podría llevarlo conmigo a Nebraska, aunque a decir verdad temía encontrar a nuestros padres, de que mi hijo recordara cada gramo de dolor que vivió en carne propia por culpa de esos inhumanos, pero tampoco estaba dispuesto a dejarlo solo aquí, no teníamos más familia, sólo Rodrigo, un antiguo amigo que conocí en un bar hace años. Muchas veces me dijo que debía evitar ser tan protector, tan paternalista con él, pero no podía evitarlo, ese jovencito era la luz de mis ojos que pensar en dejarlo atrás me paralizaba; lo amaba tanto.

Noche tras noche recordaba el día que desafié a mi padre, a mi madre, Nico apenas alcanzaba los diez años y yo realmente estaba cansado de verlo sufrir. Así que me armé de valor, contraté un buen abogado y con su ayuda logré adoptarlo como propio. En un principio fue difícil pues la verdad criar un niño es una responsabilidad enorme que ningún muchacho de veintitantos años, uno que era adicto a las drogas, podría asumir, pero sabía que valdría la pena, ese pequeño niño valía cualquier sacrificio.

Solté un suspiro.

Necesitaba con urgencia una emoción en mi vida, algo que me hiciera vibrar, excitarme. ¡Maldita sea! Con el trabajo no había tenido tiempo ni de tener sexo. ¿Quién no tiene tiempo para el sexo? Al parecer era el único hombre frustrado del mundo, y la frustración solo sirve para dejarme pensando, para recordar cosas agrias que quisiera olvidar pero que por alguna enferma razón no podía.

Salí de mi casa rumbo al aeropuerto a eso de las cuatro. Conduje a una velocidad impresionante y faltando justo treinta minutos antes del despegue llegó Nicolás todo apurado, su rostro luciendo rojizo, sus gafas casi cayéndosele en el proceso.

—Llegas justo a tiempo, campeón —solté mirando mi reloj. Si no le apurábamos lo más probable era que ya no nos dejaran pasar, en estas fechas todo era complicado y costoso.

—¡Lo siento! Estaba tomando unas fotografías en el colegio y perdí noción del tiempo —confesó agitado, limpiando su frente del sudor que comenzaba a bajarle por su piel blanca.

Sin más que decir ambos nos apuramos con maletas en manos y los repentinos nervios que aparecieron en mi interior me hicieron darme cuenta que esa visita sería de todo menos aburrida o triste. Intuía que algo bello encontrarían mis ojos una vez que pusiera pies en tierras americanas, pues simplemente vivir en Nuevo León no era lo mismo, digo, Monterrey era lindo, había muchos centros comerciales, parques, teatros, incluso museos y zoológicos, pero era muy ajetreado, siempre había tráfico desquiciante, los conductores a veces eran irrespetuosos, atrabancados, y eso me asustaba.

Muchas veces mi hermana me dijo que me fuera a vivir con ella a Guadalajara, que las cosas

allí eran lindas, más calmadas, pero no me apetecía en lo absoluto, más que nada porque ese estado está muy lejos de la frontera, al menos aquí Texas estaba a tan solo una hora.

Subimos las escaleras del avión sin ningún problema, buscamos nuestro número de asiento y pronto nos encontrábamos viendo por la ventana, esperando el despegue. Nicolás, por su parte, había sacado la cámara que le compré para fotografiar lo que veía a sus alrededores.

Sonreí como bobo al verlo.

—Cada que me subo en un avión me siento libre, es como si pudiera tocar el cielo con mis propias manos —citó apasionado, colocando su mano sobre el cristal.

Mordí el interior de mi mejilla.

Él tenía razón, lo mismo sentía yo cuando me encontraba en una situación similar, aquí arriba podía ser dueño del tiempo y no había nada ni nadie que me robara esa sensación instalada en mi pecho.

Pronto despegamos, con ello llegó un intenso sueño que me hizo cerrar los ojos por horas, lo único que mi mente reproducía como un filme cinematográfico era la primera vez que Kate y yo dimos un paso en aquel cuarto lleno de naves espaciales que con mucho esfuerzo decoré solo para ella. Ese día lo recordaba perfectamente como nada en el mundo. Y sí, estaba consciente de que no tuvimos intimidad, pero para mí esos besos que compartimos, esas caricias sutiles, dulces, fueron suficientes para tenerme babeando años después pues nadie se imaginó que el juego inocente de dos niños curiosos terminaría en un profundo amor que ha sido difícil de radicar.

Aunque lo negara, aún había una chispa encendida dentro de mi cuerpo, una chispa que ni la misma belleza de Naomi podía encender.

Unos golpecitos en mi hombro me hicieron abrir los ojos poco a poco, era mi hijo, dándome a entender que ya habíamos llegado a nuestro destino. Bostezando, cogí mi maletín y recorrí el pasillo del avión ya vacío hasta bajar las escaleras metálicas.

La frescura de Nebraska me hizo entumecerme y fue allí donde me regañé mentalmente por no llevar ninguna sudadera conmigo.

—Vaya, debí hacerle caso al señor de la televisión —murmuró el rubio, frotando sus brazos con las manos para entrar en calor. La fricción siempre era buena.

—Y yo —concordé. Ambos reímos.

Caminamos dentro de la oficina, el olor a café caliente y pan horneado subió por mis narices, entonces recordé que no tomé el desayuno, ni mucho menos el almuerzo, toda la bendita mañana me la pasé redactando el correo, buscando cosas para mi libro.

A lo lejos pude ver una pancarta verde que tenía nuestro apellido grabado con un color negro. Aceleré el paso. La sonrisa que se formó en mis labios al ver la persona que la sostenía casi me hace tirar el maletín al suelo para correr a su encuentro.

Era Christian, mi mejor amigo.

—Pensé que no llegarían a tiempo —dijo emocionado, caminando con suma tranquilidad a encontrarnos. Nico corrió en su dirección sin pensarlo dos veces para abrazarlo, casi tumbándome en el proceso, y Chris no dudó ningún momento en tomarlo entre sus brazos como si se tratase de su propio hijo.

—Hasta que te dejas ver, gatito —esa fue Claudia, acercándose sonriente con su enorme barriga y una preciosa niña castaña entre manos. Mi sonrisa se amplió más al verlas. En serio las había extrañado. Simplemente no era lo mismo verlas cada y cuando por el móvil.

—¡Hola princesa! —chillé tomando a la pequeña Leslie entre mis brazos después de besarle la mejilla a su madre.

Esa niña era mi adoración.

—Vengan, Gideon nos está esperando con la camioneta —dicho eso, los cinco salimos rumbo al estacionamiento, la pequeña en mis brazos.

Platicamos de cualquier cosa menos del pasado, allí me enteré que Gideon montó su propio bar exclusivo para negociaciones, uno que por fortuna tenía éxito en la sociedad empresaria. También escuché algo de una escuela de natación que Clau tenía en mente, más no le puse tanta atención ya que mi princesa se robó el escenario con sus preciosos ojos limón.

El trayecto a la casa de los Montalvo fue tranquilo, emocionante, hacía tiempo que no los visitaba, al menos unos dos años. Los enormes pinos de bosque seguían igual, lo mismo para el pequeño puente que daba al lago donde podías andar en canoas disfrutando de la naturaleza. Cuadras más adelante pasamos por la casa de los Sanders, donde alcancé a ver por el rabillo del ojo dos automóviles, de seguro eran de Ethan y su esposo, y la punzada que sentí en mi pecho cuando vi una silueta bajita correspondiente a una mujer por la ventana principal me hizo girar la cabeza para enfocar bien la imagen.

Parpadeé varias veces.

—Entonces que dices, Nathan, ¿vienes cuando se acabe la reunión a mi bar? —preguntó Gideon, girando el volante a la izquierda. Fruncí el ceño.

—Sí, claro, ¿dónde queda?

—Está al lado del centro comercial, aquel donde hacen esquí —dictaminó y una punzada para nada agradable apareció en medio de mi pecho, sobre todo porque ese lugar fue uno de los tantos que visité con Katherine.

Cuando estuvimos ya en la casa bajé todas las maletas y después volvimos a salir pues hoy era la dichosa reunión que postuló mi tía. Llegamos los tres juntos ya que Nicolás se quedó cuidando a la pequeña Leslie y Gideon tuvo que atender unos asuntos con su negocio. Entramos por la puerta decorada, y a decir verdad no esperábamos ver globos rojos por todas partes ni mucho menos encontrarnos con excompañeros que pensé jamás ver. Por mi parte decidí desbalagarme un rato para ir a mi lugar preferido: el patio trasero donde solía espiarla.

Tranquilo recorrí cada pasillo y junto con eso rememoré cada pizca de felicidad que viví dentro de aquí, al igual que las estupideces que cometí cuando el coraje bullía en mi interior. Era increíble que hubieran pasado ya once años de todo eso y que ahora estuviera recorriendo los pasillos como si nada, esperando a encontrarme a una persona en específico.

Sabía que la posibilidad de hacerlo era menos del cincuenta por ciento, pero aun así me mantuve a la expectativa.

Perdí mi mirada en el enorme árbol de manzanas frente a mi cuerpo, el mismo que fue testigo de varias lágrimas, porque a pesar de tener un semblante temible, gélido, mi corazón era de un pollo, cualquiera cosita me hacía romper en llanto. Las hojas del árbol se estaban cayendo, pero a decir verdad aún conservaba esa belleza peculiar que siempre llamó mi atención de joven.

Me permití cerrar los ojos y disfrutar de la brisa fría golpear mi rostro, no existía nada más placentero que hacer esto. Los minutos transcurrieron sin ser consciente, cada golpe del aire relajaba mis músculos, pero entonces, un carraspeo de garganta me hizo abrir los ojos y perder este momento armónico.

No podía creerlo...

—¿Está precioso, no crees? Jamás pude comerme una cuando era temporada —su cabello rojizo se movía al compás del viento, haciéndolo parecer un enorme manto rojo que en cualquier momento me cubriría para enjaularme en esa bonita realidad que no deseaba eludir por nada del mundo.

Mis ojos grises recorrieron su figura entera, así, con descaro. Admiré su rostro,

especialmente esas mejillas regordetas pálidas, después descendí a su cuello, a su pecho, su cintura... ese lugar de su cuerpo que me enloquecía porque no era ni tan ancha ni tan delgada, solo lo justo para poder abrazar a tu antojo, y cuando finalmente llegué a la parte baja de su cadera, la felicidad de verla sobre sus pies hizo que una gota de agua resbalara por mi mejilla. La limpié con rapidez, no era el momento para ponerse sentimental.

—Lo más probable es que la directora te hubiera regañado —solté burlón, perdiéndome por completo en sus ojos color miel que jamás abandonaron mis sueños.

Katherine soltó una carcajada dulce, seguida de un pequeño humito blanco que me hizo concientizar del clima en la ciudad. Una chamarra de cuero color marrón cubría su parte superior, sus piernas portaban unos jeans negros y sus pies lucían unas botas del mismo color que la chamarra. En pocas palabras se veía preciosa, sencilla, nada ostentosa como varias excompañeras que vi al entrar.

—¡Tienes razón! Pero como ya no soy alumna, el día que sea temporada vendré por una — dijo muy segura, dando unos pasos cerca de mí.

—Hum, tendré que acusarla con la directora señorita Sanders —murmuré burlón, cruzándome de brazos. Sus ojazos recorrieron mi figura entera igual como lo hice segundos atrás, y sabía muy bien lo que pasaba por esa cabecita suya.

Nadie la conocía mejor que yo.

—No has cambiado para nada, Nate —sonrió ladeando la cabeza, su cabello dejando ver más su apetecible cuello y una cadena color plata que me resultaba demasiado familiar—. Me alegra volver a verte —sus ojos encontraron los míos y el cosquilleo que sentí en mis pies recorrió toda mi columna vertebral, poniendo mi piel chinita.

Era increíble que después de tanto tiempo esos ojitos bonitos tuvieran el poder de calentarme, de embrutecerme tanto que lo primero que se me ocurrió hacer fue estrechar mis brazos y envolverla con ellos.

—A mi más, manzanita.

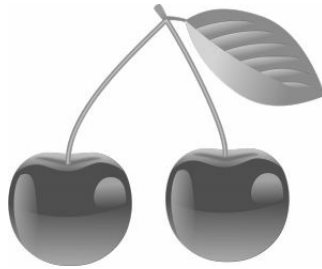
El aroma a vainilla que tanto la caracterizaba impregnó mi alma entera. La extrañé, joder, la extrañé como un demente que las veces que dije haberla olvidado era mentira, jamás la olvidé, nunca pude por más que lo intenté. Ella era parte de mí, y sacarla, sacarla sería un dolor que no estaba dispuesto a volver a sentir.

Sus manos rodearon mi cintura de una manera que solo ella sabía, murmuró unas palabras en mi pecho que no alcancé a percibir, lo cierto era que el beso que dejó ahí fue suficiente para debilitar mis piernas y hacerme sentir un viraje de emociones que me abrumaron.

Bendita la hora en que mi tía decidió hacer esta reunión.

## La cabaña

**Katherine**



La calidez que su pecho me brindaba en este frío era más de la que alguna vez soñé, sabía lo que estaba haciendo, que este abrazo solamente serviría para confirmar la verdad que yo misma decidí enterrar en lo profundo del océano, pero a estas alturas, teniéndolo así de pegadito a mí, con su aroma varonil embriagado todas las terminaciones nerviosas en mi cuerpo, no pretendía soltarlo. Al menos no en este momento pues el sonido de su respiración fue suficiente para mantenerme aquí, pegadita como un osito.

Con ambas de mis manos enjaulé su cintura ancha, y, hundiendo mi cabeza en su pecho duro, murmuré un “te extrañé tanto” que estuvo segura él no escuchó, sin embargo, lo que sí pude jurar fue que sintió el beso que le dejé en aquel tambor melodioso. Simplemente no pude evitarlo, era como si una parte de mí me arrastrara nuevamente a aquel abismo profundo que conocía hasta con los ojos cerrados.

Los brazos de Nathaniel me pegaron más y, como acostumbraba cuando éramos adolescentes, hundió su cabeza en la curvatura entre mi hombro y cuello, ese lugar que solo le pertenecía a él, fue como si de pronto necesitara asegurarse de que todo esto no era un simple sueño, una mentira, y lo comprendí a la perfección. Para este entonces mis mejillas ya ardían puesto que sus labios rozaron mi piel, acción suficiente para tener mi cuerpo entero temblando como si me hubiera metido en un lago de agua fría, la única diferencia era que tenía el calor de otro cuerpo humano calentándome, haciéndome concientizar de que todo era parte de mi imaginación.

—Creo que... es mejor regresar adentro —sugirió, su voz ronca resonando en mi cuello. Asentí con la cabeza, atontada, despegándome y dándole el último vistazo a su cuerpo enfundado en color negro.

Dioses... lucía mejor que hace años, incluso sus ojos grisáceos estaban más bellos y brillantes que nunca, y esa incipiente barba en forma de candado le daba un toque exquisito, peligroso, seductor. Ahora me daba cuenta lo mucho que me gustaban los hombres con este tipo de corte.



Ambos nos encaminamos a la puerta, obviamente manteniendo una distancia prudente pues por más que mi pecho gritara que sostuviera su mano, que me lanzará a sus brazos, no lo haría. Ahora si le haría caso a mi cerebro, además de que existían dos razones por las cuales no me atreví a brincar el charco, la primera, yo no sabía si había contraído matrimonio, en caso de que fuese cierto, meterme en una relación sería lo que menos haría, y la segunda, no quería ilusionarme, mejor dicho, torturarme con esa delicia que caminaba a un lado mío. A la mala comprendí que no estábamos destinados a ser.

Tardamos al menos diez minutos en llegar al salón principal junto con las demás personas, y la música a todo volumen ya retumbaba por las paredes. Algo me decía que la noche iba ser intensa, inolvidable. A lo lejos pude vislumbrar a Clau, esa condenada mujer que adoraba con mi alma, a su lado residía Chris, el sabio hombre que supo aconsejarme cuando adolescente y a decir verdad ya no parecía el mismo joven que conocí, ahora su rostro era más maduro, más definido, ya no deslumbraba perdición, sino más bien satisfacción con la vida, felicidad.

Una sonrisa se formó en mis labios.

—¡Pensé que no vendrían! —grité entre la multitud, haciéndolos atragantarse con la botana que ingerían. Claudia, en cuando me vio, dejó el platillo de chucherías a un lado para correr y lanzarse a mis brazos como una niña pequeña, pero su enorme barriga la hizo mantener una distancia prudente.

—Oh Kat, estás preciosa... —lloriqueó, acariciando mi rostro con una mano. Sonreí embelesada.

—Mírate, pareces un balón —solté burlona, frotando su enorme barriga. Esto me recordó a cuando estuve embarazada, adoraba frotarme la panza, sentirlos mover dentro de mí, esa fue una de las felicidades más enormes presentes en mi vida.

Algo que definitivamente me gustaría volver a sentir en algún futuro cercano.

—Joder, como añoré esto —dijo Chris, acercándose para envolvernos en un fuerte abrazo. Nathaniel se nos unió a los pocos segundos.

Esto, solo necesité de este abrazo cálido para darme cuenta lo mucho que extrañaba Nebraska, lo mucho que deseaba regresar y comenzar de cero en esta ciudad que me vio nacer, crecer y caer más de una vez. Comprendí que no había nada más gratificante que regresar al lugar dónde fuiste feliz al lado de tus amigos, pero también, caí en cuenta de muchas otras cosas que preferí guardar para otra ocasión.

Sólo quise disfrutar del abrazo.

Al despegarnos nos adentramos a la pista de baile, sonriente, donde la música no tardó ningún segundo en arrastrarnos a lo más hondo. Lo que sentí en mi cuerpo cuando se reprodujo mi canción preferida fue mágico, tanto que parar mis caderas y brazos resultó imposible. Me moví con suavidad, disfrutando cada palabra de ella, cerré mis ojos, así era más fácil someterme aún más a la melodía pegajosa. Al paso del tiempo, cuando la canción iba a la mitad, unas manos rasposas acariciar mis brazos me hicieron girar abruptamente, provocando la colisión del Sol y la Luna.

Sus ojos encontraron los míos y, mediante ellos, nos susurramos cosas que nunca nos atrevimos a decir. Costado a costado danzamos lo que restó de la canción, nuestros cuerpos rozando intencionalmente cada y cuando, brindándole más pasión a la melodía, más adrenalina a mis venas. La electricidad que fluía era obvia, yo lo sabía, y apostaba lo que fuera a que él también, podía descifrarlo en sus ojos dilatados.

Cada roce fue una explosión, cada mirada una dulce destrucción, y el resto, un poderoso hechizo que sería difícil de romper aún si contara con protección celestial.

—¿Te parece si vamos a otro lugar? —preguntó, haciéndome una seña con su cabeza hacia la puerta. No lo dudé, por ningún segundo dudé en aceptar su propuesta y en menos de lo que cantaba un gallo, ambos caminamos apresurados por el pasillo de la preparatoria, soltando risas traviesas, cómplices. Si existía algo mejor que encontrarte con tus antiguos amigos, era el escaparse con uno de ellos a quien sabe dónde.

Recorrimos los estacionamientos en busca de su camioneta, sonrientes, apresurados. A decir verdad no tenía idea de a dónde iríamos ni qué haríamos, pero estaba dispuesta a averiguarlo, a estas alturas nada importaba salvo lo que en mi interior bullía.

Llegamos a su camioneta minutos después, el corazón amenazaba con salirse de mi piel pues correr en botines nunca fue de mi agrado. Nos subimos, abroché el cinturón y el hombre a mi lado encendió el motor para arrancar a cualquier lado menos la preparatoria. Ya tendría tiempo para disculparme con Claudia por salir sin despedirme.

—Sólo te diré que no traigo condones —dije de la nada, provocando que mi compañía soltara una carcajada. En serio no podía creer lo que había dicho. ¿Acaso sólo pensaba en sexo? ¡Era increíble!

—Para lo que deseo hacerte sólo necesito esto —me guiñó su ojo, alzando su mano derecha al aire.

Sentí mis mejillas arder.

«¡Muy bien, Katherine! Sólo a ti se te ocurre pensar en semejante barbaridad».

Apenada, pero sintiendo una deliciosa electricidad subir hasta mi nuca, mordí mi labio inferior y me dispuse a disfrutar de la vista nocturna que pasaba por la ventana. Las calles estaban semi solitarias, muy pocos carros transitaban a esta hora y uno que otro andaba en bicicleta, de seguro disfrutando del clima fresco.

Recargué mi cabeza en el respaldo del asiento esponjoso, estabilizando la mirada en su perfil. Yo podría permanecer horas de esta forma, mirándolo tan relajado, tan vibrante. Los minutos dentro de su camioneta fueron perfectos, mejor de lo que pensé, si bien no intercambiamos más palabras disfruté del silencio cómodo, pero sobre todo, de su compañía y aroma.

Algo tenía el ojigris que inyectaba paz en mi interior, en mi vida y, la verdad, eso me asustaba. Mucho.

Condujo por quien sabe cuánto tiempo, pero no me importó, lo que veía era suficiente para sumergirme en un estado de éxtasis que disfrutaba. Cuando noté que salíamos de la ciudad comprendí a donde íbamos. Y la verdad me sentía demasiado emocionada que todo lo que pude hacer fue bajar el vidrio y sentir lo frío del clima golpearme el rostro. Pronto fuimos sumergidos a un camino de árboles, donde al fondo se podía vislumbrar la cabaña testigo de muchos sentimientos encontrados. Seguía igual de espectacular, de acogedora.

Bajamos apresurados, pues de pronto una lluvia de nieve comenzó a caer sobre nuestras cabezas. Nathan se buscó algo en el pantalón, supuse que eran las llaves. En cuanto las sacó me hizo un ademán con su mano para que entrara. No objeté. Todo se encontraba en penumbras, gélido, pero eso no bastó para que mi mente proyectara aquel día cuando justo aquí, donde me encontraba de pie, toda la sala era iluminada por la chimenea.

—Mi papá quería vender este lugar —soltó de la nada, sacando un encendedor de no sé dónde y prendiéndole fuego a la chimenea que afortunadamente tenía algunos troncos de madera. Quitó los cobertores blancos de los sillones y me invitó a sentar. Quedamos frente a frente.

—¿Por qué?

—No sé si te enteraste, pero hace años que adopté a Nicolás como hijo —hice una “o” con

mis labios porque nadie me había dicho sobre esto—. Bueno, el punto es que al quitarle la custodia de mi hermano él se empeñó en hacerme daño y lo primero que se le ocurrió fue vender este lugar.

—Qué maldito... —fruncí el entrecejo, no creyendo lo que me decía. Nadie más que yo sabía el valor sentimental que esta cabaña tenía, lo sé porque también para mí era especial.

—Si, pero no se salió con la suya, como no estuvo dispuesto a darnos una cantidad mesurada de dinero, pedí a cambio que me dejara conservar la cabaña. Al final terminó aceptando.

—Pues me alegra que haya sido de esa manera, Nat. Este lugar es precioso —murmuré recorriendo el lugar con mis ojos, vislumbrando cada pequeño detalle, rememorando cosas lindas que nunca fui capaz de olvidar ni con el tiempo.

El resto de la noche nos la pasamos platicando, indagando sobre la vida de uno y otro. Descubrí que aún era soltero, que no había querido casarse, y eso de alguna manera me hizo sentirme rara, era una mezcla entre felicidad y tristeza. Sin embargo, no pregunté lo obvio y continuamos descubriendo cosas sobre nuestra adultez. Le conté que había hecho una licenciatura en periodismo y edición, que por un tiempo viví con mi hermana y su esposo, pero que a los pocos años pude adquirir mi propia casa pues mi primera publicación como editora me dejó muchas ganancias.

Él dijo que en cuanto tuvo la custodia completa de Nico decidió irse del país, solo así sería capaz de seguir adelante sin los tormentos. Entre más lo escuchaba más embelesada me encontraba. Su voz a lo largo de este tiempo había adquirido una profundidad más aniquilante, era sutil, ronca, con un ápice de sensualidad que comenzaba a despertar sensaciones desconocidas en mi interior.

Cuando se llegaron las once de la noche caímos rendidos en el sofá, la verdad que el viaje nos dejó demasiado exhaustos, todo porque se nos fue avisado con días de anticipación.

—Me pesa todo el cuerpo —lo escuché murmurar, estirando toda su extremidad inferior como gato. Se hizo ovillo en una esquina.

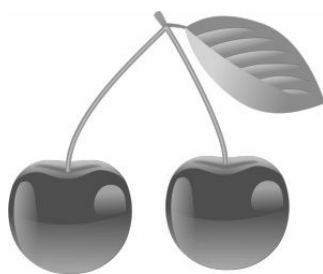
—Ni me digas que yo ni quería venir, pero lo vi como una gran oportunidad para volver a verlos —compartí somnolienta, cerrando mis ojos.

Antes de poder escuchar alguna otra cosa salir de su boca, mi cabeza cayó sobre un cojín y me perdí. No obstante, fui capaz de percibir como unos brazos me cargaban y conducían a quien sabe dónde.

## 6

### Parálisis

#### Joshua



Todo lo que quise, lo que alguna vez amé, salió corriendo por la pista de baile, empujando a personas y riendo con una felicidad que hizo a mi cerebro explotar. Bien dicen que donde hay un terremoto viene la catástrofe, en mi caso, ese maldito terremoto movió mis alrededores provocando que casi cayera de la impresión al ver ese cabello rojizo y ese cuerpo esbelto moverse al compás de la música. ¿Qué si la seguía amando? Puede que no, más sin embargo un coraje bulló dentro de mi ser, algo desconocido.

Era irónico, pues algunos años atrás yo mismo bailé con ella en una mascarada sabiendo que esperaba a otro. Vibramos, volamos por los cielos, sentimos la conexión que cualquier pareja sentiría y al final me correspondió como deseé aun sabiendo que mi amigo nos veía entre la multitud. Sólo un gran hijo de puta le haría semejante atrocidad a su mejor amigo en frente de sus narices, pero ahora la historia era al revés, él salía corriendo con la chica, él se burlaba en mi cara y me lo merecía por inepto, por jugar con el fuego más de una jodida vez.

Me quemé, me hice llagas y aun así no escarmenté, no aprendí la lección. Si que era testarudo.

Todo lo que sucedía en mi vida me lo merecía, cada gramo de amargura, cada fracaso y desplante. Todo. Ese era mi destino después de haber asesinado a mi hijo en aquella borrachera, después de haber abandonado a la mujer que me iba a regalar la dicha de ser padre, en verdad merecía eso y más. Por eso mismo cuando Sam se me acercó con intenciones más allá de las sexuales, me negué ya que no deseaba sentir dolor, ni experimentar más tragedias. No obstante, evitar un sentimiento tan puro es un verdadero pecado, no importó lo que una vez fui, en el fondo merecía ser feliz y sonreír. Pero a veces dudaba, ¿qué tal si no era lo que ella necesitaba? ¿Lo que mi bebé requería? No podría vivir con ese sentimiento de terror instalado en mis venas, ya no sólo debía pensar en mí, o en Sam, sino en esa criatura que pronto tendría entre mis brazos para

cuidarla y protegerla, esa niña que sin siquiera conocerla ya tenía mi mundo de cabeza.

Solté un suspiro; Nay jamás sabría lo que es llorar, de eso estaba seguro.

Le di el último trago amargo a mi vaso de licor con ponche y caminé a donde se encontraba mi hermana sobando su enorme balón, esboqué una sonrisa. Desde que puse pies en estas tierras no había tenido tiempo de saludarla a ella u a mi sobrina, y, la verdad, me hacía falta tenerla cerca, sentir su aroma inundar mis narices. Con Claudia todo era más claro, más llevadero, esa era una de las razones por las cuales la amaba, además que adoraba ver sus muecas endemoniadamente tiernas cuando no conseguía lo que quería, eso la hacía lucir aún más hermosa.

—Creo que la dulcería perdió uno de sus bombones —le susurré en su oreja, haciéndola girar de repente. Sus ojazos azules se abrieron como platos y como era costumbre, se lanzó sobre mi cuerpo entero, estampando su barriga en mi abdomen. La ternura me envolvió que pegar mis labios en su sien fue imposible. Añoraba tenerla así, pegadita a mi cuerpo, sintiendo su calor corporal en cada gramo de mi piel.

—Dios mío, Alejandro, ¡debiste llamarme! —reclamó, su voz haciendo cosquillas en mi pecho. Sonreí. Aquí venía el drama—. No sabes lo preocupada que estaba pensando en que tal vez no vendrías.

—Lo siento, hermosa, tenía mucho trabajo en el hospital, ya sabes, cirugías y consultas —Clau soltó un bufido agobiante, sabía perfectamente lo que me diría.

Si no la conociera a esta mujercita.

—Tú y tu trabajo. ¡En serio! Yo sé que la medicina es tu pasión pero la familia viene primero, Ale. ¡Yo vengo primero!

Tal vez era un mal hombre que ponía primero su trabajo que a su propia familia, pero la medicina, en todo este tiempo, me había enseñado que a veces tenemos que sacrificar para ayudar, y eso es justamente lo que hago día tras día dentro de ese palacio lleno de personas que requieren de ayuda para mantener su salud. Sabía que no era justificación no hablarle o visitarla tan seguido, pero aun así era inevitable no ayudar a las personas pues para mí el mejor regalo que me había dejado esta maravillosa carrera eran las sonrisas que se formaban en los rostros de mis pacientes, al ver la felicidad inyectada en sus ojos cuando les decía que todo había salido bien en la operación. Incluso cuando no era capaz de mantener esa sonrisa hacía hasta lo imposible por no dejarlos caer de rodillas y hundirse, al final de cuentas todos necesitamos un apoyo cuando sentimos no poder más con los golpes que la vida nos da, pero en el fondo sabemos que es una prueba más que Dios nos envía para levantarnos con la frente en alto. Y, para ser sincero, mi carrera es mi adoración. Punto.

—Qué egoísta me salió, mamá oso —canturreé, alborotando su melena dorada con una mano. Su cabello sedoso desprendía un olor cítrico muy rico que hizo a mi mente viajar al pasado, a esas épocas donde lo prohibido era el pan de cada día.

—¿A quién le dijiste oso? ¡Tarado!

—A ti, mi vida —respondí pinchando su nariz. Sus mejillas pálidas tomaron un color rojizo precioso, después de todo seguía teniendo ese efecto sobre ella y... a decir verdad, lo disfrutaba. Creo que una parte de mi yo adolescente seguía vivo, esperando cualquier oportunidad para ser despertado.

Lástima que no permitiría que eso sucediera.

Soñamos durante horas, platicando principalmente sobre Leslie, mi hermosa sobrina que tenía ganas de ver. Dijo que en este año entraba a la secundaria, y que se podía ver en su carita la emoción que emanaba de tan solo pensar que "ya sería adulta", eso me recordó a cuando estaba chico, mi deseo más grande era crecer para formar una familia, para ser independiente.

También conversamos sobre su negocio, una boutique de ropa mexicana que puso hace menos de tres años en el centro de la ciudad con ayuda de Chris. Me sorprendí tanto cuando supe que haría un desfile de modas gracias a que una compañía de Nueva York se vio interesada en su mercancía y decidió patrocinarla, eso sí era motivo para celebrar, después habló sobre poner una escuela de natación, más no me dio detalles a fondo. Poco a poco los sueños que la pequeña Claudia tenía iban cumpliéndose, uno por uno, y eso me alegraba mucho, más por el hecho de que yo era parte de esos sueños, de esas metas y deseos que tenía.

En serio no existía nada más emocionante que compartir sonrisas a su lado.

—¿Y cuándo es el evento? —pregunté curioso, llevándome una brocheta de carne a la boca.

—Dentro de cinco meses —pausó para beber de su jugo—, y a decir verdad el tiempo me cae como anillo al dedo, ya para entonces mi pequeño Enrique tendrá dos meses de nacido, lo que facilitaría un poco mis días puesto que iré de aquí para allá sin descanso.

—Estoy ansioso por conocerlo, me hace tanta ilusión verle su carita, de seguro tendrá tus ojos y tu sonrisa —acaricié su mejilla con delicadeza, disfrutando de la suavidad que ésta me brindaba. Clau volvió a ruborizarse y fue en ese momento exacto que mi corazón dejó escapar un latido.

Retiré la mano con rapidez, sintiéndome de pronto algo raro.

—Quisiera que vieras la carita que pone Les cuando está con Leo, ahí si te derrites —murmuró sarcástica, alzando sus cejas de forma burlona. ¿Leo? Yo no conocía a ningún Leo. Fruncí el ceño. No venía en meses y resultaba que mi sobrina ya tenía un Leo en su vida.

—¿Y ese quién es? —pregunté celoso, frunciendo el entrecejo y apretando la mandíbula.

—El hermano menor de Kate, recuerda que su madre dio a luz antes de que ella decidiera irse.

Kate. Ese nombre que me fue difícil aniquilar aún tenía aquel timbre peculiar en mis oídos. Abrí mi boca para preguntarle algo que carcomía mis pensamientos, no obstante, volví a cerrarla, no tenía caso de que preguntara, si no me preocupé cuando los perdí, ahora que debían tener once años era el momento inadecuado para hacerlo.

Yo no era nadie en sus vidas y nunca lo sería, así lo decidí y no pretendía cambiar de opinión. Era por el bien de los cuatro.

—Será mejor que nos vayamos —sugerí, tragándome el puto nudo que se formó en mi garganta. Eran las doce, hora exacta para regresar a casa y dormir pues al día siguiente tenía que archivar una papelería que me mandaron del hospital, todo con el fin de tener las vacaciones anheladas al lado de mi esposa.

Claudia, Christian y yo salimos de la preparatoria en busca de nuestros autos, como no reservé ningún cuarto de hotel me quedaría con ellos, lo cual para mí fue buena idea, quería pasar más tiempo a su lado, sólo así lograría calmar mis demonios.

Conducimos por algunos cuarenta minutos y al llegar, una camioneta que jamás había visto, estaba aparcada frente a la casa, ocupando uno de los estacionamientos de visitantes. Apagué el motor, bajé del auto y caminé con la espalda recta hasta la puerta, sintiendo punzadas en los pies y en la sien.

Segundos después se me unió mi cuñado luciendo una cara de cansancio a más no poder, seguro que las cosas en su trabajo estaban complicadas.

—Pues bienvenido sea, Doctor Lockwood, está en su humilde casa —dijo dándome un empujoncito. Musité un “gracias” pues de repente mi voz se fue y la posibilidad de mover un dedo o un pie resultó difícil. Chris sacó la llave de su bolsillo trasero para abrir la puerta. Cuando lo hizo, una oleada caliente se estampó con mi rostro helado.

No esperé a mi hermana y decidí adentrarme en su hogar, donde, al hacerlo, pude observar cuadros colgados por doquier, en su mayoría eran fotos de ellos tres, solo había una de mamá junto con nosotros dos.

Permanecí de pie en medio de la sala, admirando esa fotografía antigua. Mamá debía tener al menos unos treinta años cuando fue fotografiada en Venezuela, se le veía feliz, tranquila. Recordarla le hacía tanto bien a mi interior, sobre todo al saber que murió cuando terminé la universidad, por lo menos cumplí su último deseo que era verme ser alguien en la vida.

Con mi puño sequé una lágrima que intentó derramarse, no era momento para eso, sino para disfrutar de lo que tenía al frente. Sobre el sofá deposité mi maletín negro, y, al hacerlo, unas risas provenientes de la cocina me hicieron girar atolondrado.

Curioso caminé hasta allí, ¿Quién podría estar despierto a esta hora? Mejor dicho, ¿quién podría ser? Al pasar el umbral que separaba la cocina de la sala de estar, mi cuerpo entero entró en una parálisis completa, instantánea.

—¡Esto no es justo, má! Siempre se tiene que hacer lo que Tai quiere.

—No estés rezongando, Manuel, la vez pasada tú elegiste a donde ir, además, cuando termine la película podemos irnos a ver la que quieres —decía la mujer de cabello rojizo a un niño de mediana estatura, y ahí, en plena noche de invierno, me di cuenta lo ingenuo que fui.

En una esquina, cerca del refrigerador, residía un hombre alto de chaqueta negra. Abría una lata de coca cola mientras platicaba con un muchacho de mechás rubias. Tragué saliva, o lo que quedaba de ella.

—¿Me lo prometes, mamá? —preguntó el niño, cuyo nombre era Manuel, su madre asintió.

—Yo jamás he roto una promesa, mi cielo. Ahora bien —se detuvo, poniéndose de cuclillas —, ¿de quién son esos hermosos ojitos verdes?

Las mejillas del pequeño se ruborizaron y, sonriendo, le respondió a su madre con una ternura inmensa que aplastó mi corazón. Las pisoteadas que se escucharon por las escaleras hicieron a todas las personas en la cocina, incluyéndome a mí, girar con rapidez. Dos niñas bajaban corriendo con unas muñecas en mano, y la segunda niña, una de cabellos negros, tropezó con su pie cerca de mí, por ende, alcancé a tomarla entre brazos.

—Perdón —murmuró la jovencita, alzando su mirada y clavando sus ojos en los míos.

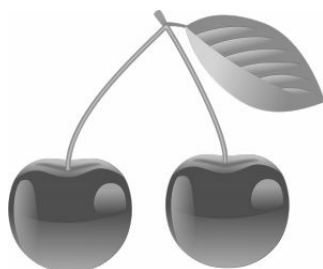
—Tranquila, los accidentes pasan —intenté sonreírle pero por cierta razón me fue complicado. ¡Maldita sea! La pelinegra no dejaba de verme, era como si estuviera descifrando lo que ahí sucedía y, por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo a ser descubierto.

—Mi cielo, ¿estás...? ¿J-Josh?

Esa noche comprendí demasiadas cosas que no me atreví a decir en voz alta, lo cierto era que esa escena bastó para desenterrar varias cosas, para hacerme concientizar de que tarde o temprano llegaría el día donde los sentimientos que intenté ocultar saldrían a flote junto con toda la verdad.

## Mismo ser

### Katherine



Pasado pisado, presente de frente y futuro sin apuros. Así intenté llevarla cuando decidí ponerle fin a la tortura, no obstante, el pasado siempre regresa más potente que nunca como si se tratara de un meteoro cayendo en la tierra sin piedad, un lugar donde existen humanos indefensos ante semejante atrocidad.

El presente se convirtió en un nudo difícil de aniquilar y el futuro no podía predecirlo; no en ese momento cuando todo frente a mis ojos parecía película, de esas que regresan el tiempo para dejarnos ver los pasados tormentosos de las personas.

El ojigris se acercó corriendo a mi lado, en sus ojos se veía la preocupación cuando mi Taira tropezó cerca de aquel jarrón que le dijo a Nicolás que quitará por eso de los peligros con las niñas. Pero como siempre, los adolescentes no hacen caso a la primera, Nico prefirió salirse por las calles a caminar junto con su cámara fotográfica, eludiendo los deberes que indicó su padre, y no lo culpé, yo hubiera hecho lo mismo si tuviera su edad.

—Princesa, ¿te encuentras bien? —preguntó Nathan sin tapujos, acercándose y quitando a mi hija de los brazos de ese hombre, evitando contacto visual.

Taira le respondió algo ruborizada, obviamente manteniendo su mirada verdosa sobre... bueno, él.

Perdí noción del tiempo en que me quedé observándole, usaba unos lentes negros que incluso aunque portaba ojeras, éstas no se veían tanto, y la sombra oscura que cubría su mentón daba a entender que no tuvo tiempo de rasurarse antes de llegar aquí. Portaba unos jeans ajustados, los cuales se adherían a sus muslos tonificados. Su parte superior era cubierta por una playera blanca a cuadros, parecía un completo niño inteligente y, bueno, ¿qué esperaba? Era lógico que luciera así.

Sus ojos localizaron los míos de la nada, entonces desvíe la mirada a mi compañía que jugaba con mi hijo celoso y sonreí. El ojigris sí que sabía ganarse el amor de las personas en tan poco tiempo, si lo he de saber yo.



Claudia entró por la puerta vociferando cosas que no alcancé a distinguir, lo que me hizo girar como la exorcista, pero por la expresión de cansancio y enojo que traía su marido, deduje que debió hacer un berrinche que sólo las embarazadas podrían hacer.

—¡Ya te dije que no quiero! ¿Acaso no entiendes, Christian? ¡Quería el de empaque blanco!

—¡Por favor ya cierra la boca! Me mandaste a comprar un chocolate a la tienda de al lado y todavía de que te traigo dos, ¿me dices esto? —la expresión de Christian era cansada, parecía que no había dormido en años y lo entendía, el trabajo chupa tu vida gramo por gramo hasta dejarte seco, al menos eso me ocurría cuando me cargaban la mano con tantos deberes.

—¡Púdrete! —dicho eso, Clau subió por las escaleras rompiendo en llanto.

Preocupada, le encargué mis hijos a Nathan y corrí detrás de ella, algo ocurría, podía sentirlo en el pecho y no necesariamente era el problema del chocolate. ¡No señor! Conocía a mi amiga desde que era una adolescente loca y despistada, los años a su lado me hicieron entender que detrás de esa sonrisita pícaro existía un pasado fuerte, profundo, uno que aún la seguía atormentando al igual que a mí, y sabía con demasiada certeza que salir de aquel agujero no sería posible hasta que decidiera enterrar todo para comenzar de nuevo.

Ya en el segundo piso disminuí mi paso y no pude evitar observar las fotografías colgadas en la pared color marrón con algo de nostalgia. Unos escalofríos desconocidos barrieron mi anatomía completa y, como reflejo, froté mis brazos.

Dos personas sonriendo en plena primavera, de fondo un precioso lago y un perrito, eso vieron mis ojos en la pared. Tragué saliva. Aquí, mientras me perdía en el pasado me di cuenta que en un simple pestañeo tu vida puede cambiar, para bien, o para mal, todo dependía de cómo nos comportáramos.

Una diminuta lágrima escapó de mi ojo derecho, era increíble que después de tanto los recuerdos tuvieran el poder de tumbarme, de mandarme a lo más profundo del abismo, la única diferencia era que ahora si tenía viaje de retorno a la superficie.

—Siempre me pregunté dónde había quedado esa foto —murmuró una voz masculina, la tristeza evidente en su tono. Por instinto supe de quién se trataba y ni siquiera me molesté en girar para encararlo. A decir verdad lo que menos deseaba era caer en esos pozos esmeraldas que sólo me mintieron cuando creí todo verdad.

—Pues aquí está —dictaminé seca, con una indiferencia que ni yo misma conocía en mí, pero era de esperarse, después de todo jamás llamó, mucho menos buscó a los que se suponía ser “lo más importante en su vida”. Así que ahora me daba igual como lo tratara, él era una persona más en el mundo, eso nunca cambiaría.

—Manuel y Taira, ¿ellos son...?

—Mis hijos —no le permití terminar.

El silencio que se instaló al decir eso fue suficiente para que continuara mi trayecto. Como la puerta de la recámara de Clau estaba abierta, solo me anuncié en voz alta antes de entrar. Sobre el suelo, recargada en la cama, estaba una mujer embarazada, derramando gotas de agua por todas partes con agonía. No necesité nada más para caminar a su lado y ponerla de pie, ambas ocupábamos un pequeño paseo por la ciudad para desahogar todo lo que se nos atascó en la garganta.

Sin decirle nada a nadie, bajamos por las escaleras y salimos de la casa. Conducimos alrededor de media hora en silencio, era uno de esos momentos donde no sabía cómo preguntarle cosas o cómo hacerla sentir mejor, hace tanto que no compartíamos anécdotas tan íntimas en persona. Pero quería ayudarla.

—Me alegra tanto que decidieras venir —dijo finalmente, de reojo podía ver cómo frotaba su

vientre con suma lentitud, eso me enterneció.

—¿Quieres que nos detengamos en algún lugar? —le dije, y, de la nada, los sollozos ocultos salieron a flote. Pensarlo dos veces hubiera sido erróneo, así que sin más, detuve mi carro en plena autopista, quité mi cinturón y la enfrenté decidida.

Yo estaba para ella. Siempre.

—Toda mi vida ha sido una maldita mentira —soltó tajante, bajando su cabeza—. Una tras otra, Kat, ya no sé qué hacer. No importa las veces que me ponga frente al espejo y diga que todo está bien, al final del día sé con demasiada certeza que no es así.

—No comprendo, ¿qué me estás tratando de decir? —pregunté, frunciendo el entrecejo. Ahora sí no comprendía, bueno sí, pero tenía miedo pues algo me decía que hablaba de su matrimonio, no obstante guardé silencio, era lo más prudente que podía hacer. Si alguien tenía dificultad al expresarse sobre problemas delicados, era ella.

Con mi mano tomé las suyas, debía asegurarle que no la juzgaría, que conmigo podía ser completamente sincera pues para eso estaba, para que se desahogara y sacara todo aquello que la atormentaba, nadie más que yo sabía lo que era guardarse las cosas y no poder gritarla a los cuatro vientos.

—No lo amo, nunca lo hice y nunca lo haré.

Esa simple oración fue suficiente para atraerla a mi pecho, para susurrarle que todo estaría bien tomara la decisión que tomara. Forzar un sentimiento nunca ha resultado beneficioso, el corazón quiere lo que quiere, solo él sabe a quién debemos entregarle nuestro amor.

—Tranquila, Clau, yo sé qué sabrás tomar la decisión correcta...

Los minutos transcurrieron dentro de mi auto, nuestro aliento empañando los vidrios. La rubia lloró con descontrol, sacó todo aquello que suprimió durante años y lo gritó a todo pulmón. Ella seguía amando al hombre de su adolescencia, jamás lo olvidó y eso de alguna u otra forma se asemejó a mi pasado.

Carros y carros transitaban por la autopista a toda velocidad, algunos pitaban para que me moviera, otros gritaban enojados, pero me valió. A las tres de la madrugada llegamos a su casa, los niños ya residían en sus recámaras. Claudia subió agotada hasta su habitación, dijo querer estar sola así que no la acompañé, por mi parte me dirigí al patio trasero, necesitaba organizar mis pensamientos. Todo lo que escuché fue suficiente para noquearme completa.

La luz lunar iluminaba el pasto y la brisa de ese día me hizo cerrar los párpados con fuerza para disfrutar, haber venido a esta reunión fue sin duda la mejor decisión que había tomado, no sólo volví a ver a mis amigos, sino que también aclaré mis pensamientos, ahora sí podía decir que era libre de ser.

—No huyas, te lo suplico —soltó. Mi corazón no tardó en acelerarse. Nathaniel dio unos cuantos pasos hasta llegar a donde me encontraba, la luz iluminando su cuerpo entero. Con ambas de sus manos arropó mi cintura, los pies me temblaron.

Tenerlo así de cerca siempre fue una debilidad, más cuando sus manos tocaban mi cuerpo aunque fuera sobre la ropa, eso bastaba para embelesarme.

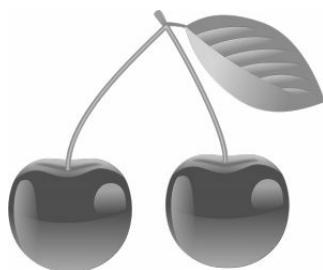
—Eso no está en mis planes —afirmé muy segura de lo que decía. Sus labios me sonrieron, y, posteriormente, esos mismos terminaron sobre los míos, así, suavemente, firmes. Con una de mis manos tomé su nuca para acercarlo más a mi boca, hace tiempo que no besaba a un hombre, y la verdad había extrañado este cosquilleo que se producía en mi estómago, esa sensación de sentir que flotaba entre sus brazos.

Ya era tiempo de ponerle un fin a tanto sufrimiento y un inicio a lo nuestro, mi corazón lo reclamaba, siempre lo hizo y en sus actos podía ver lo mucho que él correspondía mis

sentimientos, así que esa madrugada, en la casa de mi mejor amiga, bajo el cielo despierto, me entregué en cuerpo y alma a mi ojigris, siendo, por fin, el mismo individuo que debimos ser años atrás.

## En la noche

### Nathaniel



En el momento en que nuestros labios rozaron entendí lo mucho que la amaba, lo hice de pequeño, de adolescente y claramente lo haría hasta envejecer pues a su lado tengo todo lo que alguna vez soñé, incluso puedo volar sin miedo a estrellarme contra la pared, y en caso de que lo hiciera, estaba seguro de que ella estaría siempre allí con los brazos abiertos para ayudarme a poner de pie.

Nos adentramos a la casa sin ningún esfuerzo, nuestros labios probándose sin prisa ni rapidez, era como si tuvieran vida por sí mismos. Llegamos a la recámara que Christian me prestó para dormir, por fortuna Nicolás se durmió en la recámara del segundo piso lo que me permitiría gozar de esta noche a su lado.

Nuestra primera noche.

Tembloroso, y disfrutando de sus caricias algo torpes, abrí la puerta, haciendo que la oscuridad del lugar nos cubriera por completo en un manto peligroso, sensual y exquisito. Caminamos a ciegas, tirando uno que otro objeto en el camino, la verdad era difícil seguirle el paso por lo alterado que me encontraba, pero a decir verdad no me importó, de hecho, nada me importaba con tal de tenerla entre mis brazos, queriéndome, probándome como solo ella sabía hacerlo. Y con solo tenerla masajeando mi abdomen era suficiente para ponerme extremadamente duro. Y grande.

Segundos después nos detuvimos ya que un objeto más peligroso se interpuso entre nuestro trayecto. La poca luz que lograba filtrarse por la ventana del baño me dejó escrutar su delicado rostro enrojecido, especialmente esos ojazos mielosos que siempre adoré y vi en mis sueños más oscuros. Simplemente se veía hermosa, única, nunca ninguna mujer le llegaría a los talones, ni siquiera Naomi, la secretaria de Don Patricio. Si, admitía que era guapa, sus rasgos la hacían interesantes, pero nunca se compararía con la catedral que tenía frente a mí.

Katherine era la mujer más hermosa e inteligente que alguna vez conocí.

Con mi dedo pulgar e índice tracé sus pómulos, esas bolitas rellenas de carne que deseaba morder, después bajé por su cuello, y allí fue donde me perdí. Me perdí y no quise ser encontrado por una simple razón que no me atreví a susurrarle, aún era muy pronto para decirle lo que en mi pecho sentía, sobre todo después de todo este tiempo.

Cada roce era como electricidad en mis dedos que poco a poco se extendía por mi cuerpo entero, debilitándome, dejando ver que solo deseaba una sola cosa en todo el puto mundo. Y sí, muchos dirían que yo era la descripción perfecta para la palabra mandilón, pero era inevitable no serlo. Katherine tenía ese efecto embriagador en mí, si ella decía ladra como perrito, lo haría, si decía desnúdate, lo haría sin pensarlo, si me decía que la hiciera feliz, lo cumpliría hasta con los ojos vendados.

—No tienes ni idea de lo mucho que deseé este momento a tu lado, todo esto es irreal, perfecto, tanto que tengo miedo de que todo esto sea solo una fantasía que mi mente creó, yo no quiero perderte, no otra vez... —murmuró jadeante, juntando nuestras frentes, su aliento tibio golpeando mis labios húmedos. Enjaulé su cintura y la pegué a mi cuerpo despierto, de alguna manera tenía que dejarle en claro que no nada más ella deseaba esto.

—Jamás me perderás porque yo me encargaré día a día de demostrarte que aunque pase el tiempo y estemos separados, este corazón latera solamente por ti, manzanita, por nadie más —le aseguré besando su sien.

Claro que tenía miedo de volverla a perder por mis estupideces, sobre todo tenía miedo a fallar, a no darle la felicidad y alegría que merecía, pero ese miedo no fue suficiente para que el amor que albergaba en mi interior disminuyera, menos sabiendo que llevaba cargando este sentimiento por más de quince largos años.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro, bonita. Y créeme —pausé para suspirar, cayendo en cuenta la tontería que diría —, si pudiera casarme contigo ahorita mismo lo haría, porque no hay nada más que anhele en este mundo más que despertar todos los días a tu lado.

—Hagámoslo entonces Nat —soltó de repente, dejándome atontado, con el corazón alebrestado.

No supe cómo actuar, ni que decir, lo cierto es que con esas palabras tuyas finalizamos nuestra conversación y continuamos aquel paseo intenso por lugares desconocidos y anhelados. Viajamos sin descanso, subiendo y bajando, sonriendo y llorando, no existía nada más hermoso que tenerla entre mis brazos desnuda, con esa piel lechosa salpicada de alguno que otro lunar escondido, pero lo que más me embruteció esa noche fue escuchar los ruiditos que escapaban de su boquita cuando nos uníamos en un mismo ser.

Al terminar platicamos de nuestras vidas, y era increíble que trabajáramos para la misma editorial, eso significaba que podría verla más a menudo cuando quisiera. Por otro lado, mencionó algo sobre una playa a la que iba a visitar y en automático el plan perfecto se me vino en mente, claro, no dije nada pues necesitaba planearlo con ayuda de mi hijo, al final de cuentas ella me pertenecía como yo lo hacía.

La mañana llegó así, lenta, armoniosa, cuando abrí los ojos me encontré con su cuerpo tendido boca abajo, una pequeña porción de su piel glútea dándome los buenos días. Me acerqué cauteloso, sonriendo, sobre todo procurando no despertarla ya que aún era temprano y de seguro los demás seguían dormidos. Con delicadeza, tracé un camino de besos desde su hombro hasta su trasero, esa montaña voluminosa que endureció una parte de mí.

—Alguien disfruta aprovecharse de las mujeres dormidas —murmuró contra la almohada, cubriendo su trasero con la cobija. Solté una carcajada.

—Sólo cuando tienen un trasero como el tuyo —aseveré burlón, escabulléndome por debajo de la cobija. Katherine pegó un respingo cuando mi piel fría tocó la suya. Adoraba sorprenderla.

—Qué travieso me saliste —alcanzó a decirme antes de que mis labios la asaltaran como la noche anterior.

Besarla se convirtió en mi cosa preferida en todo el universo en cuestión de horas, más por el hecho de que no se detenía, conmigo era capaz de mostrar su verdadero yo, ese lado salvaje que sabía poseía.

Así que esa mañana nos dispusimos a hacer el amor por segunda, tercera, cuarta y quinta vez, una tras otra sin descanso alguno. Ninguno de los dos se cansó, al contrario, era como si en cada ronda la energía incrementara, dándonos la habilidad de ser invencibles, de continuar conociendo nuestros cuerpos enteros.

Para las dos de la tarde salimos de la habitación destruida, ambos luciendo una sonrisa que delataba todo y bueno, tampoco era que pudiéramos ocultarlo. Almorzamos con los niños debido a que Claudia y Christian salieron con el ginecólogo desde las diez, al menos eso me dijo Taira, por lo que preparé unos huevos revueltos con tocino mientras ella calentaba las tortillas y hacía el zumo que me gustaba.

—¿Qué tal durmieron, eh? Se les ve muy felices —inquirió Nicolás, bailando su ceja de forma burlona. El rostro de mi manzanita se tornó a un color escarlata mega intenso que intentar suprimir la carcajada fue imposible.

Manuel frunció el ceño y respondió, dejándonos perplejos, con la sangre en los talones.

—Y cómo no, si de seguro estuvo bueno el baile —murmuró él, llevándose un bocado de huevo refrito a su boca. Mis ojos se abrieron como platos.

¡Debía ser una mentira!

—¿A-a qué te refieres, ojitos? —preguntó Kate, atragantándose con el zumo de naranja que ella misma preparó. Tosió un par de veces, por lo que me vi en la necesidad de palmearle el dorso con delicadeza.

—Má, tengo once años, yo sé lo que los adultos hacen en la noche —dijo moviendo su cabeza de izquierda a derecha—, además, ustedes no fueron muy silencioso que digamos. Para la próxima bájénle a su volumen por favor, miren que no quiero tener pesadillas indebidas.

Esa fue la primera vez que sentí la sangre abandonar mi sistema por culpa de un niño, pero no pude desmentirlo, no cuando la pasé tan bien dentro de esa recámara. Lo que si podía asegurar para mí mismo era que jamás volvería a tener sexo cuando ellos estuvieran presentes, no sabiendo lo escandalosos que podíamos llegar a ser.

Terminamos el desayuno a perfecta hora, lo cual fue bueno ya que pudimos ir a dar un paseo por el parque que vi cuando llegué a mi ciudad. Taira y Manuel salieron corriendo por la banqueta como desquiciados mientras que Nicolás caminaba a paso lento, disfrutando de la naturaleza y capturando unas cuantas cosas con su cámara. En ciertas ocasiones nos detuvo a mí y a mi manzanita para fotografiarnos, la primera fue frente a un árbol seco, la segunda foto fue en plena banqueta mientras yo la sujetaba de la cintura y ella apoyaba su cabeza en mi hombro, y la tercera, que fue la última antes de que se perdiera entre el lugar, fue de nosotros dos sentados en unas banquitas viendo como sus cuates forcejaban por algo.

Todos salimos despistados.

—¿Siempre se comportan así? —pregunté recargando todo mi peso en el respaldo.

Crucé una pierna sobre la otra.

—Solo cuando Manuel la molesta —dijo animada, llevándose su melena a un costado—. Taira odia que su hermano se inmiscuya en sus asuntos, pero tal parece que mi hijo no entiende. A

veces siento que disfruta molestarla.

Una carcajada escapó de mis labios.

—Y lo que le falta a la pobre, recuerdo que yo era peor que él con mi hermana —compartí y en automático mi mente viajó a las épocas donde solía estirarle los cabellos a Andrea cuando no me prestaba atención, lo cual era muy a menudo.

—Ethan nunca fue así conmigo, de hecho, guardaba su distancia, creo que las únicas veces cuando se ponía de insoportable era en tu presencia.

—Era porque siempre estuvo celoso —afirmé, a lo que ella soltó una risita melodiosa que me calentó el corazón.

Adoraba verla feliz, sonriente.

—Imagínate la cara que puso cuando Josh y... —se calló abruptamente, como si lo que estuvo a punto de decir fuera una maldición que me condenaría a muerte.

Sus ojos se abrieron como platos, y la sonrisa que minutos atrás tenía, fue borrada, aniquilada.

—No me voy a molestar si lo nombras, Kate —dije para sosegarla, pues en sus ojos pude ver una intranquilidad y amargura que me dio escalofríos. Era como si de pronto estuviera luchando para exterminar algo que no comprendí tan bien—. Sé lo que Joshua significó para ti, es el padre de tus hijos, y aunque no me agrade la idea me aguanto. Es nuestra realidad, fue nuestro amigo, compartimos mucho, es de esperarse que se cuele en nuestros pensamientos.

Alzó su cabeza y clavó sus ojos en los míos. Afligida.

—¿Enserio no te molesta? —negué con la cabeza—. Eres admirable Nat. No cualquiera soporta eso.

—Bien, ahora si ya me perdiste. ¿A qué te refieres? —me incorporé sobre la banca y giré mi cuerpo entero para enfrentarla. Sus manos se colocaron en sus muslos.

—A que yo ni siquiera puedo nombrarlo sin sentir coraje, asco, repugnancia —frunció su entrecejo—. Me pagó con la misma moneda que yo y eso no fue justo. Todos somos humanos, cometemos errores, pero él solo se encargó de ver los míos, de echármelos en cara, pero cuando yo quise reclamarle, ¿qué hizo? Desquitó sus penas con otra, me abandonó, le importó un rábano que estuviera embarazada. ¿Tú sabes lo difícil que eso fue? —preguntó a lo que yo volví a negar. Para estos momentos no tuve el corazón suficiente para detenerla. Buscaba desahogo, era más que evidente. — ¡Fue horrible Nathan! Imagínate, fui una mujer sola, discapacitada, con dos bebés en su vientre, eso más aparte el gran dolor que me cargaba. Todo lo que hacía necesitaba ser reforzado por otra persona. Alimentarme fue un calvario, atender mis necesidades más, luego se llegó el parto y me las tuve que ingeniar sola porque no quise que mi hermana batallara con algo que no le incumbía. Era mi responsabilidad y nadie más que yo debía hacerse cargo.

Mi hermosa manzanita se desahogó, sacó todo ese sentimiento oculto y derramó lágrimas, maldiciones. Compartió tanto de su vida como madre primeriza que me hizo sentir un viraje de emociones para nada gratas en torno a ese hombre. Simplemente no podía asimilar que una mujer como ella tuvo que pasar por un verdadero infierno. Sin embargo, logró salir adelante, luchar, consiguió trabajo, aportó dinero a la casa, mantuvo a sus hijos, los educó, hizo hasta lo imposible por verlos felices. Y ahora aquí estaba, once años después, disfrutando de los pequeños placeres de la vida, viendo como sus hijos corrían de izquierda a derecha con bolas de nieve, escuchándolos reír, gozar, amar.

La atraje a mi pecho y besé su coronilla, inhalando ese aroma tan característico de ella que lograba sosegarme, transportarme a otro universo. Le susurré palabras alentadoras, le dije que todos sus esfuerzos rindieron frutos y que a partir de este día no tenía por qué lidiar con las cosas

solas, yo sería su paño de lágrimas, su tabla de salvación.

—Eres una guerrera, Kat. Y quien diga lo contrario está demente —besé con suavidad sus labios. Ella me correspondió.

—No me equivoqué en amarte Nat —profesó y no pude sentirme más dichoso y feliz con esto.

Regresamos a casa de los Montalvo corriendo, riendo y gritando de la emoción pues de pronto una lluvia densa de nieve cayó sobre nosotros mientras disfrutábamos del parque. Los niños, incluido Nicolás, decidieron tomar una pequeña siesta por lo que mi mujer y yo residimos sentados en el sofá disfrutando de alguna película. Por desgracia solo había noticieros, así que optamos por cerrar los ojos un momento sin pretender dormirnos.

No obstante, cuando abrí mis ojos, el reloj de la tele ya marcaban las ocho de la noche y un olor a pastel reciénorneado me arrebató el sueño. Era Christian.

—Lo siento, no quise despertarte —se disculpó cerrando el horno y dejando los guantes especiales sobre la barra. Caminé hasta él.

—Descuida, ya había despertado —medio mentí, pero esa culpabilidad disminuyó cuando en su rostro vi angustia, aflicción—. ¿Sucedió algo con Clau? —pregunté finalmente, sentándome en una silla alta.

Chris hizo lo mismo.

—Desde que vio a su hermano como que anda un poco lejana y gruñona —no necesitó decirme nada más para comprender la situación. Yo sabía muy bien a que se debían esos cambios de humor. Pero me reservé ese detalle. Como siempre.

—Son las hormonas, Chris, eso y sumando que todo su pasado se le vino como una gran ola en el mar —mi amigo frunció la ceja.

—¿Cual pasado? —en automático caí en cuanto lo que había dicho e intenté componerle. Obviamente no pareciendo nervioso.

—A la escuela, nosotros, su mejor amiga. Ya sabes, incluso yo me puse sentimental cuando pisé ese lugar.

A pesar de que mis palabras sonaron creíbles, algo en la mirada del blondo me decía que no me creía ni madres y eso, por alguna maquiavélica razón me hizo sentir un escalofrío en la columna. ¿Acaso él sabía...? Negué con la cabeza. Si Chris supiera lo que hubo entre los hermanos no estaría aquí, sino partiéndole la cara al responsable de las tristezas de su esposa.

—Sabes que, mejor olvídale —espetó de la nada—, no es momento para esto, menos cuando por fin te dignaste a venir. Cuéntame, ¿cómo es México?

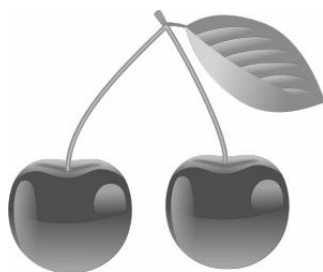
Fue así como comencé a narrarle detalle por detalle, a excluir algunas cosas y a compartirle mi más reciente felicidad. Así pasamos la mayoría de la noche en compañía del postre que había orneado junto con una enorme taza de café de avellana.

Platicar con él me hizo tanto bien.



## Ningún derecho

### Katherine



El día del retorno a México fue más pronto de lo que esperé, a decir verdad no quería regresar debido a ciertas circunstancias, principalmente por el matrimonio Montalvo Lockwood, esos dos tenían problemas graves, era evidente verlo en sus ojos, en sus acciones, y la impotencia que sentía en mi interior al no poder ayudarlos, me carcomía viva. Si algo odiaba en este mundo era ver a mis seres queridos cabizbajos, como si su vida fuera un completo infierno del cual desearían escapar.

Desde un principio supe que lo de ellos no funcionaría ya que Clau seguía enamorada de aquel hombre que nunca conocí, y en una relación el amor debe ser equilibrado, es eso o fracasar totalmente y perder la felicidad. Sé que como amiga debí decirle que lo pensara mejor antes de meter la pata, pero para ser sincera lo único que deseaba era verla tranquila y sonriendo. Mucho tiempo la vi derramar lágrimas, algo que cualquier ser humano debería evitar, más por el hecho de cuestiones del pasado. Por algo es pasado, porque ya no puedes regresar, porque, aunque duela, todo sucede por algo. ¿Así es la ley del ser humano, no? Dejar el pasado atrás para construir un mejor futuro, al menos así lo veo.

Lástima que eso no vaya conmigo.

Por otra parte mi corazón parecía no descansar, mucho menos mis pensamientos, no cuando me sentía una adolescente saliendo con su *crush* de preparatoria, y bueno, Nathaniel era más que eso, ahora nos pertenecíamos tanto en cuerpo como en alma, eso era más que evidente, pero tenía miedo pues ya varias veces habíamos pasado ratos amargos por culpa de alguno de los dos, era como si alguien no quisiera que estuviéramos juntos porque seríamos un mal para la sociedad. Sin embargo, no me importaba, yo estaba dispuesta a luchar por nuestro amor, ese sentimiento que floreció cuando era tan solo una niña de siete años.

Él me amaba, justo como yo lo hacía, no había nada más que discutir.

Subí el resto de mis maletas a la cajuela del auto, sintiendo de pronto una punzada algo

desagradable en mi pecho. Giré sobre mis talones para ver dónde se encontraban mis hijos, pero lo que encontré bastó para asustarme y plantar una firme línea sobre mis labios. Ni siquiera en mi último día aquí podía estar tranquila.

—Lindo día, ¿no crees? —murmuró, dando unos pasos al estacionamiento. Como instinto retrocedí y le di la espalda. En serio no estaba de humor para verle la cara.

—No tiene nada de especial —respondí cruzándome de brazos, suprimiendo las terribles ganas de pegarle un puñetazo, uno por cada lágrima que derramé durante el embarazo, en los meses que estuve esperando su llegada a buscarnos y que nunca lo hizo. Su cinismo era increíble, ¿que ganaba hablándome a estas alturas de la vida? Amigos yo no ocupaba, menos una ayuda económica por parte suya. No quería absolutamente nada de él.

—Sobre el otro día...

—Déjalo por la paz, Joshua, ¿sí? Lo que menos necesito en estos momentos es escuchar más mentiras, suficiente tiempo lo hice y mira cómo resultó —espeté amarga, apretando mis manos en puños y recriminándome mentalmente por dejar mis sentimientos fluir sin control. Respiré profundo, juraba que si no se iba le rompería la nariz.

Por el vidrio ahumado del auto pude observar su semblante, estaba de pie justo detrás mío, si acaso unos cinco centímetros alejado, sus brazos cruzados residían sobre el pecho. Tenía una apariencia malévola, algo que decía problemas por todas partes y claramente el tatuaje que portaba en su bíceps derecho lo confirmaba. ¿No se suponía que los doctores no podían portar tatuajes en su piel y menos visibles? Pero bueno, que podía esperarse de un hombre como él.

—¡No! —gritó, sacándome de mi transe y haciendo que girará para encararlo—. No me vengas con esa mierda si la que decidí ponerle un fin a nuestra relación fuiste tú —una expresión fría se apoderó de sus gestos, era la primera vez que lo veía tan enojado y devastado. —Yo sólo quiero arreglar las cosas, Katherine, quiero conocer a mis hijos, por ley tengo el derecho de hacerlo

Solté una risa seca, ¿en serio escuché eso?

—Tú no tienes ningún derecho sobre ellos, Lockwood. Manuel y Taira son *mis* hijos, *yo* los parí, *yo* los crié, *yo* fui testigo de sus primeras lágrimas, gritos, enojos, logros, y sonrisas. Yo fui y sigo siendo el padre ejemplar que ellos nunca tuvieron porque resulta que él imbécil que los creó prefirió acostarse con una puta antes que pensar en sus hijos. Así que no, tú no tienes ningún derecho y jamás lo tendrás, ¿me escuchaste?

Para ese entonces la poca humanidad que tenía en mi cuerpo se fue a la mierda, mis manos temblaban al igual que mis pies, necesitaba desquitarme, en serio que quería hacerlo, pero si le soltaba un golpe ahorita, lo más probable era que terminara lastimada de mi mano y eso no podía permitirlo, no cuando tenía que manejar durante horas para llegar al lugar que me brindó la felicidad que él me robó con sus mentiras y engaños.

No obstante, el coraje pudo más cuando él me amenazó con quitármelos, entonces si le solté varios puñetazos en la cara, de hecho, lo tumbé al suelo y ahí continúe golpeándolo sin piedad. Mi mano impactó con su piel más de tres veces, al quinto golpe un sonido proveniente de su nariz me hizo detenerme. Sangre decoraba mis nudillos blancos, y el coraje inyectado en sus ojos verdes fue suficiente para paralizarme cuando sus manos tomaron el control de la situación.

En un instante, mi cuerpo se encontraba tendido bajo el suyo, mis brazos eran apretados por sus fuertes manos, a tal punto de soltar un gemido doloroso. Pataleé, lo mordí, le solté algunas patadas pero nada, su fuerza era más de la que yo poseía y lo que pude hacer fue rendirme ante su tacto violento. Y aunque quisiera no pensar en el pasado, fue inútil, los recuerdos de mi niñez llegaron a bombardear mi mundo como hace tiempo no sucedía, el pánico se hizo presente en mi

sistema y los sollozos no tardaron en brotar. Entonces recordé los gritos de esa niña indefensa pidiendo ayuda, el olor a sudor subirme por la nariz, pero sobre todo, recordé cómo desgarraban mi vestido blanco en pedacitos para lastimarme.

—¿En serio quieres desafiarme? ¿Tú? Una simple empleaducha de revistas. ¿Tan ingenua eres, Kate? —espetó rabioso, lamiendo con su lengua la sangre que le escurría por el labio que segundos atrás le había roto—. Mira, si yo quiero en un abrir y cerrar de ojos puedo quitarte a esos niños, ¿comprendes? Así que no me desafíes, muñeca, que yo puedo ser tu peor pesadilla en este puto mundo. Más animal que mí querido tío Noah. —susurró en mi oreja, mandando escalofríos por todo mi cuerpo. — ¿O prefieres eso, eh? Por qué créeme que no tendría ningún problema en tocar este cuerpecito —su mano desabrochó los primeros botones de mi blusa, me sentí sucia—. Al final de cuentas fue mío durante mucho... pero mucho tiempo.

Había pasado tanto desde que sentí miedo, pensé que ya había olvidado eso pero no, una mujer jamás olvida lo que le hacen, menos si es algo monstruoso como lo que me sucedió a mí. Jamás pensé que usaría lo que le confíe para dañarme.

—¡Quítale las manos de encima! —gritó alguien a quien no alcancé a distinguir pues la posibilidad de pensar con claridad se había esfumado junto con mis bonitos recuerdos de momentos atrás—. ¿A caso no escuchaste lo que dije, idiota? ¡Aleja tus putas manos de ella! —las palabras duras de esa persona me hicieron regresar de golpe. Era Manuel, la rabia palpable en sus ojos verdes, en sus manos hechas puños.

—Mira niño, te sugiero que te vayas a jugar con el perro, ¿sí? Esto no es de tu incumbencia.

—¿O qué? —desafió alzando la barbilla, eso solo significaba una cosa, y claramente nada bueno. Así como Manu podía ser el niño más lindo del mundo, el más trabajador y responsable, cuando lo molestabas o hacías algo a sus seres queridos, su lado sádico y oscuro salía a flote y, la verdad, era complicado sacarlo de allí.

Su testarudez era igual que la mía.

Joshua soltó una risa mientras giraba para enfrentarlo y fue cuando aproveché para pegarle un golpe en su entre pierna con mi rodilla pues no pretendía ver a mi hijo pelear con su... con él. El hombre cayó al pasto soltando blasfemias y amenazando con que se las pagaría, pero más fueron sus jadeos de cobarde que su habladuría.

Tomé la mano de mi hijo para correr dentro de la casa, mi corazón sintiéndolo demasiado acelerado. Cuando entramos, mis piernas flaquearon y caí de rodillas al suelo, lastimándome en el proceso. No pasó ni medio minuto para cuando Nathaniel llegó corriendo a mi lado, luciendo entre confundido y preocupado.

—Hey, bonita, ¿qué tienes? ¡Estás pálida! —dijo alterado, tomándome por los hombros para abrazarme. Hundí mi cabeza en la curva de su cuello y con mis manos enjaulé su espalda, entonces me di cuenta de que mi cuerpo entero temblaba, y no podía hacer nada al respecto, no cuando los recuerdos agobiaban mi ser.

—Si hubiera llegado tan solo un minuto antes juro que ese bastardo no le hubiera puesto una mano encima —soltó mi hijo con amargura, con enojo en cada palabra.

—¿De qué hablas, Manuel? ¿Qué sucedió allá afuera?

—El hermano de la tía Claudia estaba desnudando a mi mamá y eso, Nathan, eso no se lo voy a perdonar a nadie, carajo. ¡Primero lo descuartizo!

Joshua Lockwood podría golpearme, violarme e incluso matarme si quería, pero jamás lograría quitarme a mis hijos, no sé lo permitiría, pero entonces, ¿por qué sonó tan decidido? ¿Por qué creí posible lo que dijo? Lo cierto era que no permitiría nada de eso, yo protegería a mis criaturas de cualquier persona, incluso de su padre, y estaba segura que Nathaniel lo haría

también. Aun así el miedo corría por todas mis terminaciones nerviosas, debilitándome y, cuando menos lo esperé, caí inconsciente en los brazos de mi ojigris.

Cuando volví a abrí los ojos me encontraba en una habitación diferente a la de anoche, de hecho no conocía nada alrededor, todo se sentía frío. Parpadeé varias veces para estabilizar mi vista borrosa pero no vi nada salvo otra cama vacía. Desconcertada, busqué algún reloj en la pared pues necesitaba saber cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Las nueve de la noche.

Intenté sentarme sobre la cama pero mis brazos dolían, así que mejor me quedé recostada, esperando a que alguien llegara para decirme que hacía en un lugar así de solitario. Solté un suspiro y, de la nada, lágrimas empañaron mis ojos como hace mucho no sucedía.

—Lamento tanto lo que sucedió, manzanita, debí suponer que ese hijo de puta solo querría dañarte —murmuró Nathan, desconsolado. Giré un poco la cabeza y lo encontré recargado en el umbral de la puerta, con ambos brazos cruzados sobre el pecho, una mancha morada decoraba parte de su ojo y mejilla izquierdos. Su labio lucía peor, estaba partido, con sangre seca decorándole el contorno.

Dejé escapar un gemido.

—¿Q-qué te sucedió en el rostro, Nat?

—No es nada importante —dijo de repente, acercándose a la cama—. Mejor dime, ¿cómo te sientes?, ¿quieres algo de comer?, ¿de beber? Si quieres helado dime y voy corriendo por él, ¿O mejor una hamburguesa con papas fritas? He escuchado que este lugar es uno de los mejores para eso —caminó hasta mí y con sus dedos movió un mechón de cabello que estaba en mi mejilla pegajosa. Posteriormente se inclinó un poco y dejó un casto beso sobre mis labios. Sonreí, él era capaz de hacer mis días fúnebres más luminiscentes.

—Una hamburguesa no suena nada mal —confesé, acariciando su bello rostro. Nathan cerró los ojos e inhaló una enorme cantidad de oxígeno. De seguro estuvo toda el día cuidándome pues sus ojos lucían cansados, lo cierto es que eso me hacía amarlos mucho más. —Por cierto, ¿cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Cuarenta y cinco horas.

—¿¿Qué?! —grité, incorporándome en la cama de golpe—. ¿Y mis hijos? ¡Dios santo! ¡Mi trabajo! De seguro Don Patricio ha de estar furioso.

—Calma, Kate —me tranquilizó—, hablé con el patrón y dijo que no te preocuparas, que para el miércoles te quiere tempranito en la oficina y sobre tus hijos —dijo calmado, subiendo al otro lado de la cama para acurrucarse a mi lado—, ellos están con Nicolás en el restaurante.

—Yo... No sé cómo agradecerte por todo esto —confesé sintiéndome apenada. Nunca me había gustado depender de las personas, pero, la verdad, se sentía bonito tener a alguien que se preocupara por mi bienestar, pero sobre todo que se preocupara por mis hijos también.

—Basta con que sostengas mi mano mientras le enseñamos el anillo de compromiso a nuestros amigos —susurró en mi hombro, dejando unos cuantos besos allí.

Mi piel se erizó. Sentí un escozor en mis ojos.

—¿Cuál anillo?

—Este —de su bolsillo sacó un anillo plateado con una hermosa piedra mediana. Cubrí mi boca, sorprendida.

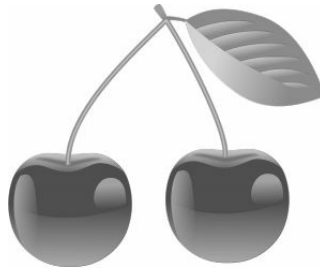
La felicidad que sentía en mi interior era demasiada, tanta que no me di cuenta cuando las lágrimas cayeron en la sábana gris, dejando pequeños lunares oscuros por doquier. Las mejillas de Nathan estaban encendidas y sus ojos brillaban como nunca. Absorbí por la nariz.

—Oh Nathaniel...

—Han sido veintiún años, mi amor, veintiún años donde esto —tomó mi mano para acercarla a su pecho—, ha latido sólo por ti. Te amo, Kate, te amo con todas mis fuerzas y lo que más deseo en esta vida es envejecer a tu lado, demostrándote día a día lo que mi corazón grita. Por qué ahora que ya no tengo dudas, que se lo que ambos sentimos, te pregunto esto —pausó para tragar saliva, lucía nervioso, pero claramente decidido—. ¿Serías la dueña de mi corazón para siempre?

## Hombre ejemplar

### Joshua



La rabia que sentía en mi pecho fue suficiente para hacerme terminar la botella de tequila completa. ¿En serio creía que la dejaría en paz? Si que era estúpida. Sé que en un principio me dije que no intentaría nada respecto a mis hijos, que no era nadie para reclamarlos, pero ahora que lo pensaba, ¡claro que sí! Ellos son míos, y si su madre no cooperaba, la llevaría a la ruina, más sabiendo que estaba saliendo con Nathaniel, ese maldito hombre que se le metió por los ojos cuando era mía.

Alcé la navaja al aire y me le quedé viendo por minutos eternos, en mi mente se creaban escenas sangrientas donde ésta arma entraría en juego, y porque no, incluso podría estar enterrada en... no sé, ¿tal vez en el cráneo de Gray, o en el cuello de Sanders? Lo cierto es que deseaba clavársela a alguien para desquitar todo lo que bullía dentro. Nunca me sentí tan hambriento de venganza, pero a lo largo de mi vida había aprendido que aunque seas buena persona nadie te toma en cuenta, así que eso terminó.

No estaba dispuesto a ser el mismo pendejo de antes.

—Y bien Joshua, ¿has tomado todos tus medicamentos? —soltó de repente mi psiquiatra, colocando los codos en el escritorio y manteniendo una mirada penetrante a mi persona.

Guardé la navaja y me encaminé al sillón con suma tranquilidad. Dentro de este lugar podía ser mi verdadero yo, no tenía que ocultarle nada a nadie y mucho menos tenía que pretender ser el hombre ejemplar. Aquí simplemente era un paciente con problemas mentales, unos que no desaparecían aunque me tomara la farmacia completa. Pero estaba acostumbrado, digo, si no fuera bipolar mi vida simplemente no tendría sentido.

—Cada uno de ellos —mentí. Claro que no iba a tomar esa porquería, ¿para qué la necesitaba? Yo me encontraba muy bien con mi situación. —Por cierto, —dictaminé captando su atención—, no podré venir a nuestra próxima cita debido a asuntos personales.

—Esto no me está gustando, Josh, últimamente faltas mucho a tus citas y sabes que no estás

bien de la cabeza, si los del hospital se llegaran a enterar sobre tu condición...

—Ellos no se van a enterar George, —interrumpí cruzando miradas con él—, porque tú jamás les vas a decir, ¿o sí?

—La confidencialidad es parte de mi trabajo —murmuró serio, apretando la mandíbula.

—Pues entonces cúmplelo y deja de meterte en la vida de los demás. Yo vendré cuando se me dé la puta gana, ¿está bien?

Dicho aquello me puse de pie y salí del consultorio hecho una bestia. Odiaba a las personas entrometidas como George, lidiar con ellas nunca fue de mi agrado, por eso mismo mantenía una distancia prudente pues siempre lograban sacarme de mis casillas. Mi vida es personal, y no cualquier imbécil llegaría arruinarla.

Me costó mucho trabajo llegar hasta donde estoy.

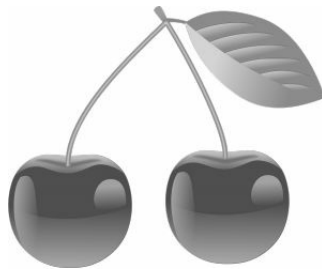
Esa era una razón por la cual estaba agradecido con mi esposa, bueno, casi exesposa Samara, por lo menos no preguntaba cosas que no debía ni tampoco era curiosa respecto a mi persona. Así es como deberían ser todas las mujeres; sumisas, inteligentes, sobre todo dejar que el hombre tenga el control de la situación. Si bien se mostró hostil en un inicio, no fue suficiente para caer en mis redes, para mostrarme el otro lado de la moneda que desconocía. Ella, al igual que yo, también sufrió cuando adolescente por culpa de su padre, tal vez por eso la comprendía a la perfección.

Manejé por horas sin destino alguno por la ciudad, todo con el fin de calmar mis pensamientos y llegar a casa de Claudia. Tenía que arreglar unos asuntos allí, pero más que nada recoger unos documentos que pedí a Noah meses atrás. No me agradaba deberle favores a ese hombre despiadado, pero ahora que lo pensaba, tenerlo de mi lado podía ser una gran ventaja, así que intentaba llevar la fiesta en paz con él, al final de cuentas ambos teníamos un mismo propósito.

Uno *muy* jugoso.

## Con el corazón

Nathaniel



Y ahora que no tenía dudas, que no existía la tristeza ni inmadurez, pero sobre todo que mis pensamientos fueron aclarados y que la mujer más hermosa del universo aceptó casarse conmigo, podía dormir tranquilo a su lado, escuchando sus tiernos ronquidos mientras la observaba extasiado.

Eran apenas las siete de la mañana cuando desperté para darle los buenos días, pero ella aún se encontraba boca abajo, durmiendo. No quise despertarla así que me bajé cauteloso de la cama, procurando no pisar algún bolígrafo ya que la noche anterior los niños decidieron ponerse a dibujar en el suelo.

Me dirigí hasta el baño para lavar mi rostro, tenía que escribir algunos correos a la editorial antes de que se llegaran las doce del mediodía. A través del espejo visualicé lo morado que cubría mi piel. Tan solo recordar lo sucedido días atrás la sangre me hervía peor que un volcán, esperaba que con los golpes que le di a ese idiota le haya dejado en claro que mi Katherine no estaba sola, que ella tenía un hombre que la defendería a balazos si era necesario, no me importaba caer tras las rejas con tal de verla feliz, sin ningún rasguño o lágrima.

El día transcurrió más rápido de lo que pensé y para cuando vi el reloj situado en medio de la pared ya no había nadie en la habitación, salvo Manuel pues no quiso ir con su madre a comprar el almuerzo.

—Muchas gracias por lo que hiciste por mí mamá, Nathan —dijo el chico de repente, caminando a donde me encontraba sentado con mi laptop. Alcé la mirada y me encontré con sus ojos decaídos. Cerré el ordenador.

—No hay nada que agradecer, campeón, yo amo a tu mamá como no tienes idea y no iba a permitir que alguien le faltara al respeto —confesé alborotando su melena larga. Dejó escapar un suspiro.

—Ella se encierra mucho, sabes... dice que está bien pero yo sé que es mentira. Desde pequeño la veía llorar en plena oscuridad, a solas, y eso me partía el alma porque no podía hacer



nada al respecto —susurró cabizbajo—. Mamá... ella... es del tipo de mujeres que pone una sonrisa para todo incluso cuando está quebrándose en mil pedazos por dentro. Piensa que no me doy cuenta pero si lo hago, Nathan, lo hago y me repugna porque tengo que fingir que todo está bien. Pero cuando vinimos a este lugar —pausó, enfrentándose—, cuando llegó contigo esa noche de la fiesta, cielos... se veía feliz y por primera vez la vi sonreír con el corazón. Así que no le hagas daño, por favor, en sus ojos puedo ver lo mucho que te quiere y lo último que deseo es verla sufrir como sufría por mi supuesto padre, aquel inhumano que nunca conocí y que ni falta me hace.

Las palabras que me dijo Manuel me llegaron al corazón, en serio, quien diría que un niño como él podría expresar tanto en tan poco tiempo. Pero lo admiraba como nunca creí admirar a alguien, él era como yo, ambos buscábamos la felicidad de esa estrellita perdida y día a día luchábamos por mantenerla sonriendo. Sin embargo, sería complicado mantener una sonrisa después de las estupideces que mi examigo dijo, aun así movería cielo, mar y tierra por mantenerla a salvo.

—Te prometo que a mi lado Katherine será feliz, de eso me encargaré hasta el día de mi muerte —aseguré, no creyendo que por fin nos daríamos una oportunidad—. La amo desde que tengo memoria, Manu, así que descuida que está en muy buenas manos.

Quince minutos después llegó la dueña de mis sonrisas con dos bolsas en mano, traía puesto un vestido marrón que cubría medio muslo, en sus pies lucía unos botines hasta la rodilla. Se veía preciosa.

Sonriente, corrió a mi dirección y se lanzó a mis brazos sin pensarlo ni siquiera un segundo. Emocionado la acepté, amaba tenerla así de pegadita a mi cuerpo.

—Hace mucho frío —murmuró en mi pecho, haciéndome cosquillas en el proceso. Besé su sien.

—Te amo, manzanita —le dije acariciando su brazo. Kate dejó escapar una risita mientras me respondía mi declaración con un beso en los labios.

Ella siempre sabía dejarme sin palabras y la verdad me gustaba mucho pues su sencillez alegraba mi corazón.

Los días de descanso pasaron y tuvimos que regresarnos a México debido a nuestro trabajo. A finales de noviembre pospuse la publicación de mi libro ya que me faltaba una sección por redactar, especialmente la que Kate haría cuando fuera a la Playa del Carmen, lugar dónde le organizaría una pequeña sorpresa por el compromiso. Lo cierto era que no habíamos tocado el tema desde aquella noche, en mi mente tenía demasiadas ideas para una boda sencilla, cálida al lado de nuestros seres queridos. Había pensado en hacer una en la cabaña donde conocimos nuestros cuerpos, dónde le confesé lo que sentía frente a esa chimenea mientras danzábamos al ritmo de la música. Tal vez podríamos hacerla en el lago que está justo detrás de mi propiedad, de hecho, no sería mala idea pues en el puente que da camino al agua podríamos colgar globos o amarrar listones.

—¿Le pedirás que se mude con nosotros? —preguntó Nicolás, girando en la silla negra que estaba frente a mi escritorio.

Sentí un calor recorrer mis mejillas.

La idea de vivir con ella bajo el mismo techo me excitaba, pero comprendía que ese era un gran paso que debía discutirse entre los cinco porque ya no éramos solamente dos enamorados, sino una familia completa y como tal debíamos discutir cada paso que diéramos. Aunque a decir verdad me aterraba la idea de ser despreciado por sus hijos, o peor, por ella, pero bueno, nadie dijo que estar en una relación sería fácil.

—No por el momento, pero si en un futuro cercano.

—Ah... —soltó un quejido, luciendo una expresión triste.

Algo me decía que Nicolás se encariñó con Taira, esa bella niña que parece estar en otro mundo cuando nos tiene cerca. Me era difícil aceptarlo, pero sólo mi hijo había sido capaz de sacarle sonrisas y carcajadas, sobre todo pláticas, por lo menos eso me contaba Kate cuando terminábamos de hacer el amor. Por otro lado, estaba Manuel, el niño que se ganó mi corazón desde el primer momento. A él muy difícilmente lo callabas, cosa que, si debía ser sincero, desquiciaba a Nicolás, pero de igual manera se llevaban bien, casi como hermanos. Compartían gustos por la fotografía e incluso gustaban de los mismos gustos musicales. Eso ya era ganancia.

Me puse de pie y caminé hacia el ventanal para observar la ciudad. El cielo estaba nublado y algunos rayos lo iluminaron, podía intuir que no tardaba en llover.

Por mi mente pasaban muchas cosas, cada una de ellas relacionadas a mi prometida, pero bastó la abertura de la puerta para que mis pensamientos se esfumaran como el viento.

Era Naomi.

—Señor Gray, tiene una llamada de la editorial en Michoacán —informó apuntando a sus espaldas. Asentí con la cabeza.

—Gracias Takahashi, puede retirarse.

Cuando salió de mi despacho le hice una seña a Nicolás con las manos y me salí al balcón para atender la llamada.

—Es un placer poder conversar con usted señor Gray, verá, le llamo porque necesitamos discutir el viaje a la playa...

Así fue como emprendí una larga llamada con William Villalta, dimos nuestras ideas para planificar el viaje debido que el departamento de periodismo se uniría con nosotros, algo que definitivamente me emocionaba. Lo que sí no me gustó para nada fue como se expresaba de mi mujer, algo me decía que gustaba de ella pues hablaba como si la conociera desde siempre.

Sin embargo, me contuve.

—Perfecto, ésta misma noche salgo para Michoacán para discutir sobre esto, ¿le parece bien? —le pregunté tragándome los celos que bullían en mi interior.

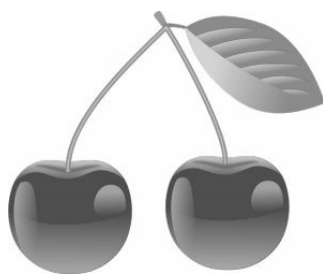
—Muy bien, aquí lo espero —convino—. Cuando llegue pregunte por la señorita Sanders, ¿sí? Ella le dará un folio con todo lo que ocuparemos en la reunión. Buenas noches —y colgó.

El aire contenido abandonó mis pulmones. Mis manos temblaban al igual que mis pies, yacía tiempo que no me sentía tan alterado por una miserable llamada de trabajo.

Entré a mi oficina haciendo lo posible por tranquilizarme. Sobre el sofá encontré a Nicolás recostado, sus ojos estaban cerrados. Parecía un angelito. No quise despertarlo y mejor continúe con mi trabajo en el ordenador, ya cuando despertara le dejaría caer la noticia que, muy en el fondo, sabía que le gustaría.

## Mensaje inesperado

Katherine



—Te amaré —soltó de la nada en plena reunión periodística. Lo miré estupefacta, nerviosa y, antes de poder asimilar bien sus palabras, o las mías, ya me encontraba hablándole.

—Ah sí, ¿cómo se supone que hará eso señor Gray?

No me respondió así que continúe escuchando las propuestas de mis colegas sobre el proyecto que se avecinaba. Expusieron ideas muy interesantes que despertaron la intriga, el deseo de investigar más a fondo los temas dados, sobre todo una curiosidad y emoción corrió en mis venas al pensar que en menos de cuarenta horas estaríamos camino a esa playa en la cual pretendía sacar mi fiera interior para complacer a mi hombre.

Aún no podía hacerme la idea de que Nathaniel estuviera conmigo después de tantos malos entendidos cuando éramos jóvenes. Recuerdo muy bien el primer día que lo volví a ver cuándo mi memoria era un caos todavía. Mamá acababa de dejarme en la entrada principal de la preparatoria y como toda jovencita tímida, los nervios invadieron mi sistema al entrar por esas puertas cristalinas. Caminé por minutos que para mí fueron eternos, hasta llegar a una pizarra con hojas pegadas, allí lo vi, luciendo tan despreocupado y arrogante. Lo primero que noté de él cuando giró para encararme fueron sus ojazos grises, tan enormes y brillosos como la misma luna, después sus preciosas mejillas pecosas y al final del trayecto sus labios carnosos que por noches infinitas soñé besar hasta cansarme.

«*Si no cierras esa boquita te tragarás una mosca, nena*» había dicho despreocupado, haciendo que mi mundo entero se tambaleara bajo mis pies. Porque sí, aún en aquellas épocas mi Nathaniel poseía esa arrogancia que ahora me excitaba, pero bueno, era parte de él y si le pedía que cambiara no sería el mismo.

Me gustaba tal como era.

—Te amaré como si fuera a perderte —dictaminó sonriente mientras la multitud salía

espabilada por la puerta de madera. Ni siquiera me di cuenta de cuando finalizaron, lo cierto era que ansiaba llegar a casa para perderme en su aroma, en su cuerpo...

Lo vi acercarse y posteriormente bajar la cabeza para dejar, a lo que supuse iba ser, un beso en mi sien como acostumbraba desde que hicimos oficial nuestra relación, pero no lo dejé terminar.

Me hice a un lado, pues yo tenía otros planes para nosotros ese atardecer. Sin decirle nada, y dejándolo con los ojos bien abiertos, caminé a la puerta del despacho para cerrarla con seguro ya que no deseaba que las demás personas presenciaran aquello que era evidente. Quité mis tacones, mi saco grisáceo y en un hilo de voz casi imperceptible dije: —Comienza a hacerlo.

Esas tres palabras bastaron para desatar una colisión de emociones, sensaciones. Esa tarde no sólo recuperamos los días perdidos, sino que adquirimos algo nuevo, un amor diferente, excitante, único. Nathaniel era todo lo que necesitaba a mi lado después de andar vagando sola. Deseaba estar con él en cualquier forma posible, lo amaba tanto que dolía.

Su mano izquierda se apoderó de mi nuca con frenesí al igual que sus labios húmedos mientras que la otra apretaba mi glúteo sin temor. Solté un gemido al sentir su extensión presionar mi ombligo, sus manos tiraron de mi falda negra con rapidez, él sí que sabía encender a una mujer.

Jamás unas manos me habían hecho sentir tan ardiente, tan especial, pero las suyas, ellas cruzaron barreras infinitas que me teletransportaron a galaxias desconocidas. Deseaba tanto tenerlo enterrado en mi ser y sabía que él pensaba lo mismo. Así que sin decirnos palabras, tiramos de las prendas restantes, movimos algunos objetos de la mesa y, entre jadeos, gemidos incallables, nos unimos sin remordimientos, proclamando una luna de miel adelantada.

Tal vez no era la mejor posición o el mejor lugar, pero una vez teniendo aquel tacto enardeciente quemando mi piel, era imposible pensar en otra cosa. Necesitaba tanto de Nathaniel que no pensé más allá de la relación profesional porque dentro de esta empresa, tener queveres con tus colegas era un grave delito que penado podía llegar a ser. El jefe decía que el amor sólo servía para interponerse entre el trabajo y arruinar las cosas.

Pero no importó, en ese momento éramos Rubí y André, dos enamorados que fueron separados cuando eran tan sólo unos críos, a los mismos que les fue arrebatada la felicidad cómo un caramelo.

Esa tarde no pretendía estropear nada salvo los papeles en el suelo.

Después de terminar tres rondas caímos cansados y sudorosos sobre la alfombra, mi cabeza descansando en su abdomen. Recuperar el aliento al terminar el acto sexual me causaba trabajo, no estaba acostumbrada a semejante intensidad pero tampoco era que podía dejar de hacerlo. Tan sólo tenerlo mirándome el cuerpo me temblaba.

—¿Tienes planes para ésta noche? —preguntó jadeante, acariciando mis cabellos húmedos.

La piel se me erizó.

—No, ¿por qué?

—Me gustaría llevarte a la feria del pueblo —confesó girando, dejándome atrapada bajo su cuerpo.

—¿Cómo una cita? —quise saber, sintiendo mariposas en mi estómago.

—Sí, manzanita, como nuestra primera cita oficial —y me besó. Correspondí enseguida.

El día transcurrió con normalidad. Por mi parte terminé algunas cosas en mi oficina con respecto a la revista, hice apuntes en mi libreta especial y después corrí a la oficina de Liam para dejarle una copia de lo que llevaba. Este año él estaba encargado de recaudar copias de cada proyecto que hacíamos pues era su trabajo revisarlo y decir que iba y que no.

Mientras caminaba en el pasillo para dirigirme al baño, porque últimamente me daban ganas

de ir cada minuto, un mensaje llegó a mi celular. Me detuve en pleno camino, ignorando los gritos desesperados de mis colegas por todas partes, incluso se podía observar como los papeles volaban por los aires. Solté una carcajada para después abrir el mensaje.

Te lo advertí pero no quisiste escuchar, muñeca, ahora atente a las consecuencias y dile a tu "prometido" que ande con los ojos bien abiertos pues no vaya ser que un día de estos amanezca tras las rejas por complicidad.

El celular se estrelló con el mosaico. ¿Qué demonios acababa de leer? Una gran presión en mi pecho se hizo presente como aquella ocasión fuera de la casa de Claudia. Mi vista comenzó a nublarse y lo último que percibí fue a Sasha gritarme por las espaldas que tuviera cuidado.

Un rostro masculino se encontraba muy cerca del mío, pero debido a la oscuridad que enjaulaba la habitación no distinguí de quien se trataba. Nathaniel no podía ser ya que tuvo que salir por Nicolás y mis hijos al parque, así que descarté esa posibilidad de inmediato.

Temblorosa, froté mis ojos con el puño para estabilizar mi vista. Quise hablar pero, al hacer amago de abrir la boca, vomité.

—¡Dios mío, Cerecita! ¿Estás bien?

De inmediato conocí esa voz y no pude sentirme más tranquila. Por lo menos no era un desconocido.

—Eso debería preguntarlo yo, mira nada más lo que hice —dije sintiéndome avergonzada. Liam soltó una carcajada y por cierta razón, lo acompañé. Ambos estallamos en carcajadas que resonaron en las cuatro paredes—. ¿Por qué está tan oscura la habitación?

—Están arreglando la sala audiovisual y José, nuestro electricista, recomendó que apagáramos todas las luces por precaución. Ya sabes, con eso que el clima está medio loco —explicó sentándose a un lado mío—. Mejor dime, ¿quieres un vaso de agua? ¿Alguna pastilla?

—Una servilleta estaría bien —susurré cubriendo mi boca con la mano. Pensé moverme, pero el asco que sentía en mi garganta me advirtió que esa no era una buena idea, así que mejor recosté mi cabeza donde estaba antes de despertar. Pasé una mano sobre mis ojos, intentando con todas mis fuerzas calmar un dolor agudo que de pronto apareció en mi vientre.

Aquí lo que me preocupaba más que el hecho de sentir dolor o asco era el mensaje que mandó Joshua. ¿Cómo estaba eso de que Nathan podría ir a la cárcel? En serio que ese hombre tenía los tornillos flojos, y a decir verdad necesitaba contactar a mi abogado lo más pronto posible. Prefería morir antes que ver a mis hijos en manos de ese monstruo sin escrúpulos y a mi ojigris detrás de unas rejas pagando por algo que no le correspondía.

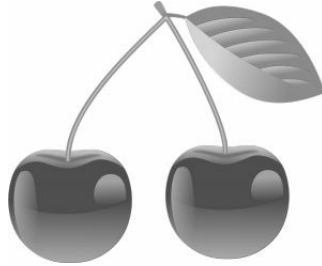
Daba tristeza pensar en que aquel chico dulce, carismático y amoroso se haya convertido en

un psicópata, un ser humano capaz de lastimar con tal de recuperar algo que no merece, pero así es la vida, te lastima cuando menos lo esperas y algunas personas en vez de superarse, de seguir adelante y no dejar que eso los dañe, prefieren lastimar para poder, de algún modo, "tranquilizar" su interior y hacer sentir a los demás lo que ellos mismos experimentaron en carne propia.

Esperaba de todo corazón que Joshua recapacitara.

## Libre de hacer

Nathaniel



Por la noche, ya cuando dejé a los niños sanos y salvos en la casa de Violeta, hermana de mi prometida, salí rumbo a la editorial puesto que recibí una llamada donde me decían que Kate se había desmayado en pleno pasillo. El sólo hecho de pensarla en peligro me alteraba. ¿Qué habría sucedido?! Pisé el acelerador hasta sentir mi espalda estrellarse con el respaldo del asiento, necesitaba llegar lo más pronto posible a ese lugar.

Afortunadamente todas las luces estuvieron a mi favor y en menos de cuarenta minutos me encontraba corriendo por los pasillos como un desesperado.

Para ese entonces sentía mi corazón en la garganta, sudor frío bajaba mi sien, pues tenía tiempo que no corría a semejante velocidad y menos sintiendo un pánico como aquella vez cuando ella se cayó del tercer piso de la prepa, cuando su precioso rostro estuvo cubierto de sangre, de moretones. Dios... ese día sí que fue el peor de toda mi vida. A veces intentaba suprimir esos recuerdos tan amargos y lúgubres pero era imposible, lo que más me dolía no era el hecho de que casi moría en mi presencia, sino que no podía estar a su lado como deseaba ya que no era nadie más que un simple amigo.

Pero ahora era diferente, muy diferente.

Ambos nos pertenecíamos.

—¿Qué sucedió, Liam? —pregunté sin aliento, intentando ver más allá de la puerta que cubría este hombre con su ancha espalda. Se rascó la cabeza.

—Nada grave, no te preocupes, hombre, que el doctor del edificio ya la está revisando —dijo seco, no queriendo verme a los ojos. Odiaba este tipo de personas, se supone que cuando estás hablando con alguien por educación debes mirarlo a los ojos y viceversa. No entendía lo que pasaba por la mente de él, pero lo cierto era que lucía molesto, como si mi presencia fuera todo menos un alivio para su persona.

—Bien, iré a verla —avisé dando unos pasos adelante pero William me bloqueó el paso. Una sensación conocida comenzó a picarme la piel, desde los talones hasta el cuello. ¿Quién carajos se creía este imbécil? Alcé la cabeza y le clavé la mirada con odio.

—Como te dije —repitió hostil, desafiándome—, el doctor la está revisando, no es prudente que entres a la oficina sin más.

Solté una risa.

—Claro que puedo entrar sin más, ¡es mi prometida! Y dónde está ella, estoy yo, así que si me disculpas... —dicho eso le di un empujón con mi hombro para entrar a la oficina. Nada ni nadie me quitaría ese privilegio, si una vez sucedió fue por idiota, pero no más.

Él no tenía ni voz ni voto en este lugar.

Entré a la oficina algo tembloroso, con manos sudorosas. Kate se encontraba sentada en un sofá azulado, su rostro lucía pálido, su pecho subía y bajaba con inquietud. En cuanto me vio sonrío de una manera débil que apachurró mi pecho. Cauteloso me acerqué, en ningún momento desconectando mis ojos de los suyos que parecían estarme contando muchas cosas que su boca no podía explicar. En esas perlas mielosas encontré preocupación, miedo, tristeza, algo que definitivamente me preocupó aún más. Ya estando a unos centímetros me puse de cuclillas y la atraje a mi pecho con delicadeza, con ternura, susurrándole al oído que fuera cual fuera la situación ambos saldríamos de ella, que lucharíamos hasta el final si era necesario. Sus manos se enredaron en mi espalda, apretujaron con fuerza y, en cuestión de segundos, unos sollozos comenzaron a salir de sus labios resecos. Odiaba con mi alma verla así, de hecho las mujeres llorando eran mi debilidad, más si se trataba de aquella que tenía mi corazón en sus manos.

Con una mano libre acaricié su espalda para tranquilizarla pues no se me ocurría que decir. Era en estos momentos donde deseaba que mi lado parlanchín saliera a flote debido a que podría consolarla, pero a veces el temor a decir algo que empeorara las cosas era enorme.

Muchas veces erré, abrí la boca de más, alejé a mis seres queridos y eso solamente sirvió para hacerme concientizar de que primero debía pensar bien con el cerebro antes de hablar y lastimar corazones inocentes.

—¿Usted es...? —preguntó el médico captando mi atención.

—Su prometido —respondí, de reojo viendo como William apretaba las manos en puños.

Le resté importancia.

El médico asintió con la cabeza, siendo consciente de que debía darnos un momento antes de soltar aquello que de seguro le preocupaba. Sin embargo, su silencio fue roto un minuto después cuando decidió decirme las supuestas razones que provocaron semejante reacción.



—Me contó que recibió un mensaje, algo sobre sus hijos y un cómplice... —soltó preocupado. Me paralicé. Una electricidad inmensa recorrió mi torrente y el temor que evadí, llegó—. No entiendo bien lo que esté sucediendo en su vida personal, señor, pero debo decirle que la señorita Sanders necesita mantenerse tranquila, con la menor cantidad de preocupaciones si es posible, es eso o que tenga otro incidente.

—Entiendo, doctor, no sé preocupe que me encargará muy bien de brindarle esa tranquilidad que necesita, pero... ¿está bien? Se ve muy pálida —pregunté mientras acariciaba cabeza.

—Fue a causa de la noticia, pero ya le receté un medicamento y también programé una cita para la próxima semana —indicó—, le recomiendo que vaya pues me dijo tener un dolor agudo en el vientre. Puede ser apendicitis, no estoy muy seguro.

Una vez que el doctor me dio indicaciones sobre la cita nos dejó solos. La verdad sentía una presión en el pecho algo desconocida, presentía que ese dolor era más grave que nada, pero, por otro lado, lo que dijo del mensaje me enfureció. Sabía perfectamente quien mandó esa cosa, no obstante, decidí restarle importancia, allí lo que importaba más que un mendigo mensaje era su salud, su bienestar. Así que sin decirle nada, la tomé entre mis brazos y salí con ella en brazos hasta mi camioneta.

Kate necesitaba dormir, de seguro tanto trabajo la había puesto al borde del colapso y era para menos sabiendo que en cuatro días iríamos al dichoso viaje de la playa. Aun así, tendría que pegar una visita a la policía para denunciar semejante barbaridad, a ver si así le quedaba en claro que meterse con mi mujer era meterse a la casa de Hades para arder en el mismísimo infierno.

—Lamento mucho haber arruinado nuestra cita —murmuró mientras absorbía por la nariz. Mi mano se hizo puño sobre mi muslo y en automático mis pensamientos malignos se esfumaron.

Las calles se encontraban solas, si acaso se podía observar uno que otro peatón caminando con paraguas debido a la lluvia. Bien anunciaron que el clima en la ciudad sería muy lluvioso debido a la época de huracanes, pero no les creí.

—Ya tendremos otra cita, mi cielo —le dije para calmarla pero eso solamente sirvió para hacerla sollozar. ¡Mierda! Tenía que aprender a ser más cuidadoso con mis palabras.

—P-pero está era la primera, la oficial...

Oficial o no oficial, a mí no me importaba perder una simple cita con ella si eso significaba ponerla en riesgo y alimentar mi ego. Sí, no iba a negar que dolía un poco ya que llevaba planeando esto desde siempre, pero las cosas pasaban, y no había más que aceptarlo y seguir adelante. Además, teníamos muchos años por delante para reponer esa cita o cualquier otra, de eso me encargaría yo.

Los días transcurrieron, y junto con ellos varias noticias que no creí, a decir verdad el incidente aquel no fue más que una probadita de lo que afrontaríamos más adelante, pero por el momento decidimos hacerlo a un lado para enfocarnos en el viaje, en los paisajes. Katherine fue con el doctor el día anterior ya que decía no soportar el dolor. No la acompañé debido a ciertos asuntos que tenían que ser tratados en la empresa, así que Nicolás fue su chaperón en esa misión importante. Le pregunté si todo había salido bien pero no me respondió, de hecho llevaba evadiéndome desde ese día al igual que ella. ¿Me preocupaba? Bastante. Jamás la había sentido tan distante y eso que apenas eran dos días, dos putos días dónde no tenía mi dosis de su cuerpo ni sonrisa, dónde el agua fría era mi fiel compañera por las noches y presentía que los siguientes tres serían así o peor. Pero bueno, no la presionaría con mis necesidades carnales, ya sabía yo como

quitarle las ganas.

—De una vez te aviso que llevaré mi cámara así que no te sorprendas si no me encuentras en el hotel, ¿okay? —avisó Nicolás, empacando su ropa en la maleta roja que se trajo de casa. Solté una carcajada.

—Créeme, hijo, no pretendo buscarte ni mucho menos encontrarte en este viaje, yo... —pausé, imaginándome todo lo que haría dentro de esas playas—, tengo otros planes en mente, unos muy jugosos.

—¡Dios mío! No tengo porque escuchar esto, papá —sus manos cubrieron sus orejas. Nicolás era tan inocente y por eso me gustaba molestarlo, sabía bien que los temas sexuales lo ponían nervioso.

—Tienes razón, es mejor hacerlo que escucharlo —y salí corriendo al baño carcajeando, detrás de mí se podía escuchar al rubio soltando barbaridades que me hicieron reír más fuerte.

A eso le llamaba felicidad.

—Oye pá...

—Dime campeón —grité desde la regadera mientras enjabonaba con rapidez mi melena castaña. Escuché como unos pasos se acercaban hasta mí y asomé la cabeza. Nicolás se había sentado sobre el inodoro, lucía pensativo—. Hey, ¿qué pasa? Nunca te había visto así.

El blondo colocó sus codos sobre las rodillas y apoyó la cabeza sobre sus manos. Sumergí mi cabeza bajo el chorro de agua para quitar los restos de jabón y posteriormente la volví a asomar.

Ahora veía directo a la pared color crema.

—¿Qué opinas de los homosexuales? —preguntó e inevitablemente tosió. Giró de inmediato para escrutarme—. Lo sabía, no te agradan. Debí suponerlo. Sabes qué, no debí interrumpirte, sigue bañándote que iré a terminar mi maleta.

Hizo amago de ponerse de pie cuando lo detuve con voz dura, autoritaria, cosa que nunca pasaba entre nosotros. Abrió los ojos de par en par.

—¡Siéntate! Tú no vas a ningún lado Nicolás Gray —ordené. Apagué la ducha y me enrollé la toalla en la cintura. —Y antes de que empieces otra vez déjame decirte que no me gusta cuando pones palabras en mi boca ¿entiendes? Pensé que eso lo había dejado en claro meses atrás —me puse frente a él y alcé su mentón con mis dedos—. Ahora, respecto a tu pregunta jovencito, pienso que cada quien es libre de hacer y sentir lo que le plazca. Una preferencia sexual no define tu personalidad y mucho menos tu futuro, eso debes saberlo muy bien —suavicé mi gesto. —El amor viene en todos los colores, sexos y nacionalidades, si quieres amar a alguien de tu mismo género hazlo, eso no le incumbe a los demás, si así eres feliz adelante, pero por nada del mundo dejes que los malos comentarios arruinen tu felicidad y perspectiva de ese sentimiento. ¿Quedó claro? —mi hijo asintió, atónito.

—¿N-no te dan asco? —musitó desolado, con un dejo de miedo en su tono. Enarqué una ceja, pero a los instantes suavicé mi gesto otra vez. Me puse de cuclillas y tomé su rostro entre mis manos. Sus ojos azules me miraron atentos, deseosos de mi respuesta. Dejé un beso en su nariz y sonreí.

—No, hijo, no me dan asco, pienso que son las personas más valientes de este mundo por aceptarse como son y por no dejar que los malos comentarios los arruinen. Son personas admirables, luchonas, saben lo que quieren y van por ello a pesar de las circunstancias y los obstáculos que tengan.

Sus labios comenzaron a temblar y supe, en ese preciso instante, que algo dentro de mí príncipe estaba cambiando, no sé si para bien o para mal, pero de igual forma lo estaba transformando, tal cual ocurre con las orugas al convertirse en unas bellas mariposas.

Lo atraje a mi pecho y lo abracé con todas mis fuerzas. Nicolás se aferró como si tuviera miedo a perderme, como si tuviera miedo a que todo esto fuera simplemente un sueño y que mis palabras fueran maquilladas para después lastimarlo.

—Te amo papá, más de lo que te imaginas. Gracias por escucharme y por decirme todo eso. No sabes cómo lo aprecio.

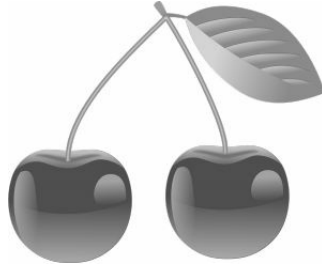
—Estoy para eso y más, campeón, nunca lo olvides. También te amo.

Salimos del baño con los ojos enrojecidos, él terminó de empacar sus cosas y yo me vestí con ropa cómoda. Al cabo de unos minutos ya salíamos rumbo a la central para comprar los boletos antes de que se agotaran. La verdad estaba más que ansioso por ir, por ver a mi hijo disfrutar y volar como siempre lo hacía al estar rodeado de la naturaleza.

Él me hacía ver el mundo con otros ojos.

## Mal entendido

Katherine



Me desperté a las dos de la tarde, ya para entonces mis hijos habían terminado de empacar sus maletas para el viaje. Recibí una llamada de Nathan deseándome los buenos días y avisando que tendría que adelantarse a comprar los boletos del camión turístico junto con algunos bocadillos para el camino.

Por mi parte me apresuré a tomar una ducha caliente pues sentía el cuerpo bien pesado, tal vez era por la larga espera que tuve en el consultorio con el doctor el día anterior. Tan sólo recordar lo que me dijo me emocionaba, me hacía querer salir gritando a los cuatro vientos, pero no debía, necesitaba mantener la compostura y pensar en alguna manera para soltar la noticia de forma prudente. Así que mientras el agua corría por mi piel desnuda, recargué la sien en la pared y comencé a pensar, pero eso se fue al carajo cuando el recuerdo de unos ojazos grises atacaron mi mente.

Solté un gemido.

Cerré los ojos con demasiada fuerza para imaginármelo, para rememorar las veces que sus manos y labios carnosos recorrieron mi cuerpo en las últimas semanas. Su toque era como gasolina para mi piel; ardía, me excitaba, era todo lo que nunca tuve en años de soledad. Y la verdad no entendía cómo era que un simple hombre me hiciera experimentar tantas cosas a la vez. Un hombre que conocí de pequeña.

De pronto una presión en mi cadera me hizo abrir los ojos de a golpe. Intenté girar pero esa misma presión me lo impidió. Mordí mi labio inferior. Ya sabía de quién se trataba.

—Te juro que lo intenté... Pero ya no puedo esperar más —murmuraron en mi oreja de una manera seductora que mis piernas me hicieron caer al suelo por la excitación. Quedé de rodillas —. Te amo tanto, manzanita, tanto que cada miserable segundo sin tocarte, sin besarte es amargo, eterno.

—L-los niños pueden entrar en cualquier momento, Nat... —repliqué agitada, suprimiendo las ganas de girar y comerlo a besos.

El ojigris no dijo nada, en cambio, sus grandes manos abrieron mis piernas con delicadeza,

dejándome expuesta ante su mirada. Unos cosquilleos en mi entrepierna me hicieron pegar la sien a la gélida pared y a mis manos hacerse puños.

Llevábamos días sin tener contacto físico ya que deseaba mantener mi corazón estabilizado para cuando le diera la noticia. Sin embargo, en esos momentos no me importó, sólo quería disfrutar de sus manos jugueteando con mi cuerpo que estaba rendido a su merced. Con sus labios besó mi cuello, lo succionó, después, ya cuando pasaron los segundos, sus labios descendieron por mi hombro hasta llegar a la curva de mi espalda. Ahí murmuró palabras que no comprendí pues el deseo invadió mi persona en cuestión de nada. Lo único que podía sentir eran los cosquilleos tanto en mi abdomen como en mi entrepierna.

—Nicolás se los llevó a comprar una malteada... —soltó jadeante, ronco, mientras pegaba su ingle a mi trasero húmedo. El agua fría del grifo caía sobre mi piel caliente, y la sensación que ésta me daba era gloriosa, mágica. De la nada, a punto de abrir mi boca para suplicarle que me hiciera suya, unos recuerdos agrídulces bombardearon mi mente, provocando que girara de repente para empujarlo.

Eso no podía estarme sucediendo.

—Hagámoslo en otra parte, ¿sí? —sugerí apenada, sintiendo mi corazón a punto de explotar.

Mi prometido me observó desconcertado y no pude evitar tragar saliva con dificultad. Jamás podría decirle que la razón por la cual lo detuve fue que me recordó a la vez que Joshua y yo tuvimos sexo en la regadera.

—Está bien.

Terminamos de ducharnos por separado, no tenía el coraje suficiente para mirarlo a los ojos después de eso. Nathaniel fue el primero en salir del baño, obviamente intentando ocultar su molestia con una falsa sonrisa. Diez minutos después salí yo con una toalla enredada en mi cabello, solo portando ropa interior en el resto de mi cuerpo pachoncito. Al salir, lo primero que vi fue a su cuerpo tirado boca abajo en la cama, su cabeza estaba hundida en mi cobertor de pelusa. Una marea de emociones me paralizó a medio camino, haciéndome sentir la peor persona en el planeta por ocultarle la razón.

Me cuestioné si debía decírsela, pero cuando lo escuché murmurar algo, que para mi gusto fue muy inmaduro, las ganas de hacerlo se esfumaron.

Pero mantuve mi compostura.

—Amor, en serio lo siento, no fue mi intención hacerte sentir mal —me encontré disculpándome, caminando a la orilla de la cama para sentarme. No respondió el ingrato—. Vamos, Nat, sabes que me fascina tenerte metido entre mis piernas, pero la regadera no era el lugar indicado.

—Nunca es el lugar indicado, Katherine —soltó seco, apretando sus manos en puños—. Llevo días queriendo tocarte, pero siempre me haces lo mismo, dime, ¿acaso ya te aburrí? ¿Es eso? ¿O es que no te gustó hacer el amor conmigo en la oficina y estás molesta por ello?

—¿Cómo puedes decir eso! Claro que no me aburres, mi amor, es solo que... — ¡No! Debía mantener mi pequeño secreto un poco más, todavía no estaba segura de nada y no quería ser yo quien le diera una desilusión más en su vida.

Tenía que *estar* segura.

—Vaya amor que dijiste tenerme —bufó irritado—. Sabes que, ahórrate tus explicaciones para otro día, estoy cansado y me voy a dormir.

—Nathaniel, por favor no seas así...

—Buenas noches.

Dicho aquello un hombre al cual desconocía salió a zancadas de mi habitación, dejándome

atónita, paralizada. Sintiendo una impotencia desconocida invadir mi sistema en cuestión de segundos me dejé caer sobre la cama, aspirando el aroma que su cuerpo dejó impregnado en mis cobijas. Verlo así me enfurecía, más porque dijo haber cambiado, pero bueno, no lo molestaría hasta sentirlo más relajado, sobre todo menos frustrado. Solo rogaba a Dios que no fuera a buscar el placer que no le daba en otro lugar, eso sí me destrozaría en mil pedacitos y haría que la confianza que tardamos en ganar se perdiera en lo más profundo del abismo.

Las cinco de la tarde llegaron sin avisar, y junto con ello un enorme dolor de cabeza. Intenté abrir mis ojos, pero fue imposible, la pesadez que sentía en los párpados me hizo quedarme ahí sobre la cama como si fuera una hoja de papel. Solté un bostezo. Si pudiera posponer el viaje lo haría, pero desgraciadamente no debía ya que me costaría mi trabajo y considerando las deudas que tenía, sobre todo la de mi casa, era lo menos que necesitaba.

Hice amago de poner los pies en la alfombra cuando de pronto un dolor en mi abdomen me hizo gruñir como león. De inmediato una personita entró corriendo por la puerta, su carita luciendo muy preocupada. Lo observé con los ojos llorosos.

—No te muevas, mami, ahorita te traigo un vaso de agua con tus pastillas —dijo y salió corriendo a una velocidad sorprendente. Instantes después mi hijo entró nuevamente por la puerta con un enorme vaso de agua y una cajita blanca entre sus manos. Intenté sonreír, pero el dolor me lo impidió.

—Lamento darte molestias, Manu —le murmuré cuando lo tuve cerca. Mi niño me dejó un beso en la cabeza, eso fue suficiente para animarme un poco e olvidar por momentos lo que sucedió en el día.

—Qué cosas dices, má, no es ninguna molestia —se sentó a mi lado. De reojo pude ver como sus ojitos verdes se fijaban en la pastilla, como si tomármela fuera de vida o muerte—. ¿Y si mejor no vamos al viaje? De seguro Don Patricio entenderá, además, su sobrino también está encargado de la revista que vas a publicar, tal vez él pueda recolectar la información, ¿no crees? Digo, para eso es tu mentor.

Manuel tenía razón, era mejor mantener reposo por algunos días, de perdido hasta que el hospital me diera los resultados, además, como dijo mi niño, William podría recolectar la información restante para la revista, incluso en una ocasión me lo propuso porque dijo verme muy agotada con todo este show. Así que lo que restó de la tarde me dispuse a ver películas con mis hijos, bueno, con Manuel en específico debido a que Taira prefirió quedarse en su habitación a dibujar que pasar un momento con nosotros.

Cuando se llegaron las ocho de la noche procuré mandarle un mensaje a mi jefe explicándole que me disculpara por mi falta, y fue tan amable el Don que incluso se ofreció a mandar a alguien para cuidarme.

Obviamente rechacé su ayuda de la manera más amable pues él menos que nadie tenía que preocuparse por mi bienestar, suficientes preocupaciones cargaba en su espalda como para encimarse otra.

De pronto un mensaje llegó a mi móvil. Era Liam.

Espero te mejores, Cerecita. Cualquier cosa que necesites márcame, ¿sí? No importa la hora.

Sabes... me quedé muy preocupado desde aquel día en la oficina :/ , la verdad no entiendo muy bien lo que te sucedió pero ruego al cielo porque no sea nada grave, lo que menos desearía es ver una firme línea en tu rostro. Descansa, Kathy. Nos vemos pronto.

Con una mano le respondí y posteriormente devolví la mirada al televisor. No me sentía con ánimos para continuar una conversación. La única que necesitaba era de alguien que salió hace horas de mi recámara, pero bueno, haría lo posible por no pensar en ello.

El resto de la semana continuó como debía; fui al médico por mis resultados, llevé a mis hijos a la escuela, regresé a mi trabajo y también compré los víveres de la casa. Todo completamente normal y eso me aburría, me estresaba ya que me acostumbé a tener choques de emociones cada día desde que fue la reunión en la prepa. Lo único emocionante que ocurrió el domingo por la noche fue que recibí un enorme ramo de flores, detalle suficiente para tenerme suspirando como boba, para hacerme entender lo grosera que fui al no escribir un mejor mensaje de respuesta aquella noche.

—De verdad no tenías que molestarte con algo sí —inquirí con mi celular atrapado entre mi oreja y hombro mientras revisaba una carpeta que traía en mano. Liam soltó una carcajada.

—No tenía, pero quise hacerlo, sabes que desde niño hacía esto —dijo sonando algo pastoso. Esbocé una sonrisa—. Además, si ese detalle implica sacarle una sonrisa a la mujer que siempre estuvo a mi lado, vale mucho la pena.

Oír su tono de voz me dio a entender que acababa de despertar, y aun así fue tan lindo que se tomó el tiempo para hablarme y preguntar sobre mi salud, en serio que era un buen hombre, como dijo él, desde pequeño su actitud y detalles fueron más que amabilidad, tal vez por eso me enamoré como loca cuando cumplí catorce años. William tenía el poder de hacerme ver lo insignificante como algo hermoso, lo agrio, dulce, fue del tipo que me atrapaba con tan solo una palabra, una frase suya, y se lo agradecía, sin él en mi vida nunca hubiera logrado olvidar los demonios que me perseguían, sin su apoyo o palabras nunca hubiera dejado mi lado egoísta, esa faceta que por un tiempo me derrumbó.

—Bien, tú ganas —confesé sintiendo una emoción inexplicable en mi interior—, pero como no soy del tipo que deja una pasar, quiero ver tu lindo trasero en las banquetas de la feria a las seis el jueves. ¿Entiendes? No acepto un “no” por respuesta.

—¿Me estás invitando a salir? —preguntó, de seguro no creía mis palabras. Y era de suponerse, en la vida lo había invitado a salir.

—Por supuesto, señor Villalta, es una invitación que espero no rechace, y aunque lo haga iré por usted hasta su domicilio para arrastrarlo de la greña —el pelinegro soltó una carcajada que me hizo sonreír.

—De loco haría eso. Te veo el jueves, adiós —y colgó.

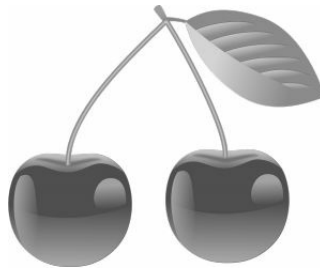
Lo cierto era que necesitaba platicar con alguien cercano, necesitaba con urgencia despejar un poco la mente y contarle mis secretos, así por lo menos no tendría la cabeza enfocada en el maldito calendario, viendo cuantos días llevaba sin saber de Nathaniel.

Mi amigo sería la distracción perfecta para mi mente.



## Rasgos similares

Joshua



Sudor bajaba por mí frente a una velocidad impresionante; mis manos se movían en perfecta sincronía con mi vista mientras el bisturí hacía un trazo recto. Sonreí, estar dentro del quirófano siempre sería mi pasatiempo preferido, más cuando tenía operaciones extravagantes, de aquellas que me hacían permanecer por más de diez horas de pie sin siquiera pestañear.

Terminé de cerrarle el cráneo a un señor a la hora perfecta. Quité la bata de cirugía con cuidado, deposité los guantes de plástico en la basura y después salí a enjabonarme las manos como solía hacerlo, así, tranquilo, sintiendo en mi interior una satisfacción inmensa por haberle salvado la vida a ese hombre que llegó con varios vidrios clavados en la cabeza y una que otra abertura. Ahí me encontré con Denise, una jovencita que estaba a mi cargo desde hace días gracias al estúpido de mi jefe de cirugía. Lucía algo relajada a comparación de cuando le dije que tenía que entrar conmigo al quirófano porque no podría cuidarla durante ese tiempo. La pobre castaña tembló como gelatina al verme tomar el bisturí y las pinzas en mano, casi vomitó cuando saqué el primer vidrio.

—Estaba seguro de que terminarías desmayada, Sandoval, pero ya veo que eres muy valiente para éstas cosas —le dije sin esperar ninguna contestación de regreso. De pronto, la joven se lanzó a mis brazos, asustándome por completo. La observé dubitativo, sorprendido. ¿Qué... le sucedía?

—¡Muchas gracias, Doctor! Es lo más lindo que me han dicho desde que llegué a ésta ciudad —murmuró al borde del llanto. La alejé con delicadeza de mi pecho, forzando una sonrisa. A decir verdad, me repugnaba que otras personas me tocaran, era una invasión de privacidad extrema que evitaba a toda costa. Rayos, ni a Samara le permitía que se acercara así, y menos después de la pelea que tuvimos sobre nuestra hija.

—No tienes por qué agradecerme —murmuré, no queriendo que la conversación crearía malos entendidos con mis colegas, los muy miserables creaban rumores incluso si me veían acariciando un gato. Pero que esperaba, así eran los hospitales, muy entrometidos, chismosos, creaban

situaciones abominables, otras pasables, pero al final de cuentas puras mentiras.

Denise sonrió de una manera cálida que me hizo transportarme al pasado, a una persona en específico. Y ahora que la escrutaba mejor, tenía varios, por no decir muchos, rasgos similares a ella. Eso me desconcertó pues cualquiera juraría que era la misma persona con color de cabello distinto y ojos azules. Agité la cabeza al darme cuenta de los pensamientos tan tontos que tenía, de seguro el imbécil de George me cambió mi medicamento por unos más fuertes. Ya hablaría con él.

Salí del cubículo lo más pronto posible después de despedirme y dejarle en claro que no se saliera del hospital hasta que yo terminara mi turno ya que la llevaría conmigo y con Sam a la casa. Por otro lado tenía mucha hambre y considerando que solo disponía de media hora para buscar alimento me hacía apurarme aún más, a tal grado de empujar a unos cuantos individuos con mi hombro. Una vez en la cafetería opté por tomar una hamburguesa de pollo con un refresco de cola, y un pastelillo de postre. Tomé mi bandeja y me dirigí a una mesa al fondo, no deseaba ser interrumpido por nadie, menos sabiendo el huracán que traía en mi mente respecto a lo del divorcio con mi esposa, la patria potestad de mi bebé que aún no nacía y sobre todo la demanda que emplearía en contra de esa mujer.

Cielos... mi mundo entero se estaba desmoronando en cuestión de horas y eso era inaceptable. ¿En qué momento permití que todo se me saliera de control? ¿En qué demonios estaba pensando al enfrentarla aquella mañana en el estacionamiento? ¡Qué imbécil! Sólo logré que mi examen me golpeará, que mi hijo me maldijera y sembrara un posible odio hacía mí. Y lo que más me dolía era saber que Claudia esperaba otro hijo de Christian, eso sí fue un golpe bajo.

Pero volviendo al tema de mis hijos... Debía encontrar una manera de hacerla pagar por quitarme el privilegio de ser padre, más sabiendo que mis sospechas siempre fueron ciertas respecto a su relación con Nathaniel. En serio que cuando decía amarme siempre sentí una punzada inexplicable en el pecho, como si sus palabras fueran de todo menos verdaderas, sinceras. No obstante, quitarle la custodia sería inútil debido a que nunca nos casamos, y los niños no compartían mi apellido, ni mucho menos me hice cargo de ellos en todos estos años, así que Katherine las tenía de ganar en ese aspecto. Sin embargo, podría ponerlos en su contra, al fin de cuentas son niños y manipular sus mentes sería pan comido. Obviamente no podría hacerlo con ambos porque ese mocoso, Manuel, me aborrecía a muerte por lo de aquel día, eso me dejaba con Taira, esa preciosa niña reservada que deslumbré el primer día que la vi en casa de mi hermana. La verdad era hermosa, sus ojos verdes y su cabello oscuro me derretían, me hacían querer protegerla de cualquier humano sin escrúpulos, incluso protegerla de mí mismo. Pero mezclar mi lado paternal con lo otro era un riesgo que no deseaba tomar. No por el momento.

Mi objetivo no era ser el padre ejemplar, ¡no! Yo buscaba destruirla, hundirla como ella me hundió al besar a Nathaniel aquella ocasión cuando supimos que seríamos padres. Katherine tenía que pagar, llorar, sufrir, de eso me encargaría incluso si me llevara toda la maldita vida en cumplirlo.

—Disculpe que lo interrumpa, Doctor Lockwood, pero... ¿usted qué es de Katherine Sanders? —soltó de repente una persona. Fruncí el ceño, tragándome el enojo que sentí al ser interrumpido por la chica de minutos atrás. Le dejé bien claro que me ocuparía, que hiciera el mayor esfuerzo por no molestarme pero por lo visto ignoró mis palabras. Estos adolescentes me sacaban de quicio. Bastante.

—¿A qué se debe tu pregunta? —respondí dudoso, dándole una mordida a mi hamburguesa. La joven tomó asiento al frente mío sin pedir permiso.

Vaya modales que se cargaba.

Quise abrir mi boca para decirle que los espacios personales no se invadían, que a un

superior no se le interrumpía para cualquier estupidez, cuando de la nada, la joven bajó la mirada a la mesa blanca. Sus dedos de pronto comenzaron a jugar con su cabello largo, su rostro se tornó a un color escarlata y fue en ese momento donde mi curiosidad pasó de un cero a un cien. ¿Qué tenía que ver esa mujer en todo esto? Cuando Denise alzó el rostro para enfrentarme, pude ver las lágrimas que contenía, era como si esa chica estuviera torturándose con algo que solamente esa pregunta hecha podría solucionar.

Tragué saliva.

—Entiendo que usted es un hombre ocupado y que poco debe importarle la vida de las personas que lo rodean, pero... estuve investigando, mucho, y encontré lo que tanto soñé, así que por favor no me arrebate la ilusión —murmuró, dando rienda suelta a un mar de lágrimas que pusieron mis cabellos de punta. Miré a mis alrededores para asegurarme de que nadie estuviera viendo a nuestra dirección, lo último que necesitaba era crear drama en mi trabajo y problemas con mi jefe por hacer llorar a su hermana menor.

—Fue mi pareja hace once años —los ojos de la castaña se abrieron como platos y en ellos pude observar como la impotencia inyectada pasaba a un alivio, a una chispa de emoción. Fruncí el ceño, claramente desorbitado.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? ¿Vive aquí en Louisiana? ¿Tiene su número telefónico? ¿Es cierto que su cabello es rojo?

—Detén tu carro, Sandoval —estrellé mi mano en la mesa. Denise se sobresaltó y en automático me reprimí por eso. Alejé la mano de la superficie y la coloqué en mi muslo, impaciente—. ¿Por qué te interesa tanto saber sobre esa mujer? Qué yo sepa no tiene nada que ver con tu familia, mucho menos con Jake, tu hermano —pregunté más confundido que una ardilla. Si esa chica pensaba hacerle daño a Katherine estaba muy equivocada, a mí me correspondía eso.

Denise giró el rostro al lado izquierdo y se mantuvo en silencio por minutos. Volví a preguntarle pero no respondió, así que no insistí más, mejor me puse de pie para tirar la basura y continuar con mi día laboral, no tenía tiempo que desperdiciar, demonios, incluso el hambre se me quitó con tan sólo el nombre de Katherine. Escucharlo era amargura para mis oídos, para mi boca.

A punto de abrir la puerta de salida, sentí un tirón en mi brazo y las palabras que salieron de sus labios me helaron entero. No podía ser verdad.

—E-esa mujer es mi madre.

Lo cierto es que no quise preguntar nada, simple y sencillamente continúe con mi camino y la dejé ahí de pie, con su confesión tamborileando en el aire como si fuera alguna hoja de otoño. Pero entre más avanzaba hacia la sala de descanso, más me faltaba el oxígeno, más exasperado y ansioso me hallaba. Tuve que detenerme cerca de una ventanilla para inhalar con fuerza antes de colapsar en pleno pasillo transitado. ¿Su madre? Eso debía ser una broma. Conocía a la perfección la mamá de Jake y Denise, en varias ocasiones fui a cenar con ellos, a pasar tardes juntos, incluso iban a mi casa a tomarse una copita de vino, y nunca, en ningún momento, le encontré un parecido con Katherine.

Respiré hondo una vez más y me aflojé los primeros botones de mi camisa, enserio me estaba asfixiando y no sabía cómo ayudarme. ¿Qué raro no? Un doctor titulado no sabe cómo salvarse la propia vida.

—¡Hey Joshua! Al fin te encuentro, me dijo Denise que vendrás con nosotros para cenar —era Jake, mi jefe y también amigo. Giré a verlo, desconcertado.

—¿Q-qué? Yo... no... —intenté decir, pero ninguna oración coherente salía de mi garganta.

—Acabo de llamar a mamá y se alegró bastante. Ya sabes que te ve como un hijo mayor y ha sabido tomarte cariño en estos años —me dio una palmadita en la espalda que en cierta manera

me liberó—. Llega temprano por favor, sabes que odia la impuntualidad. ¡Ah! Y por favor lleva a Denise, ella sale después que yo y no puedo esperarla, ya sabes, los deberes en el otro hospital son primero.

—Si... yo... la llevo. No te preocupes —dijo al fin, aun confundido por la situación.

—Bien. ¡Gracias! Los veo a la noche —se despidió alegre, corriendo por el pasillo para alcanzar el elevador a punto de cerrarse. Parpadeé como diez veces seguidas, no por sus palabras, sino por la estúpida mentira que esa mocosa había inventado sin importarle consultarme primero. Pero ya me escucharía.

La tarde continuó como siempre, consultas, cirugías programadas, otras de urgencia. Fue tanto el trabajo que no supe ni a que hora el sol se metió, lo cierto era que cada vez que veía a mis pacientes irse, una opresión horrible se hacía presente en mi tórax. Salí de mi última consulta y me dirigí a los vestidores. Quité mi bata blanca y la colgué en el perchero. Me saqué el pitufo azul marino y me dispuse a colocarme la ropa que traía en la mañana. Minutos después ya caminaba con mis llaves en mano por todo el pasillo. Le dije adiós a ciertas enfermeras, ellas respondieron sonrientes.

—Qué le vaya bien doctor —dijo una morena bajita, sonriéndome con ternura. Correspondí su gesto.

—Buenas noches Paty.

Al lado del elevador encontré a Denise, ya me esperaba con su mochila colgada en el hombro. En cuanto me vio obtuvo una posición erguida, me miró expectante. La escruté completa de pies a cabeza con el ceño fruncido.

—Ahorita que subamos al auto me vas a explicar lo que me dijiste en el almuerzo. ¿Entiendes? —la castaña asintió, afligida—. Y nada de decirle a Jack o te olvidas de que sea tu mentor.

—No se preocupe doctor. Soy una tumba.

—Bien. Vámonos —dije señalando el elevador con mí mentón. Entramos sin más. En él habían tres personas más, lo cual agradecí.

El recorrido a la casa de los Sandoval fue de lo más revelador. No solo descubrí cosas del pasado que nunca siquiera imaginé, sino que sentí una pena ajena y coraje horrible. ¿Cómo podía ser una persona tan inhumana?

—¿Y que te hace creer que ella es tu madre biológica? Digo, bien pudiste haberte confundido o exagerado —pregunté mientras giraba a la derecha.

Denise soltó un resoplido. De reojo vi como volvía a bajar la cabeza para mirar sus manos.

—Escuché a mi madre hablando con Jake sobre esto antes de que nos mudáramos a este país. Claramente somos diferente. Ellos son morenos, de ojos oscuros. Mírame a mí, tengo ojos azules, mi piel es clara y no tengo ningún jodido rasgo similar a ellos. Es más que obvio.

La chica tenía razón. No se parecía en lo absoluto a ellos, y no es que fuera un racista, pero ellos si que tenían una piel muy oscura, casi pegándole al negro chocolate. Y ella, bueno, como dijo, es diferente. Además, ni el papá ni la mamá se parecían, mucho menos sus hermanos o abuelos. En más, nadie de su bendita familia se parecía.

—Y he de suponer que buscaste tu acta de nacimiento e hiciste las investigaciones necesarias.

—Así mismo. De hecho a usted lo encontré porque sale en muchas fotos con ella en las redes sociales. Por eso pude saber quien era. Realmente fue una gran coincidencia saber que mi hermano adoptivo es amigo de la expareja de mi verdadera madre. Así que cuando me enteré quise infiltrarme al hospital.

—¿Infiltrarte? ¿De que hablas? Se supone que eres estudiante de medicina, que por eso estás

en el hospital —giré a verla, desconcertado. Un rubor cubrió todo el rostro de la castaña. Detuve el auto en seco.

—Yo... veré... realmente no estudio medicina. Lo mío es la literatura —esto último lo dijo en un hilo de voz que casi ni pude distinguirlo.

En verdad no podía creerlo.

—Vaya, nunca esperé descubrir esto. ¿O sea que todo este tiempo has fingido ante mí y tu hermano? —Denise afirmó con su cabeza sin ningún ápice de remordimiento. Mi boca cayó al suelo—. ¡Eres increíble! ¿Cómo diablos nunca me di cuenta? Cielos, realmente debe importarte un buen esa mujer para que hayas llegado tan lejos. Dime, ¿qué tiene de especial?

La castaña suspiró con añoro, abrió su mochila y sacó una foto de ella. Con sus dedos trazó la silueta de la persona que veía.

—Cuando descubres que fuiste rechazado de bebé la mayoría de las veces optas por no saber nada de esa persona inhumana que no tuvo el coraje suficiente para criarte. Sin embargo, hay veces donde lo único que deseas es conocerla, preguntarle sus razones, ver si enserio fuiste poquita cosa para que te hayan abandonado. No sé, creo que busco respuestas a toda mi maraña de preguntas, o tal vez busco conocerla, acercarme, compartir con ella —una lágrima deslizó por su mejilla. Apreté mi mano al volante.

—Es feo sabes. Ver que tuviste una familia y que al final terminaste siendo botado como basura porque tal vez no fuiste suficiente, porque tal vez nunca fuiste deseado y solo fuiste ese “error” de juventud.

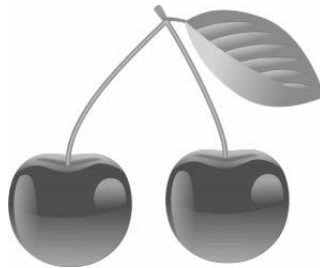
Denise respiró hondo tras esto último y metió su foto de regreso a la mochila. Posteriormente alzó la cabeza y me enfrentó, llorosa.

—Eres admirable, que nadie nunca te diga lo contrario —me encontré diciéndole, acercando mi mano a su hombro para darle unas palmaditas de consuelo.

Continuamos el recorrido en silencio, disfrutando de los sonidos que proporcionaba la naturaleza. Lo cierto es que ya no tuve el valor suficiente para preguntarle más, lo último que deseaba era hacerla llorar o recordar cosas. Así que me mantuve en silencio, al margen, dándole vueltas una y otra vez a lo que decidió compartir conmigo.

## El techo

Katherine



La feria se encontraba repleta de personas, varios adultos caminaban con sus hijos de la mano, de seguro aprovechando que aún estaban de vacaciones. A lo lejos observé como la montaña rusa daba círculos, las personas en ella gritando de la emoción, o del miedo, no sabía. Al lado izquierdo estaba el carrusel, un precioso juego mecánico que siempre quise probar pero que gracias al trabajo de mis padres nunca pude.

Cerré los ojos un momento, imaginando las veces que mi papá intentó convencerme para subirme a la rueda de la fortuna, sonreí, el pobre Damián nunca logró que su pequeña se subiera a semejante juego, de hecho nunca lograba nada, yo era y seguía siendo muy testaruda. Y ahora que lo recordaba, debía hablarle por teléfono, hace dos meses que no lo hacía porque el trabajo no me dejaba ni respirar, además, quería ver cómo iban las cosas con Leonel, mi querido hermanito que parecía estar siguiendo los pasos del antiguo Ethan. Dios, ese hermano mío sí que fue un terremoto en toda la extensión de la palabra cuando joven, pero por fortuna sentó cabeza cuando mi cuñado, Evan, cruzó caminos con él, desde entonces Ethan es otro, y eso no solo me sorprendió a mí, sino también a mis padres, pensaron que nunca lograría dejar la vida de gitano que se cargaba en la espalda.

Abrí los ojos y di unos cuantos pasos a las banquitas donde quedé de verme con William, todavía faltaban veinte minutos para que se dieran las seis de la tarde así que mejor opté por desviarme un poco e ir por un helado de chocolate, llevaba días con el maldito antojo que no me dejaba ni dormir.

El señor del puesto fue tan amable que me regaló dos bolitas de chocolate junto con unas papitas preparadas, dijo que lo necesitaría pues el bebé era muy glotón. Todavía no creía que el señor adivinara mi estado, cielos, ni yo lo adiviné hace semanas al sentir aquellos mareos. Pero sí, eso me hacía sentirme mejor y no importaba que estuviéramos enojados, todas las parejas discutían; Nathaniel y yo no éramos la excepción. Ya mañana iría a hablar con él para darle la maravillosa noticia de que seríamos padres, tan solo pensar en cómo reaccionaría me tenía

nerviosa.

Nathan amaba a los niños, eso lo había comprobado con mis propios ojos tanto con Nico como con los míos, pero que tuviéramos uno propio, cielos... Moriría de felicidad, eso podía apostar.

Caminé a paso lento, disfrutando de lo frío del helado derretirse en mi lengua, en serio que el chocolate siempre sería mi sabor preferido. Con la otra mano acerqué mi bolsita de papitas a mi boca y tomé una, ésta estaba más salada, inclusive picaba un poco pero aun así las devoré enteras. Minutos después terminé de comer y para entonces mi compañía ya se encontraba sentado a mi lado, con su cabeza recargada en mi hombro. Su risa me aceleró el corazón, en serio que nunca me cansaría de escucharlo.

—Eso explica porque te veía diferente en el trabajo —musitó, pude sentir como la comisura de sus labios se alzaba en una sonrisa—. ¿Cuántos meses tienes?

—Uno —respondí, recargándome en él. Liam dejó salir un suspiro, su mano apretando mi muslo.

Así permanecemos por un tiempo, nuestras miradas perdidas en el cielo estrellado, nuestras manos unidas. Me contó que estuvo casado, un matrimonio de ocho años, pero que no funcionó porque ella era muy celosa, no lo dejaba tener amigos, ni ir a tiendas; lo quería encerrado en su casa donde ninguna mujer pudiera tocarlo o verlo. De solo imaginarlo sufriendo por una mala mujer se me retorció el estómago y las ganas de querer haberla conocido para golpearla aparecieron de la nada. Yo conocía muy bien a este hombre y sabía perfectamente que las palabras infidelidad y engaño no existían en su mundo. Creo que esa fue una de las razones por las cuales siempre me vi a gusto en sus brazos, William tenía el poder de enjaular todos mis temores en una burbuja para que no me dañaran.

Le tenía cariño, demasiado a decir verdad.

—¿Y por qué tardaste tanto en divorciarte, Liam? No lo comprendo —le dije girando mi rostro para verlo. Nuestras narices rozaron y el cosquilleo que sentí en mi cuello me hizo cerrar los ojos para disfrutar de su calor, de su perfume embriagante.

—Tuvimos un hijo, Kate, no podía divorciarme sabiendo que su padre era el juez y fácilmente podría obtener la custodia completa de nuestro niño —bufó, su aliento golpeando mis labios. Abrí mis ojos y en los suyos observé tristeza, enojo, amargura, y tan solo bastó ver cómo una lágrima resbalaba por su ojo derecho para atraerlo a mi pecho y abrazarlo con todas mis fuerzas. —Lo extraño, Kate, extraño a mi pequeño Samuel. Te juro que si pudiera retroceder el tiempo hubiera obedecido a todas sus peticiones con tal de ver a mi hijo.

Cada palabra que decía era más un suplicio, un grito por ayuda que yo no pude brindarle. Quise decirle tantas cosas pero mi mente quedó el blanco, no sabía qué decirle para sosegarlo. Su cuerpo entero temblaba y sus sollozos eran cada vez más desgarradores, pero cuando dijo que su niño había muerto en un accidente automovilístico, me paralicé, fue en ese instante que su dolor pasó a ser el mío. Perder a un hijo tenía que ser el dolor más fuerte que alguna madre o padre pudiera experimentar, ni siquiera podía imaginarme lo que sería de mi vida si perdiera a uno de mis hijos, esas personitas que con tanto amor cargué en mi vientre por nueve meses.

Las personas caminaban al frente de nosotros, algunas nos observaban desconcertados, otros murmuraban cosas que no alcanzaba a escuchar, incluso un policía se acercó para cerciorarse de que todo estuviera bien, a lo que yo asentí. Entonces su llanto cesó, para ese momento ya se miraba más relajado, más tranquilo. Solté un suspiro tembloroso.

—Cada que intento dormir lo escucho llamarme, ¿sabes? Su voccecita sigue tan dentro de mí que por más que me digo que son alucinaciones no dejé de buscar por la casa como un

desesperado para encontrarlo, para abrazarlo con fuerzas y decirle que todo estará bien — William hundió su cabeza en ambas manos. Con mi mano izquierda acaricié su espalda.

—Me sucede lo mismo —le digo, en automático captando su atención—. Desde que tuve a Tai y a Manu no puedo sacarme de la cabeza el llanto de esa bebé, la verdad comienzo a sospechar que tengo problemas mentales —reí a secas.

—¿Nunca te has preguntado qué fue de su vida? —preguntó Liam, enderezando su postura. Bufé, estando consciente de lo que respondería.

—La verdad no. Tan sólo recordarla me hace querer salir corriendo, en serio que no tienes ni idea el asco que sentía cuando se movía dentro de mí.

Aunque sonara cruel era la pura verdad. El día que me enteré que había quedado embarazada de ese hombre quise suicidarme. Tan solo era una niña de doce años cuando la tuve y recordarla era revivir cada miserable minuto en aquella habitación oscura donde unas manos tocaban mi cuerpo sin mi consentimiento, donde unos labios toscos besaban mis labios con desesperación, pero sobre todo donde una rodilla abría mis piernas... Esa noche sirvió para que yo saliera huyendo a este país con mi abuela, lugar donde conocí a William. Al principio me hundí en mis lágrimas, en mis gritos miserables pues no aceptaba que Noah hubiera sido capaz de hacer algo tan ruin sabiendo que lo amaba, que tenía mi corazón en sus manos. Así que no solo lloré por su atrocidad, sino más bien por el dolor de haber perdido todo lo que construimos en años, toda esa confianza y sonrisas inocentes, pero debía entender la gravedad de las cosas, ese joven de diecisiete había abusado de una menor por causas sumamente insignificantes. Tan solo pasaron dos meses para cuando me encontraba más tranquila y menos paranoica, y todo gracias a las constantes ayudas de mi abuela y ese niño que se la pasaba más en el techo de su casa que en las calles. Pero no fue hasta el tercer mes de haber llegado a Michoacán cuando comencé a notar un cambio en mi cuerpo no tan delgado. Un bulto en mi vientre se hacía cada vez más grande, pensé que era porque estaba comiendo mucha chuchería ya que cada tarde me iba con William a la tiendita de la esquina para comerme una enorme bolsa de frituras con un refresco y por la noche nos íbamos a su casa para hacer una pizza o una hamburguesa, dependía de nuestro antojo.

La verdad nunca le tomé importancia porque a decir verdad no presencié mareos ni nauseas, todo fue completamente normal. Entonces se llegó el quinto mes, uno de los más terroríficos para mi vida, para la vida de una niña en plena recuperación. Recordaba perfectamente ese día, yo estaba acostada con Liam en el sofá, acabábamos de ver una película romántica y decidimos que tomaríamos una siesta pues en la tarde iríamos al parque para continuar con mis clases de patinaje. De pronto sentí varias patadas en mi estómago, unas que me hicieron brincar y caer al suelo, mi compañía se despertó atolondrado, y solo le dije: "creo que tengo algo dentro de mí" y apunté a mi barriga, asustada.

Desde ese día nada fue igual; la caja de metal que había hundido en lo más profundo del universo con aquellos recuerdos oscuros se había abierto causando más dolor del que sentí cuando recién llegué a México.

—No quiero tenerlo —le había dicho a mi abuela en frente del doctor, mi voz sonando rota, seca, sin ningún ápice de humanidad—. Por favor sáqueme a esta cosa de mi panza, doctor, yo no quiero tenerlo, menos sabiendo las razones de su existencia.

—Lo siento mucho, Rubí, pero intervenir a estar alturas sería muy peligroso tanto para ti como para el bebé —me dijo, su rostro luciendo preocupado—, lo que podemos hacer es hablar a una casa de adopción.

Y fue justamente lo que hicimos esa tarde.

Lo que restó de los meses fue agonía pura, no dormía, no podía correr, mucho menos caminar



por horas. No iba al parque, no salía a jugar con Liam, no comía mis comidas favoritas, no nada. Mi vida se vio arruinada por ese ser que cada día consumía mis energías, mi felicidad. Cada día deseaba que se llegara la fecha del parto para deshacerme del bebé, cada día suplicaba a Dios que me arrancara todo sentimiento de enojo, de miseria, yo quería ser feliz, quería volver a sonreír como lo hacía sin tener que preocuparme por las condolencias de las personas.

¡Quería ser una niña!

—Te quiero —soltó de repente, sacándome de mí transe y haciéndome caer en uno más grande, más poderoso e intenso—. Siempre lo hice Rubí y no hay día en mi vida en que no desee tenerte entre mis brazos como cuando éramos adolescentes —sus manos tomaron las mías para acercarlas a sus labios. —Contigo compartí mucho más que el cuerpo, mucho más que palabras y frases inventadas por un mocoso que no sabía nada del amor salvo lo que leía en libros —susurró, su aliento golpeando mi piel como si fueran tiernos besos—. Yo sé que estás comprometida, que tendrás un hijo de Gray, y antes de que me cuestiones o me preguntes las razones te lo digo de frente: te quiero con todas mis fuerzas y no pretendo que lo dejes por mí porque sé que eso es imposible, solo quiero que tengas muy presente que siempre estaré para cualquier cosa.

—William...

Sus manos me jalaban de la cintura y pronto me encontré estampada contra su fuerte pecho, con sus manos enjaulando mi cuerpo con tanta suavidad y protección que me hicieron derretirme ante él. Fue en ese momento donde me di cuenta lo mucho que necesitaba un apoyo más allá de una relación amorosa, añoraba tener a una persona que me comprendiera incluso cuando yo misma no lo hacía, una persona capaz de ayudarme cuando mis demonios decidieran volver a dañarme.

Hundí mi cabeza en la curva de su cuello, ese lugar suave, sutil que siempre me encantó de niña. Me hundí y no quise salir hasta sentirme tranquila, a salvo. Le murmuré un gracias desde el fondo de mi corazón y después dejé un pequeño beso que, poco a poco, convirtió la noche más nítida, más amena. Sonreí, enserio debía estar tonta para hacer esas cosas. Minutos más tarde nos alejamos medio agitados, su rostro estaba rojizo y sus ojos brillaban iguales o mejor que la luna encima de nuestras cabezas. Acaricié su mejilla, deseando acercarme para besarla, para dejarle en claro que también lo apreciaba, pero desistí. No debía. Era incorrecto.

—Doy gracias al cielo por ponerte en mi camino, Liam —murmuré—. Fuiste, eres y siempre serás mi persona favorita así esté con otro hombre, porque tú —con mi dedo índice toqué su corazón—, tú y sólo tú lograste sacarme de la penumbra, hiciste que mi rencor se convirtiera en algo cándido y reparaste mi corazón e ilusiones con tan sólo el techo de tu casa —ambos sonreímos.

—Te dije que un día ese techo rendiría frutos —dijo burlón, juntando nuestras frentes. Acarició mi mejilla y dejó un tierno beso casi en la comisura de mis labios. Me removí inquieta, deseosa—. Vamos, es hora de ir a casa —se puso de pie y extendió su mano, no dudé ningún segundo en tomarla.

Las once de la noche se llegaron para cuando llegamos a mi hogar Sí, *llegamos* porque le pedí a Liam que se quedara a dormir conmigo, para recordar viejos tiempos. Y él aceptó, así que lo que restó de la madrugada vimos películas, escuchamos música y jugamos al jenga, obviamente haciendo el menor ruido posible pues mis hijos estaban dormidos.

El viernes por la mañana despertamos a las nueve, mi compañía salió de la habitación con toda su cabellera alborotada, dijo que prepararía el desayuno para los cuatro pues la cocina era su especialidad. Así que sin más, me puse de pie, busqué mi toalla y corrí al baño para darme una ducha fugaz. Diez minutos después caminaba por los pasillos de mi casa en busca de aquel olor que despertó mi apetito. Al llegar a la cocina me encontré a mis hijos al lado de ese maravilloso

hombre, cada uno hacia una labor distinta. Mientras William freía algo en la cazuela, Manuel sacaba los platos del gabinete y Taira el jugo del refrigerador. Recargué todo mi peso en el umbral que separaba la cocina de la sala y me dediqué a observarlos con una enorme sonrisa en mis labios, mis brazos cruzados sobre mi pecho. Era increíble ver que mi niña conviviera de esa manera con ellos, vaya, ni conmigo lo hacía, pero de cierto modo me alegraba verla allí, por fin dejando atrás su soledad.

—Muy buenos días mi bella durmiente, ¿cómo amaneció? Espero que con hambre porque los niños y yo hemos preparado un desayuno exquisito —canturreó el ojinegro, la sonrisa evidente en sus labios. Me adentré a la cocina y caminé a donde se encontraba. Me puse de puntitas y besé su mejilla en respuesta a su saludo mañanero. William se sonrojó.

—Con mucha, mucha hambre —respondí alegre.

—Qué bueno, mami, porque fue mi idea —reviró Taira, vaciando jugo en los vasos de cristal. Quedé boquiabierta.

—No seas mentirosa, Tai —contraatacó Manuel, lucía indignado. Solté una carcajada. —Tu ni querías sacar el jugo.

—¿Ah sí, mi princesa? Pues de seguro estará riquísimo —le dije para posteriormente acercarme y besarle la sien. A lo lejos escuché como mi hijo soltaba unas palabras, dando paso a sus celos que adoraba. Me acerqué hacia él y también besé su sien, calmando su comportamiento matutino.

Cuando el desayuno estuvo listo, los cuatro nos sentamos en el comedor y engullimos en perfecto silencio nuestra comida, o eso pretendíamos hasta que Manuel sacó el tema del voleibol, deporte que alguien frente a mí, amaba. Entonces una larga plática sobre eso salió a flote, exasperando un poco a mi hija. Al terminar el desayuno los niños corrieron al patio trasero, dejándonos solos por completo.

—Creo que les caí bien —dijo Liam, arrimando los platos al lavabo. Ayudé con la labor, en ningún momento quitando mi vista de su enorme espalda.

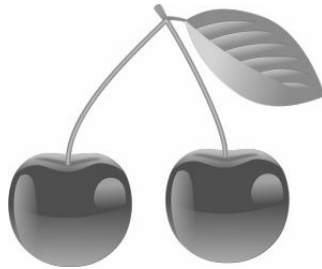
Cuando apenas iba a abrir la boca para decirle lo mucho que me agradaba verlo conviviendo con mis hijos, el timbre de la puerta principal me distrajo y William en automático se ofreció a abrir la puerta para que yo terminara de lavar los platos que a decir verdad eran muchitos.

Al finalizar los metí todos en la secadora, posteriormente saqué vasijas para guardar la comida que sobró pues nunca me gustó tirarla sabiendo que aún podía disfrutar de ella al día siguiente. Los minutos pasaron, el ojinegro nunca regresó a la cocina, cosa que me preocupó y me hizo salir algo asustada hasta la puerta sosteniendo una vasija en mano. Entonces mi temor pasó a enojo, así, sin pensarlo, sin esperarlo.

No lo creí capaz de hacer semejante atrocidad.

## Sin ella

Nathaniel



—¿Qué demonios te sucede?! —Así fue como me recibió mi prometida después de varios días. El coraje que sentí al ver a ese hombre abrir la puerta cimbró muchas escenas asquerosas en mi cabeza. Sabía que no tenía por qué dudar de ella cuando me dejó bien claro que era yo a quién amaba, pero su reacción cuando encontró a William por los suelos, con el ojo morado y el labio partido, me puso a dudar como nunca en mi vida, una maldita duda que comenzó a carcomer mi corazón pedazo por pedazo.

Tenía años sin sentir algo similar y eso me asustaba mucho pues en el pasado cometí errores que no sólo me lastimaban a mi sino a ella también. Mis estúpidas decisiones y carácter siempre lastimaban a los que más amaba en el mundo, eso era algo que hasta la fecha no podía controlar.

—¡No! ¿Qué demonios te sucede a ti? —reclamé con tono agresivo, acercándome y estampándola contra la pared—. Dejamos de hablarnos por unos días y lo primero que haces es revolcarte con este hombre. Dime, ¿cómo putas mierdas pretendes que reaccione si lo primero que veo es a este güey en tu casa?! —exigí, mi voz sonando rota en la última sílaba.

Katherine abrió los ojos como platos y posteriormente me soltó una bofetada, acto que me hizo levantar la mano involuntariamente para regresarle el golpe. Me detuve a solo unos centímetros, desconociendo por completo mi actitud tan violenta, monstruosa. Bajé la mano y me alejé atolondrado, dándome cuenta de que perdía el control sobre mis acciones. En sus ojos pude ver desconcierto, temor y tristeza, sobre todo desilusión.

Seguí retrocediendo hasta topar con algo duro porque a decir verdad no confiaba en mi persona sabiendo las asquerosidades que me metí en el cuerpo. En serio que me daba asco, ni las clases en aquel lugar sirvieron para hacerme entender de una buena vez que las drogas sólo destruían todo alrededor y arrastraba a personas inocentes en el proceso.

William se puso de pie y corrió al lado de Kate pero ella, con la tristeza invadiendo su rostro, le dijo que se fuera, su voz sonando temblorosa y rota en cada palabra que lograba emitir sin hipear. Él, luciendo preocupado, con evidente coraje inyectado en sus ojos oscuros, salió de la

casa, dejándonos a solas.

Solté una risa cínica, seca.

—Soy un idiota.

—Lo eres —confesó, dando pasos cautelosos a donde me encontraba paralizado—. Pero eres mi idiota y así te amo, aunque eso ya lo sabes —su mano cálida se posó en mi mejilla y, como instinto, recargué mi rostro en ella, dejando que la frustración, pero sobre todo el temor, saliera de mis ojos, de mis labios.

El sollozo que sentí atorado cuando manejaba rumbo a su casa salió sin piedad, haciéndome caer de rodillas frente a mi mujer, doblegándome como nunca imaginé. Yo no merecía tenerla, no merecía tener a un hombre que nublara su vida con comportamientos infantiles y preocupaciones innecesarias. Jamás estaría a su altura, nunca lo estuve, por eso me vivía reprimiendo cada noche en mi habitación, me recriminaba a mí mismo una y otra vez por ser un débil que a la primera pelea recurría a las drogas, al alcohol. Pero siempre sería eso con o sin ayuda; un maldito dependiente de las sustancias tóxicas.

—Aléjate de mí, Kate —le supliqué, viendo cómo se arrodillaba conmigo, en ningún momento dejando de temblar—. No mereces un hombre tan destrozado como yo. Nunca podré cambiar, mi amor, siempre seré el mismo imbécil que te lástima incluso cuando no quiera. Yo... —pausé, buscando con la mirada aquellos ojos mielosos que amaba—, te juro que no fue mi intención levantarte la mano, mi cuerpo reaccionó por sí solo, por favor perdóname.

—¿Por qué sigues haciéndote esto? ¿Qué ganas drogándote, Nate? ¿Tanto te odias como para lastimar tu cuerpo de esa manera? —preguntó en un susurro roto, sus dedos acariciando mi mejilla—. Me duele, Nate, me duele verte así cuando lo único que he hecho es intentar darte la felicidad que mereces, que ambos merecemos. Ya no sé qué hacer para que entiendas de una buena vez que lo único que lograrás ingiriendo esa porquería es la muerte. Dime, ¿es eso lo que quieres? ¿Morir? Sí es así dímelo, dímelo y te juro que buscaremos una solución, mi cielo, pero por favor ya basta de estupideces. Tu familia te necesitamos.

Para ese momento sus ojos ya se encontraban empañados por lágrimas, su rostro más desquebrajado que un cristal. Yo no podía continuar con este teatro, como ella una vez me dijo: cada que avanzamos un paso, retrocedemos cinco. Eso no era justo para ninguno de los dos, así que debía dejarla ir, era lo mejor. Comprendí que teniéndola mis sentidos, mis acciones, eran monstruosas, no podía controlar mis celos, mi enojo, mi desconfianza.

Sí, la amaba como loco, pero no lo suficiente para hacerla caer conmigo al infierno cada que mis demonios salieran a atormentarme. Katherine siempre fue y seguiría siendo la única mujer en mi vida, pero no más.

Ella merecía más que esto.

Me puse de pie, quitando sus manos de mi piel pues sabía que si tenía su tacto sobre mí sería muy difícil alejarme. Pasé ambas de mis manos por mi cabello, soltando bufidos en el proceso. En serio que no deseaba abrir la boca, pero no había otra opción.

—Necesito que te quites ese anillo —espeté, tragándome todos los sentimientos que sé querían desbordar por mi boca, por mi rostro.

—No hablas en serio, ¿verdad? —escucharla decir eso me rompió como nunca pensé, ni siquiera la rotura de un hueso se comparaba con el dolor que albergaba en mi pecho en ese preciso instante.

—Estoy siendo muy serio, Katherine —dije seco, apuntando a su mano derecha, lugar donde residía nuestra promesa de amor, nuestra destrucción.

Negó con la cabeza, llevando una de sus manos a su boca y la otra a su vientre. Parpadeé

cinco veces, intentando alejar la marea que deseaba salir de nuevo.

—N-no, t-tú no puedes estarme pidiendo eso. Tu no... Por favor recapacita, no seas necio Nathaniel.

Al ver que no hacía lo que pedí di unos pasos, tomé su mano con delicadeza y removí ese anillo sintiéndome el ser más miserable del universo. Después, ignorando el hecho de que mis piernas temblaban como gelatina, caminé al lavabo con la cara en alto para verme más convincente, para que de una vez por todas dejara de amarme. Arrojé el pequeño objeto por el agujero que absorbía el agua y encendí la trituradora. El sonido que hizo retumbó por toda la casa, era un eco doloroso, agonizante, pero la única solución para tanta desgracia en nuestras vidas.

Ella nunca fue mi venganza hacia nadie, ni mi juguete, ni mi pasatiempo; ella fue mucho más que eso, algo complicado pero hermoso. Algo que decidí dejar ir para no destruir más, porque a lo largo de mi vida, de nuestra amistad, fueron más los “perdón” que le he dicho que los “te amo”.

Eso es algo que jamás me perdonaría.

—Fue un placer haber coincidido contigo en esta vida. Por favor olvídame y sé feliz, lo mereces manzanita.

Salí de su casa apresurado, sintiendo un enorme nudo en mi garganta. Me subí a mi camioneta con torpeza y arranqué a toda velocidad, tomando una distancia prudente antes de detenerme y sacar toda la rabia, la tristeza de mi sistema.

Lloré como nunca lo había hecho, me maldije a los cuatro vientos y estrellé los vidrios de mi vehículo con mi puño. Todo era tan jodidamente doloroso, amarla e intentar cambiar por ella era tan doloroso, ya no quería seguir viviendo, no cuando todo lo que se me acercaba terminaba marchitado, en cenizas, pero mi cobardía era enorme que pegarme un tiro o suicidarme sería inútil. Me volví a subir a mi camioneta, sintiendo un peso enorme en mi cuerpo, conduje por las calles hasta que el sol se metió y al final del día comprendí que había hecho lo mejor para ambos.

Ella continuaría su vida, encontraría a un hombre que si la supiera amar, y yo... Yo me internaría en un centro de rehabilitación. Sí, eso haría. Aún tenía algo bueno en mí, y ese era Nicolás, un joven completamente ajeno a mis problemas pues nunca quise arrastrarlo conmigo, suficiente tuvo cuando era un niño.

Ya defraudé al amor de mi vida, así que haría lo que fuera por no defraudar a mi hijo.

Esa noche no dormí en lo absoluto, de hecho me la pasé rodando de un lado a otro, lloriqueando y golpeando mi almohada. Varias veces me tuve que sentar para tomar grandes bocanadas de aire pues sentía que me ahogaba, incluso intenté fumar para relajarme pero no funcionó. Por la mañana desperté ojeroso, de mal humor. Desayuné un cereal con leche y salí de mi hogar sin siquiera despedirme de mi hijo, no deseaba alarmarlo con mi estado vagabundo, poco cuidado.

El trabajo no fue mejor, de hecho fue una tortura, sobre todo porque cada que leía algo sobre una playa la recordaba a ella, a los planes que tenía cuando ambos pisáramos ese mágico lugar. Por lo mismo me vi aventando las carpetas al suelo, cosa que alarmó a mi secretaria. La pobre se la pasó recogiendo sin fin de veces los documentos, y ni así pude detenerme. Para el medio día las cosas no siguieron mejor, de hecho empeoraron cuando vi a ese miserable entrar a mi oficina para conversar sobre trabajo. Tuve que usar todas mis fuerzas para no aventármele encima y desfigurarle. ¿La razón? Era obvio que gustaba de mi muje... de ella, y eso me dolía, me quemaba vivo. Pero como siempre hacía, me reprimí e hice mi mayor esfuerzo por seguirle la conversación pues una de las tantas reglas de la empresa era no dejar que los problemas personales se interpusieran en el desempeño laboral. Vaya mierda de reglamento.

—Así que por favor necesito cooperes. Esta tarde vendrá un ejecutivo de Londres para

monitorear que todo esté en orden con la empresa. Sé cortés, contesta a todas sus preguntas y si puedes mantente callado en cosas en las cuales no estés de acuerdo. Te recuerdo que ellos han invertido mucho en cuanto a la distribución —dijo William, amargo, clavándome sus ojos negros en los míos.

Apreté la mandíbula, asqueado.

—No te preocupes, no haría nada que pusiera en peligro mi puesto ni el de la empresa —respondí a regañadientes, viendo como el miserable se cruzaba de brazos y recargaba su espalda en la silla. Al parecer no tenía ganas de largarse. ¡Qué maldita suerte!

—Bien, eso espero, porque créeme que no dudaré ningún segundo en despedirte si haces lo contrario —dictaminó—. Yo no soy como Don Patricio, a mi me vale madres que tan efectivo seas en tu trabajo. Un error y vas fuera, ¿comprendes? Ahora, respecto a lo de ayer...

—Lo que sucedió ayer no te incumbe Villalta.

—Desde el momento en que decidiste golpearme me incumbe Gray —espetó fuerte, estampando su puño contra mi escritorio. Casi se me bajó la presión del susto—. Mira, iré al grano. Yo quiero a Katherine, ¿comprendes? Lo hice desde niño y claramente lo haré hasta morirme. La cosa es que espero no interfieras más en su vida. Déjala ser feliz de una vez, ya no la tormentes con tus babosadas, me parece verdaderamente estúpido lastimar a la mujer que amas solo por arranques sin sentido.

Sus palabras eran como si me estuvieran arrojando una cubeta de agua caliente sobre la piel, ardía, quemaba, me habría cada capa y me hacía sangrar, maldecir. Quería gritar, desaparecer, pero sabía que nada de eso solucionaría lo que yo mismo provoqué. Yo la amaba como loco, eso nunca cambiaría, pero él, desgraciadamente, tenía razón. Kate merecía ser feliz, eso lo sabía demasiado bien. No obstante, me repugnaba tener que escucharlo, tener que conocer sus intenciones con ella cuando siempre lo sospeché. Y lo peor era no poder hacer nada al respecto porque ya no tenía ningún derecho. Yo solo fui su tormento, nada más.

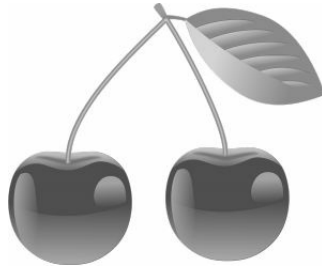
—Pues espero que tu si logres lo que yo no pude William. Y si me disculpas tengo que ir a tomar aire —dije sincero, al borde del llanto. Salí prácticamente corriendo de mi despacho, sintiendo que en cada paso que daba me arrancaban el corazón para tritularlo, para aniquilarlo.

No tenía ni idea de como lograría continuar mi vida sin ella, sin verla, sin besarla o tocarla, en poco tiempo logró convertirse nuevamente en mi prioridad, en mi adicción, en mi puto mundo y eso no era sano. Yo no podía continuar amándola como lo hacía, no me llevaría a nada bueno.

Subí al elevador y pulsé el botón que me llevaba hasta el techo. Paciente esperé y cuando las puertas se abrieron la brisa fresca de la ciudad me golpeó fuerte, sin miramientos. Salí destrozado, con el corazón marchitado, encendí un cigarrillo y permanecí ahí por quien sabe cuánto tiempo. Me perdí, y lo peor es que ella ya no estaba para encontrarme, para regresarme a la realidad.

## Primera discusión

Katherine



Siempre odié las escenas donde la chica salía corriendo detrás del chico después de una discusión, a mí pensar era estúpido, inmaduro, incluso una verdadera vergüenza y desfachatez, pero cuando Nathaniel salió de mi casa casi tambaleándose, con los ojos rojos, no dudé ni un maldito segundo en salir tras él, en gritarle que se dejara de tonterías, que podíamos hablarlo como adultos y llegar a una solución. Pero no me escuchó, simplemente se subió a su camioneta y arrancó maldita sea, arrancó sin mirar atrás, sin importarle la gran desilusión que había causado en mí, en la gran noticia que no me dejó darle.

—¡Nathan, por favor regresa! —me encontré gritando mientras corría tras la camioneta, ésta cada vez acelerando más—. No te vayas Nat... por favor...

—¡Detente, Katherine! —a lo lejos escuché como William me gritaba, como hacía un intento por alcanzar mi paso. Para cuando lo hizo, yo me encontraba de rodillas en la calle, llorando como una niña indefensa que acababa de perder su mejor amigo, su otra mitad. El dolor que sentí en mi pecho no se comparó con nada, ni con la violación, ni el parto no deseado, ni la pérdida de Josh. No. Esto fue más profundo, más doloroso, más desgarrante... Me sentía derrotada, muerta, con un enorme vacío en mi pecho, en mi vida. Sabía muy bien que mi vida sin él no tendría sentido pues se convirtió en mi luz en tan poco tiempo, y entendía a la perfección que ninguna mujer debía depender tanto de un hombre, pero, aunque no lo quisiera, aunque sonara una sumisa, ese hombre afectaba mi vida gramo por gramo, era algo que no podía controlar. Cada palabra, cada acción suya tenía el poder de derrumbarme, de hacerme ver que mis días eran miserables sin su presencia, pero también podía iluminarme, animarme, ¿qué irónico no? Había encontrado el veneno y el antídoto en la misma persona.

Hundí mi cabeza en ambas manos mientras todas las cosas que me estaban sucediendo pasaban como película en mi mente, hundiéndome en una cueva dominada por la penumbra y tristeza; la pérdida de mi prometido en un abrir y cerrar de ojos, mi ex volviendo más loco que nunca, la amenaza que hizo en mi contra y lo peor, mi embarazo repentino. ¡Todo debía ser un maldito sueño! Una mentira. Quisiera tener un control remoto para retroceder tanta mierda, para

pausar y ver en qué demonios me equivoqué, pero, sobre todo, desearía tener ese control para volver a recordar los momentos donde era feliz, donde todo era claridad en mi vida.

Jamás quise aceptarlo hasta el día de hoy, pero Nathaniel era el ladrón de mi felicidad, algo que intentaría cambiar por el bien de mi familia. Siempre intuí que las cosas entre ambos no funcionarían pues en el pasado nos lastimamos mucho, dijimos e hicimos tontería tras tontería, algo que ni el agua bendita podría corregir, pero, en el fondo, tenía la esperanza de que algo cambiara, de que su actitud adolescente e inmadura se esfumara para dar paso al hombre que se suponía era.

Como siempre, me equivoqué.

Él no sabía lo que quería, era demasiado incompetente para querer algo serio, para él lo único que importaba era tenerme entre su cuerpo, besándome, abrazándome, no sabía lo que significaba el amor, mucho menos tenía idea de cómo llevar una buena relación libre de peleas, de exigencias. Y dolía creer que todo eso nunca cambiaría. Nathaniel *nunca* cambiaría por mí.

—Sé fue, Liam —sollocé—, sé fue para siempre. Ni siquiera tuve oportunidad de decirle sobre nuestro bebé...

Mi amigo no me dijo nada, en cambio, con sus fuertes brazos me cargó y me llevó de regreso a mi casa, lugar donde de seguro encontraría a mis hijos preocupados. Mi cabeza dolía tanto que lo único que hice en el largo trayecto fue recargar mi cabeza en su firme pecho, dejándome llevar por el llanto, la tristeza, la desilusión. Decepción. No habría ningún té mágico que pudiera exterminar mi dolor, pero sí podría hacer un gran esfuerzo por seguir adelante, por continuar con mi vida, al fin de cuentas no tuve el apoyo emocional de nadie durante once años, siempre fui yo con mis niños, y así sería de ahora en adelante porque, a la larga, entendí que entre más te enamoras, entre más entregas todo de ti, siempre, por alguna enferma razón, recibes puras migajas, puñaladas en la espalda. Y yo no merecía migajas, yo merecía todo el pan completo.

Los siguientes días fueron agonía; cada rato vomitaba, me mareaba, me daban unas ganas incontrollables de ir al baño. William, junto con mis hijos, me cuidaban y procuraban que nada me faltara pues me era difícil incluso caminar. El miércoles por la tarde tuve cita con el ginecólogo, dijo que mi embarazo iba muy bien, que solo debía reposar e intentar calmarme porque tanta preocupación y tristeza no le hacía bien al pequeño. Así que obedecí sus órdenes al pie de la letra. Por la noche mi amigo preparó caldo de pollo, platillo que engullí en un instante junto con unos panecillos que había traído de la panadería que estaba al lado de la editorial. Todavía recordaba la sonrisa de Liam cuando le pedí que me sirviera por tercera vez, ese gesto pícaro y aniñado era lo que me mantenía con los pies sobre la tierra, con la esperanza de que pronto las cosas estarían mejor, bueno, y mis hijos también ayudaban en ello.

Realmente no había momento en que no le agradeciera por su ayuda porque incluso siendo soltero, sin compromisos o ataduras, tenía pendientes con la editorial, con clientes nuevos que deseaban publicar sus notas y aun así lograba administrar su tiempo para estar a mi lado, para cuidarme y hacerme compañía.

Eso me encantaba. Era un buen amigo.

—¿Quieres que me quede a dormir? —preguntó el pelinegro mientras limpiaba el comedor con una franela.

Me recargué en el umbral de la puerta.

—Sí, quédate —respondí después de segundos, acercándome hacia él con suma lentitud. Cuando estuve cerca lo atraje a mi pecho para abrazarlo. William se tensó, pero no dudó en enredar sus enormes brazos tonificados en mi cuerpo lánguido. Respiré hondo su perfume, era tan delicado, suave que incluso yo a veces me lo ponía en el cuello o en mi ropa para no sentirme tan



sola en mi casa cuando mis hijos iban a la escuela.

—Gracias por no abandonarme. Te quiero, Liam.

—Yo también te quiero, Cerecita —dejó un beso en mi sien. Sonreí.

Noviembre llegó más rápido que nada y junto con eso mi tercer mes de embarazo. Mi barriga se veía más inflada, más redondita. Era una sensación gratificante, hermosa. Cada que caminaba por los pasillos de la editorial, o visitaba mis lugares favoritos, las personas me detenían para acariciarla, eso me llenaba de felicidad. Había días donde los recuerdos hacían de las suyas y me derrumbaban, pero bastaba una sonrisa de mi amigo, un abrazo de mis hijos para recobrar la compostura. A estas alturas no podía darme el lujo de hundirme en mis dolencias como pasó con mis antiguos embarazos, este debía ser mejor, con cero dramas si era posible.

Llegué a mi oficina a las nueve en punto, para ese tiempo William ya se encontraba detrás de mi ordenador adelantando las correcciones que había anotado en mi libreta la noche anterior. Cerré la puerta con lentitud pues llevaba días rechinando cada que lo hacía. Caminé a paso lento sobre la alfombra color chocolate y, por alguna extraña razón, me dieron ganas de tirarme sobre ella y dormir un rato. Se veía tan cómoda, tan suavcita que no pensar en hacerlo me desconcertaba.

—Si quieres dormir solo dímelo, sabes que por mí no hay problema —la voz ronca de Liam me sacó de mi pequeño transe. Alcé la vista para mirarlo. Portaba un traje negro, con una corbata azul marino con detalles plateados que le daba un toque elegante, moderado, sus preciosos ojos oscuros eran blindados por unos lentes negros que me hicieron recordar al pequeño niño flacucho que siempre salía conmigo. Sonreí.

—En serio que no has cambiado nada —me encontré diciendo mientras me arrodillaba con suma delicadeza en la alfombra. Una de mis manos acunando mi barriga.

—¿Eso significa...?

—Qué aún después de tantos años sigues teniendo esa mirada que me enamoró de niña —mi amigo se sonrojó y yo solté una risita.

—Pues me alegra seguir agradándote. Significa mucho para mí Cerecita.

—Para mí más.

El tiempo transcurrido dentro de la oficina me hizo relajarme como nunca imaginé, sentir la suavidad de la alfombra realmente fue como un bálsamo sanatorio para mi alma que lo que restó de mi horario laboral me dediqué solo a eso, a estar recostada en la alfombra mientras el hombre en mi escritorio hacía el trabajo por mí. Era increíble el tiempo que pasábamos juntos, en la oficina, en mi casa, en cualquier lugar. Ese hombre se convirtió en mi mejor amigo, el que soportaba cada queja y berrinche mío. La verdad lo admiraba por tenerme paciencia, algo que mi hermana nunca tuvo, por eso mismo casi no nos visitábamos tan frecuente pues los desacuerdos eran inmensos. Y era mejor, nunca estuvimos cerca cuando vivíamos en Nebraska con nuestros padres, ella, a muy corta edad, emprendió su camino junto al señor Lockwood, abuelo de mi antigua pareja y padre de Noah.

Pero ahora, cuando miraba atrás, no añoraba haber tenido una hermana con quien platicar sobre mis cosas porque Ethan siempre estuvo ahí, al igual que mi querido padre, pero hoy en día las cosas eran distintas. Cada uno tenía sus vidas y claramente no podía ir a desacomodar lo organizado, igual sucedía con William, él necesitaba su espacio, su privacidad. Muchas veces le dije que no tenía que velar por mi bienestar, pero, siendo lo testarudo que es, nunca me hizo caso. Y a decir verdad me encantaba tenerlo en mi casa día y noche. Era lindo contar con alguien 24/7.

Sí, era una maldita egoísta.

—Demonios... —maldijo tallando su rostro con ambas manos. Rápidamente salí de mis

pensamientos y me puse de pie para ir a su lado.

—¿Qué sucede? —pregunté sorprendida, mirando como desesperada la pantalla. Acaricié mi vientre como reflejo. El pelinegro recargó todo su peso sobre el respaldo de la silla giratoria, quitó sus lentes y me enfrentó. Sentí las mejillas arder. Él... se veía muy bien.

—Olvidé decirte que la maestra de Taira llamó el día anterior, dijo que quería hablar contigo de un problema que está teniendo con ella —soltó, claramente luciendo apenado—. En serio lo siento, Kate, con todo este trabajo se me pasó informarte.

—¿A qué horas dijo quererme en la escuela?

—En diez minutos.

Casi me tambaleé al escuchar eso. ¿Diez minutos? Ni en sueños lograría llegar a tiempo ya que la escuela quedaba a una hora de distancia. Tenía que pensar en otra alternativa. Rápido. Mientras hacía bola mis pensamientos, cogí mis cosas de la alfombra y salí espabilada en busca del elevador, obviamente procurando no tropezar con ningún objeto y persona. Segundos después tenía a William a un lado, con su celular en la oreja, de seguro estaba llamando a la maestra de mi hija para explicarle. ¿Cómo lo sabía? Fácil, él era más padre de mis hijos que yo. Desde que se mudó conmigo no había hecho otra cosa más que estar al pendiente con sus estudios, algo que agradecía porque a veces se me olvidaba hasta mi nombre. Tal vez era por el hecho que hace años estuve en coma, bien me dijo el doctor que podría presentar síntomas en un futuro, pero a decir verdad nunca le presté atención.

Le echaba la culpa a las hormonas.

—Dijo que no nos preocupemos, que ella nos espera —informó, su tono más relajado. Solté un bufido.

—¡Qué alivio! —exclamé posando mi mano en el pecho. Con su mano, Liam movió unos cabellos que se interponían en mi vista para después sonreírme y murmurarme un lo siento. Besó su mejilla en respuesta.

Salimos de la editorial algo apresurados, su mano descansando en la parte baja de mi espalda. Solía hacer eso todos los días ya que en ocasiones mi torpeza me hacía querer resbalar por los escalones de la entrada principal. Llegamos al último escalón y nuestro automóvil ya estaba listo, esperando a que nos subiéramos para emprender el largo viaje.

La verdad sentí una presión horrible en mi pecho cuando me dijo que la maestra quería hablar conmigo respecto al comportamiento de mi hija. Al igual que ella, yo tenía tiempo viendo un comportamiento extraño en Taira, no sólo era el hecho de que excluía a todos cuando estaba en su recámara, sino que la veía muy pegada a su celular, ese maldito aparato que parecía haber comido su cerebro. Agité la cabeza, solo deseaba que su comportamiento se debiera a alguna complicación en sus clases o a una baja nota en sus exámenes.

—Todo estará bien, Kate. Esa niña es inteligente —soltó de repente, haciéndome voltear a verlo con ojos apagados—. Vamos, hermosa, quita esos ojitos de perrito triste y mejor ponte a cantar como siempre lo haces. ¿Vale? —me sonrió y con mi mano le di un apretón suave en la suya.

—En serio que no sabría qué hacer sin ti, Liam, has sido mi salvavidas en este enorme océano oscuro.

—Y tú has sido esa estrella que se cruzó en mi camino para guiarme por el lado correcto cuando más perdido estaba —su mano libre se posó en mi vientre abultado. Las mejillas me ardieron de inmediato y podía jurar que parecía tomate recién cosechado, así, toda rojita—. Bueno, tú y tus preciosos hijos.

Nos perdimos por las calles de esta ciudad en compañía de la radio y de mi voz guajolotera

que intentaba sonar afinada. Lo mejor de todo era que no me daba pena admitir que cantaba mal frente a él, incluso yo misma me burlaba de mi pésima habilidad, pero eso parecía no importarle a Liam, decía que mi voz era única. Tal vez lo decía por ser amable, por no hacerme entrar en una crisis dramática, pero en el fondo sabía que no era así, si algo tenía él es que era muy honesto con todo.

Eso me hacía quererlo y apreciarlo aún más.

Llegamos a la escuela cuarenta minutos después debido a que la carretera no estaba tan frecuentada como costumbre. Bajamos tomados de la mano y nos dirigimos al salón de mis hijos encontrado en la tercera planta. Fuera, en una banquita, estaba mi pequeño príncipe leyendo un libro. En cuanto me vio dejó el objeto a un lado y corrió a abrazarme con ternura. Besó a su hermanito y después a mí.

Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa.

—Pensé que no lograrías llegar mami, estuve a punto de irme en el bus de la escuela — compartió ilusionado, volviéndose a sentar y haciendo un ademán para que su nuevo amigo hiciera lo mismo. Liam lo siguió.

—Sabes que tu mami hace hasta lo imposible por llegar a ustedes, mi cielo. Ahorita regreso ¿sí? No se vayan a ir sin nosotras.

—Sin ti nunca. Anda ve, la maestras está dentro —dijo Manuel, abriendo la puerta decorada por mí.

Respiré hondo, erguí la espalda y después entré sintiéndome extraña, con una opresión en el pecho. No obstante, alejé dicho sentimiento y me concentré en el saludo de una mujer alta de cabello castaño y ojos negros. Me sonrió amable y dijo que tomara asiento. Poco a poco fue narrándome la situación, y entre más avanzaba más me daba cuenta de mi descuido con mi niña.

—Siempre ha sido una alumna ejemplar, nunca había tenido queja, pero desde que tiene ese aparato endiablado pone poca atención en clase e incluso está malhumorada con sus compañeros —expresó la señora Bisbal, preocupada. Alcé ambas cejas en asombro y giré el rostro a donde se encontraba mi hija observándonos recelosa.

Volví mi atención a la maestra.

—Lamento mucho lo que está sucediendo Miss, prometo hablar con ella y llegar a una solución lo más rápido posible —dije convencida a lo que Taira soltó una risa. Ambas giramos a verla en completo desconcierto. Tenía expresión amarga, fría, incluso en sus ojos pude ver algo más que rabia, eso me erizó la piel.

—Espero que así sea señora Sanders, en verdad sería una pena tener que expulsarla por mala conducta y falta de interés.

—No se preocupe, yo me hago cargo.

Después de eso la plática en torno a mi hija terminó, por lo cual pudimos regresar temprano a casa. Una vez aparcados fuera exigí su celular en tono demandante.

Taira no lo tomó nada bien.

—¡Es mío! No tengo porque dártelo —bramó furiosa, taladrándome con sus ojos verdes. La expresión la reconocí de inmediato. Era la misma que vi en su padre hace unos meses atrás cuando llegó a exigirme derechos sobre mis hijos. Meneé la cabeza, incrédula.

—Esto es innegociable, Tai. Dame tu celular ahora, no me hagas tomar otras medidas para conseguirlo —espeté agria, fría, con rudeza. Sus ojos se agrandaron, la rabia y sorpresa brotando de ellos. Jamás le había hablado así, pero no me importaba, ella debía entender que ese aparato solo la estaba dañando.

Liam fue el primero en salir para darnos un poco de privacidad. Se lo agradecí con la mirada.

Manu decidió quedarse a presenciar lo que parecía ser la primera discusión entre madre e hija.

—Estoy esperando Taira —extendí mi mano frente a ella. Un manotazo fue lo que recibí junto con un chasquido de lo más odioso. Respiré hondo. No podía permitir que me sacara de mis casillas, me provocaba, era evidente, pero no le daría el gusto.

—Ya me quitaste a mi padre, Katherine, ¡así que no pienso entregarte mi celular! —mis ojos se abrieron como platos y un gemido de sorpresa escapó de mis labios. Mi hija me sostuvo la mirada durante segundos que parecieron eternos, y lo único que pude hacer fue darle vueltas a sus palabras. ¿Qué tenía que ver Joshua en todo esto? Tragué saliva, o lo que quedaba de ella pues sentía la boca seca, mi pulso acelerado de la sorpresa.

—¿De qué estás hablando?! —intervino Manuel, luciendo verdaderamente confundido, incluso algo ofendido y rabioso. Y lo comprendía, desde aquel incidente en el patio de Claudia no volvimos a tocar el tema de su padre, de hecho mi hijo odiaba que lo mencionara. No solo por lo que presencié, sino también por todo lo que me vio sufrir a su corta edad cuando ni siquiera tenía necesidad. Pero siempre fue muy listo, nunca pude ocultarle nada. Él tenía el poder de descifrar e interpretar lo que ocultaba en mi mirada, la forma en como actuaba y hablaba.

—De que esta mujer a la que tanto defiendes es la culpable de que nos llamen bastardos en la escuela.

—¿En la escuela hacen qué?! —bramé, claramente atemorizada por lo que acababa de escuchar. Nunca me dijeron nada, ni siquiera mostraban indizio de que eran molestados en ese lugar. De pronto el oxígeno pareció faltarme, y una punzada terrible se hizo presente en mi sien. Necesitaba bajar del auto lo más rápido posible.

Manuel me hizo quedarme en mi lugar, pegada.

—Enserio que eres tonta hermanita. No sé que cosas estén pasando por tu cabeza pero déjame decirte algunas verdades —no podía hablar, ni moverme, estaba demasiado ensimismada en la conversación tan extraña que estaban teniendo mis hijos. Esto era irreal—. Ese hombre al que tanto defiendes dañó a nuestra madre, le hizo creer que volvería cuando no fue así. Estuvo con otra mujer, condenó a mi mamá a vivir una etapa difícil. Tu no lo sabes pero yo así, así que déjame contarte —pausó y agarró una enorme bocada de aire. Colocó su mano sobre la mía. La apretujó con cariño y viró toda su atención sobre los ojos de su hermana quien lo observaba aun enojada—. Mamá estaba invalida. Si sabes lo que es eso, ¿no? Por culpa del tío de tu “papi” es que mi mamá sufrió por años. No podía caminar, ni ir al baño sola, mucho menos cuidarnos como era debido. Constantemente lloraba en las noches, disque para no preocuparnos. ¿Pero adivina que Taira? ¡Yo la escuchaba! Escuchaba todo, su llanto era tan desgarrador que las ganas de asesinar a alguien crecían en mí. ¿Piensas que eso es sano? Un niño de ocho años o menos no puede ni siquiera estar pensando en eso. Es abominable, enfermizo, pero sucedió. Odiaba ver a la mujer que me dio la vida así, y todo por un puto imbécil que no supo cuidar ni atesorar lo que tenían — Manu abrió la puerta del vehículo para dejar ventilar el aire que ya comenzaba a faltarnos dentro.

»La destruyó Tai, ese hombre destruyó a mamá y no tuvo las agallas suficientes para tan siquiera mandarle dinero para nuestros gastos. Así que no me vengas con esas mierdas de que te quitó a tu padre cuando fue él quien nos abandonó, fue él quien derramó el vaso de agua, fue él quien prefirió follarse a otras mujeres antes que asumir la responsabilidad que tenía.

—Pues por algo prefirió follarse a otras ¿no crees? —un sonido ensordecedor retumbó dentro del vehículo. Abrí los ojos de par en par cuando vi la mano de mi hijo alzada y el rostro de mi hija girado al lado contrario.

Manuel abofeteó a su hermana.

—En tu vida vuelvas hablar así de mi mamá Taira Sanders. ¡En tu vida! —gritó su hermano,

rabia impregnada en cada una de sus facciones suaves.

Me quedé callada, muda, estática mientras sentía como las lágrimas brotaban con suma facilidad de mis ojos. Nunca creí que algo semejante sucediera, que mis hijos terminaran discutiendo por mi culpa, por la culpa de ese hombre que desearía estuviera muy lejos de nosotros. Bajé de auto ahogándome en mi llanto, en el nudo que se atascó en mi garganta. Di algunos pasos sobre el césped pero no pude continuar. Mis piernas flaquearon, el mundo me dio vueltas y en un intento por girar hacia atrás caí como pluma sobre el pasto.

Todo se tornó negro, sin silencio.

El sol ya se había ocultado para cuando volví abrir los ojos, yo me encontraba en mi habitación con el pijama puesto y con un curita en mi sien, de seguro Liam hizo todo esto. Una débil sonrisa apareció en mis labios, pero así como salió, así mismo se fue porque fue sustituida por tristeza, llanto. Aferré ambas manos en mi vientre y me agarré a llorar como aquella vez que lo vi con aquella mujer cuando le hablé por Skype.

Esta situación era confusa, desgarrante, nunca mis niños habían discutido por mi culpa, mucho menos Manuel había golpeado a su hermana. Y eso me dolía, me dolía tanto que tenía miedo dañar a mi bebé con este comportamiento. Pero necesitaba ser fuerte para ellos, no podía permitirme caer en un letargo depresivo por la culpa de alguien que nunca valió la pena. Me limpié mis mejillas húmedas con ambas manos y salí de cama, me urgía hablar con mis hijos.

—Tu no vas a ningún lado —espetaron de repente. Giré como desquiciada en todas direcciones. Encontré a Liam saliendo del baño con una toalla enredada en su cintura. Tenía las mejillas sonrosadas. Apreté los labios en una firme línea.

—Estoy bien, Liam, solo iré a hablar con mis hijos —comuniqué exhausta, adolorida. Otro mareo me golpeó y mejor me senté. Respiré hondo, apresurada.

—Lo lamento Kate, pero no irás a ningún lado. El doctor vino a revisarte y recomendó reposo absoluto por lo menos dos días. Tienes la presión demasiado alta para tu condición, y ese golpe que te diste fue de todo menos necesario —hice un mohín y bajé la cabeza, me sentía patética, inservible. Segundos después el colchón se hundió a mi lado y una mano se enrolló en mi cintura.

—Las cosas se salieron de proporción Liam, dijeron tantas palabras que no logro acomodarlas en mi cabeza. Fue... revelador, doloroso —confesé sobre su costado. Me giré apresurada y a como pude me acomodé a horcadas sobre su regazo. Hundí mi cabeza en la curva de su cuello y hombro. Sus manos se aferraron a mi cintura. Dejó un tierno beso sobre mi hombro —. Manuel.. sabe todo lo que sucedió con su padre, no entiendo como pero así es, está consciente de todo lo que lloré, de todo lo que sufrí, y eso me frustra. Un niño de su edad no tiene por qué tener conocimiento de semejante mierda, pero lo que más me duele es saber que hubo un ápice de coraje oculto en su tono. Tanto que terminó golpeando a Taira.

William me apartó de mi escondite y me tomó el rostro con ambas manos. Clavó su mirada oscura en la mía. Sentí las lágrimas brotar de nuevo.

—¿Manuel hizo qué?

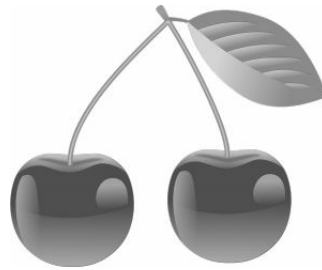
—La abofeteó y... yo no hice nada para detenerlo. Ni siquiera lo regañé. Nada. Solo... salí huyendo de ese auto, necesitaba respirar, me estaba ahogando ahí dentro —no opinó nada más, en cambio, con sus delicados dedos acarició mi rostro, mi cuello, cerré los ojos para disfrutar de la agradable sensación que me propiciaba.

—Hablaré con él, Cerecita. No te preocupes, por lo pronto descansa, es por tu bien —murmuró con dulzura, dejando un beso tronado en mi sien. Me ayudó a acomodarme en la cama y me cubrió con mi cobija verde. Posteriormente lo vi salir de mi habitación con la cabeza en alto. Fue lo último que percibí porque en automático caí rendida en un lugar lejano a mi realidad.



## Más sufrimiento

Joshua



—¿Cuántos años tienes, Denise? —pregunté mientras caminábamos por el centro comercial, sus ojos brillando de la emoción cada que veía a familias pasar por un lado de nosotros.

—Diecisiete —respondió, encontrando mis ojos con los suyos. La punzada que sentí en el pecho cuando nuestros ojos chocaron hizo a mis sentidos exaltarse.

Agité la cabeza, esa niña no podía estar gustándome, yo no podía estarme enamorando de la hija de mi ex. Pero a decir verdad sería imposible no estarlo, digo, llevábamos meses saliendo, conversando, intercambiando pedacitos de nuestras vidas que nadie sabía de nosotros. Y no es que deseara cortejarla, no, yo solo estaba en busca de información, de respuestas que aún seguían sin aparecer. Pero sus acciones me confundían. Yo solo me confundía.

Cuando me dijo eso hace unos meses atrás no le creí pues Katherine jamás me mencionó algo sobre haber quedado embarazada después de aquella violación, aunque no me sorprendería que lo ocultara debido a que nunca fui lo suficientemente bueno para ganarme su completa confianza. Pensar en ello dolía, pero no la culpaba, yo también le guardé secretos en nuestra relación. De hecho, los seguía teniendo, pero hacía lo posible por no pensar tanto en ello ya que, si lo hacía, lo más probable es que mi enorme boca expulsara verdades dolorosas. Podría estar demente, pero aún conservaba un poco de sensatez, al menos eso era lo que quería creer cuando las cosas se tornaban color hormiga.

—Hace unos días mencionaste que tienes hijos, ¿cuántos son? —aparté la mirada de su rostro, recordando esos rostros redonditos de mis hijos con Kate, hijos que deseaba separar de su madre a toda cosa. Pero, la verdad, algo me impedía continuar con mi plan en contra de ellos, tal vez era el hecho de que estaba conociéndolos mejor gracias a que pude encontrar el número de mi hija, o yo qué demonios sabía, lo cierto era que mi sed de venganza se iba saciando sin razón. Y yo no quería eso.

—Tengo tres.

Continuamos caminado por horas interminables, platicando y riendo. Denise me contó que

odiaba relacionarse mucho con las personas, pues siempre terminaban apuñalándola por la espalda cuando descubrían el cargo que tenía su hermano. Así que prefería estar sola la mayoría del tiempo, metida en sus libros o extraviada en la música. Eso me hizo regresar el tiempo a cuando tenía más u menos su edad, solía ser un antisocial por completo.

Llegamos a un local de comida china, ahí emprendimos un viaje entre las delicias que servían, mientras yo opté por comer solamente un pedazo de salmón ya que no podía comer grasas debido a un problema en mi corazón, ella decidió irse a los extremos y probar cada cosa que tenía el restaurante. Parecía una niña pequeña que acababa de recibir su juguete favorito, y eso de alguna manera me hizo recordar el momento dónde fui con Katherine a aquel parque lleno de árboles de cerezo, sus mejillas estaban completamente sonrojadas debido al frío y su precioso cabello rojo hacía contraste con aquel suéter rojo que decía adorar.

Era increíble que después de todos estos años mi mente fuera capaz de recordar cada detalle, cada momento vivido al lado de esa mujer. Y ahora que analizaba las cosas, siempre fue ella... Sí, sabía que tenía a Sam a mi lado, que mi pequeña bebé ya estaba con nosotros y eso debía hacerme cambiar mis pensamientos alocados, pero en realidad no sucedía así, las únicas personas que quería a mi lado eran a Kate y a nuestros hijos. Esa pelirroja supo meterse en mis venas como droga, sustancia peligrosa que no desaparecía, que seguía inyectada en mí desde el primer día en que mis ojos encontraron los suyos en el patio de mi casa.

Pero fui un imbécil, un salvaje, dije tantas barbaridades que me doy pena y asco. ¿Cómo pude?

—¿No la amas verdad? —preguntó Denise después de haber engullido el pedazo de pizza que trajo en su plato. En automático mis pensamientos volvieron a ella. Negué con la cabeza en respuesta—. Lo supe desde el primer día en que te vi con ella por los pasillos —dio un sorbo a su refresco—. Tú no tienes el mismo brillo que mi papá. Él cada que ve a mamá le brillan los ojos como no tienes idea, nunca deja de hablar de lo maravillosa que es y a ti no te he escuchado hablar de Sam ni una sola vez.

Tenía razón. Mis ojos no brillaban cuando veían a Samara, mi corazón ya no se aceleraba y por supuesto no sentía nada cuando la veía desnuda o con nuestra hija en brazos. Y todo porque cuando regresé a mi ciudad aquella noche vi a la ladrona de corazones y suspiros de varios hombres. Creo que fue ese momento en que me di cuenta que todos esos años me la pasé viviendo una mentira al lado de una cardióloga; yo nunca la amé, nunca deseé sentirla bajo mi cuerpo, ni escucharla gemir, no, solo... me agradaba pasar tiempo con alguien, eso me hacía sentirme menos solo en la nueva vida que estaba comenzando, de alguna u otra manera me hacía sentirme menos mierda.

Pero mis tornillos se aflojaron cuando la vi con Nathaniel, cuando supe que estaban comprometidos, fue ahí donde todo lo bueno en mí se fue al carajo, donde el Joshua dulce se tiró por el barranco. Quisiera ser el mismo chico que sonreía, el que salía con sus amigos a fiestas, a cenas familiares, el que disfrutaba cada detalle que tenía la vida, el que sin duda estaba ahí para apoyar a cualquier alma destrozada. Quisiera ser el chico que tenía ganas de vivir, sobre todo luchar.

—La vida me ha golpeado muy duro, Denise, yo no soy el mismo hombre de hace once años —me encontré diciéndole, sin esperar contestación.

—Por esos golpes es que debes luchar hasta el final, Josh, esos golpes son los que nos enseñan a ser mejores personas, los que le dan un sentido más vivo a nuestro alrededor —dijo con la boca llena de sushi—, y sé que a veces hay días donde quieres matar a todo mundo, pero la solución no es eso. La solución es luchar, cambiar y seguir caminando con la frente bien en alto.

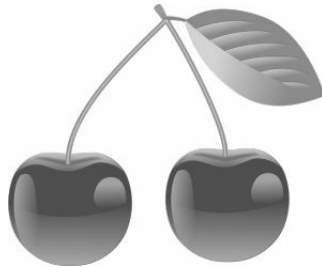


Sus palabras tocaron cada neurona en mi cerebro, y fue justamente en ese preciso instante donde toda mancha negra se aclaró dejando espacio a algo que desconocí, algo que no sentía desde años atrás. No sabría muy bien como describirlo, solo sé que esa noche corté todo vínculo con las personas que contacté para dañar a mi exmujer, pedí perdón al cielo y entregué mi alma a Dios, justo como debí hacerlo desde un principio.

Ya no quería más sufrimiento en mi vida.

## Libre de ser

Nathaniel



Mi intención nunca fue dejar que las cosas se salieran de control, al menos no tan rápido. Sabía que nuestro historial iba mucho más allá de una simple discusión o charla, pero a decir verdad me sentía sofocado estando a su lado. Cada que hacía algo, ya fuera lo correcto o no, me cuestionaba sin parar incluso en mis sueños, siempre pensando en lo que ella pensaría de mí.

Realmente fui un estúpido, un inmaduro.

La única persona que debía de estar a gusto con lo que hacía o decía era yo, nadie más, pero mi corazón me preveía de pensar con claridad, algo que odiaba con fervor pues no me sentía humano, más bien algún tipo de robot que obedecía los comandos de su creador, eso sí era torcido incluso para mí, un hombre de treinta años, mismo que tenía responsabilidades con su hijo, persona que descuidé por andar de cola caliente con una mujer, eso era imperdonable.

Yo sólo quería su aceptación, su apoyo en este largo trayecto, pero en vez de eso recibí reproches, miradas lastimosas, palabras que entraban en mi cerebro como si fueran dagas filosas. Katherine no me dejaba ser yo mismo, y eso era una tortura que me hacía llorar en silencio. No había noche en que gritara por ayuda porque me sentía hundir, y ella en vez de salvarme me sumergía más con su perfeccionamiento absurdo. Nadie en este mundo es perfecto, todos tienen problemas, adicciones, somos humanos, pero ella parecía no entender eso ni a pedradas, podría ser muy buena para ciertas cosas, pero muy cabeza dura para otras.

Eso era algo que nunca cambiaría.

Tóxico, sí, esa era la palabra que describía a la perfección nuestra relación, algo que no nos dejaba respirar con libertad, algo que siempre nos torturaría hasta morir si no poníamos, o más bien, si no ponía un alto. El amor no siempre es suficiente y todos tenemos un límite.

—Me encanta este lugar —soltó Nicolás desde la terraza, mirando como el sol se escondía detrás de las montañas. Me acerqué cauteloso, intentando no volcar ninguna caja con mis pies.

—Lo supe desde que llegamos, campeón —dije estando a su lado. Los ojos de mi hijo me escrutaron completito y, por primera ocasión desde que pusimos pie en Inglaterra, sentí una

punzada inexplicable en mi pecho. Pero decidí ignorarla, claramente no era momento de retroceder al pasado, no cuando algo nuevo comenzaba en este maravilloso país.

—¿Puedo dar un tour? —preguntó, sus ojos azules brillando de la emoción, asentí con la cabeza. A pesar de su edad seguía teniendo ese niño dentro.

—Recuerda que a las doce se cierran las puertas de esta casa, ¿entendido?

—¡Entendido, pá! —y salió espabilado con su cámara en mano.

Lo que restó de la tarde me la pasé desempacando nuestras pertenencias, obviamente bebiéndome una botella de tequila en el proceso, eso de alguna forma me ayudaba a suprimir mi necesidad de drogarme. Terminé a eso de las ocho, mis músculos para esa hora se encontraban adoloridos. Así que, sin pensarlo, me encaminé a mi nueva recámara, ahí me dejé caer sobre el enorme colchón y perdí consciencia por horas donde todo el tiempo mi mente estuvo en blanco, algo que no pasaba a menudo. Cuando abrí los ojos ya eran las doce, hora que me hizo levantarme de a golpe para asegurarme de que Nicolás estuviera en la casa, pero lo que me encontré en la cocina me paralizó por completo. De pronto, el tequila que me había bebido hizo que mis alrededores dieran vueltas y, en un abrir y cerrar de ojos, me encontré vomitando en el estupendo piso de madera antigua.

—En serio que no has cambiado, Nathan —dijo, mi cabeza punzando. Di la media vuelta para coger el trapeador y limpiar mi asquerosidad. Fruncí el ceño.

—¿Qué carajos haces aquí? —pregunté molesto, suprimiendo las tremendas ganas de querer aventarlo por el balcón.

—Vine a pedir perdón —mi cabeza giró como la exorcista. No podía creerlo. —Entiendo que hemos tenido muchas diferencias en los últimos años y, cualquier cosa que diga no logrará enmendar toda esa amargura y tristeza que causé, pero sinceramente estoy arrepentido —sus ojos verdes se veían decaídos, su expresión seria.

Caminé en su dirección para enfrentarlo, sintiendo la gran necesidad de golpearlo, pero me abstuve. De todas las personas que siempre estuvieron para mí, Joshua fue el único que logró nadar conmigo en aquel mar de sustancias químicas, fue la persona que jamás me dejó hundir, la que muchas veces me ayudó a poner de pie incluso cuando tenía ganas de morir. Y era de esperarse de un hermano, de mi hermano, hijo que nació del desliz que tuvo mi padre con su madre cuando yo todavía no nacía. Pero nuestra relación de sangre era muy distinta a la que por años construimos, no sabía si creerle pues ultimadamente eran más los desacuerdos y pleitos que teníamos, así que mejor continué con mi interrogación, ya habría tiempo para corroborar si sus intenciones eran verdaderas.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté, invitándolo a salir a la terraza. Josh me siguió.

—Tu secretaria no es tan discreta que digamos —soltó burlón, recargándose en la pared, sus ojos perdidos en la vista nocturna de la ciudad. —Y Nick no es tan obediente cómo pensé.

Muchas veces le había dejado en claro que no abriera la puerta a media noche, pero al parecer ese niño no entendía las reglas. Lo bueno que fue un conocido sino las cosas hubieran terminado mal. Aun así, no se salvaría de una buena regañada. Ese niño me iba a escuchar.

—Ya veo —me limité a responder.

—¿Sabes que mi hermana y Christian están en proceso de divorcio?

—No.

Y la verdad no tenía la menor idea, había pasado un buen de tiempo desde que tuve contacto con la familia Montalvo, y no es que no deseara conversar con ellos, simple y sencillamente me encontraba inmerso en otras cosas, pero saber eso dolía, más por el hecho de que ambos entregaron todo sabiendo que no recibirían nada a cambio. Era triste pensar que después de casi

once años de matrimonio todo se estuviera yendo al barranco al igual que mi vida, neta que no comprendía porque las personas buenas tenían que sufrir tanto.

—Nunca lo amó... —murmuró Josh casi para sí solo, el remordimiento evidente en su tono. —Desde el día en que la encaminé por ese pasillo en la iglesia supe que no lo amaba, nunca lo haría —rió sin humor.

—Sabes que no tienes la culpa —dije, pero era cierto.

Una persona no elige a quién amar, las cosas pasan... eso es algo que ni Dios ni las personas lograrían cambiar así pasaran mil años. El corazón de Claudia siempre pertenecería a Josh y, aunque él estuviera enamorado de otra mujer, yo sabía muy bien que eso era mentira. Claudia es para él lo que Katherine para mí; mi único, último y verdadero amor que por imbéciles dejamos ir.

—Claro que la tengo —espetó convencido—, todo lo que le sucedió a mi hermana fue por mi culpa. Todos lo saben, incluso Chris.

—¿Chris qué?! —no podía creerlo. Joshua resopló.

—Claudia se lo confesó, y esa noche tuve mil mensajes suyos reclamándome el porque nunca le dije si éramos amigos. Yo nunca quise lastimarlo Nat. Me siento un perro miserable por haberle mentido de esa manera tan vil. Siempre supe que la amaba, y no me importó. Así como no me importó meterme con Katherine.

La mención de su nombre me causó una punzada.

—Sí, bueno, donde ponías el ojo ponías la bala —dije intentando sonar relajado. Pero fue todo lo contrario. Escuchar eso de su boca solo me hizo hundirme más en mis penas. Sin embargo, no reclamé. Ya no tenía caso.

El siguiente mes transcurrió demasiado rápido que ni me di cuenta de que ya me había memorizado toda la ciudad, los nombres de los vecinos, de las tiendas y de los bares. Nicolás, por su parte, ingresó al colegio de fotografía y artes aquí en Bradford, ver su rostro cada que llegaba del colegio me llenaba de alegría pura. Los viernes por las tardes, ya cuando ambos terminábamos nuestros deberes, lo llevaba conmigo a Lister Park, ahí nos perdíamos por horas viendo el hermoso paisaje y claro, comiendo alguna botana inglesa. Era relajante la paz que se respiraba en estas tierras, aquí no tenía preocupaciones, ni amarguras ni ataduras, eso me hacía adorar aún más mis días. Pronto se asomó el día donde tenía que irme a Londres para ver unas cosas de la editorial nueva donde trabajaba, así que le di indicaciones a mi hijo y partí a las meras tres de la tarde. Cuando llegué al aeropuerto un hombre en traje me recibió, su nombre era Oliver, sería mi chofer durante mi estancia aquí.

Manejó entre todo el tráfico que se encontraba, a decir verdad, era relajante ver tanto automóvil y tanto peatón caminando por las calles. Para las siete salí del hotel rumbo a la cena de bienvenida, según Oliver solían hacer una cada que alguien nuevo se integraba a la editorial, eso me hizo sentir mucha curiosidad por mis nuevos jefes.

—¿Trabajó con la Editorial Villalta, verdad señor? —preguntó el rubio, acompañándome a la entrada.

—Por más de cinco años.

—La señora Rae me ha hablado mucho de usted —comentó, su cuerpo deteniéndose en pleno camino. —Dice que posee buenas técnicas.

—Disculpe, ¿quién es Rae? —me encontré preguntando. Cuando mi jefe me dijo que me trasladaría a este lugar nunca me mencionó algo sobre una mujer, de hecho, pensaba que aquí solo habría hombres involucrados pues todos los colores eran oscuros y el frío que se sentía al entrar era espeluznante. ¿Qué clase de mujer era?

—Rae es la presidenta del conglomerado Dokusei, ella decide quién entra y quién sale de su emporio, es algo así como la dueña, sin embargo, su hermano Rhys es el mero mero —explicó, sus facciones endureciéndose con la mención de ese hombre.

—Ya veo...

—Sólo no dejes que te intimiden, y menos ella —bufó—, suele ser una perra la mayoría de los días —su expresión hacía ella me tomó por sorpresa. ¿Qué persona en su sano juicio llama perra a su jefa? De loco me expresaría así de alguien.

Caminamos por todo el pasillo plateado que daba paso al enorme salón aglomerado de personas y lo primero que mis ojos captaron mientras seguía a Oliver fueron las mesas decoradas con rosas negras. Los invitados lucían ropa del mismo color, exceptuando una persona: ella. Desde lejos se podía distinguir esa Diosa de vestido blanco, la tela marcando cada curva, cada borde exquisito en su cuerpo. Una corriente deliciosa recorrió mis interiores cuando con su mano movió aquel cabello escarlata a un lado, dejando al descubierto un precioso cuello alargado.

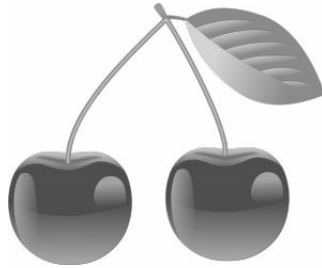
—Gerardo me habló de ti, bienvenido —dijo, su voz seductora retumbando en mis tímpanos —. Soy Raechelle King. Tu nueva jefa.

—Nathaniel Gray —me limité a responder, acalorado.

Algo me decía que estas semanas en Londres serían abrumadoras, lo comprobé al momento de sentir su mano apretujar la mía.

## Verdadero monstruo

Katherine



Ser madre de niños en pleno desarrollo nunca ha sido fácil. Con frecuencia recordaba las palabras de mis padres diciéndome que habernos criado a los tres fue como si les hubieran aventado cubetazos de agua helada cada segundo pues nadie te entrena para cambiar pañales o hacer biberones, mucho menos te dicen cómo deben ser educados y como se debe mantener la paciencia en el proceso para no cometer imprudencias y llegar a los golpes. Lástima que comprendí un poco tarde.

Mi hija de once años llevaba semanas comportándose de una manera extraña, grosera; ya no salía de su habitación, no jugaba con su hermano y no me hablaba a mí. Lo único que hacía era tener su completa atención sobre ese maldito aparato electrónico las veinticuatro horas, ya ni siquiera tocaba su clarinete ni tampoco dibujaba como solía hacerlo por las tardes. Vaya, hasta su aspecto rosita fresita pasó a emo mal pintado.

Cuando su maestra me citó a aquella junta pensé que era para decirme que Taira seguía igual de seria que siempre, que no quería participar en clases por vergüenza, pero. Para mi sorpresa no fue nada de eso. Ella seguía igual, sí, la diferencia es que ahora su atención no iba a la pizarra, sino al celular; no cumplía con sus tareas, rezongaba en clases y en ocasiones molestaba a sus compañeros con preguntas absurdas y poco comunes en niños de su edad. Incluso me dijo que en una ocasión la escuchó hablar por teléfono con un hombre al cual le decía Montiel. Tan solo la mención de ese apellido me hizo paralizarme en mi silla, hizo que el terror regresara a mi vida como balde de agua fría donde lo único que mi mente pasaba eran aquellas escenas de mi vestido blanco manchado de sangre. La maestra, al ver que mi rostro cambiaba de color, salió corriendo en busca de una bolsa de papel porque mis pulmones parecieron detenerse, pero eso no sirvió para apaciguar toda la marea de emociones que ocurría dentro. William tuvo que llevarme de emergencia al hospital porque el oxígeno no lograba llegar a mi cuerpo.

—Debe tranquilizarse, señora Sanders —había dicho una enfermera cuando me vio toda agitada, al borde del colapso en medio del pasillo. Intenté tranquilizarme, pero no podía, no cuando mi mundo parecía desmoronarse ante mis ojos, no cuando mi peor pesadilla estaba

haciendo de las tuyas para regresar a mi vida.

—¡Respira, estrellita, respira! —la voz de Liam entró a mis tímpanos como una melodía relajante, sin embargo, su efecto en mí demoró muy poco. A los segundos me encontraba teniendo otro ataque de pánico.

Entonces perdí consciencia.

Al despertar lo primero que vi fue a la misma enfermera revisando mis signos vitales y anotándolos en su cuaderno. A la izquierda de la camilla residía mi hijo en brazos de William, sus sollozos inundando la silenciosa habitación blanca. Tanto él como Liam se veían tensos, preocupados por mi situación, pero más que sentirme tranquila por verlos ahí, me sentí acorralada, desesperada. Yo quería ver a mi hija, necesitaba ver y sentir a mi princesa a toda costa, tenía que asegurarme de que estaba bien, de que aquel monstruo no la había lastimado.

—Quiero ver a Taira —espeté temblorosa intentando moverme, pero el dolor en mi vientre me hizo detenerme con brusquedad—. ¡¿Dónde está mi hija?! —me encontré gritando, eludiendo el inmenso dolor de antes. Una de mis manos acunó mi vientre con fuerza, como si eso de alguna manera hiciera que lo que sentía disminuyera.

Cuando ya no sentí nada, quité todos los cables de mi piel y me bajé de la cama echa una bestia, ignorando lo que las personas a mi alrededor decían. Pero mi intento de salir corriendo a buscarla falló. Así como puse pies en el suelo, caí de panza, lastimándome en el proceso. Los gritos de mis seres queridos fue lo último que escuché antes de volver a caer inconsciente, antes de que una estampida de médicos entrara corriendo y gritando cosas que no entendí pues su tecnicismo era distinto al mío.

Una pedrada en mi ventana me hizo salir de mi ensimismamiento. Me paré con suma delicadeza de la cama ya que debido a mis ataques de pánico el doctor me recomendó que mantuviera reposo lo más que pudiera, no tanto por mi bienestar sino por el del bebé quién parecía estar en peligro, así que hacía mi mayor esfuerzo por mantenernos sanos.

Estando ya cerca de la ventana, moví la cortina blanca solo para encontrarme a mi amigo vestido de charro, con seis hombres detrás de él. Mi corazón brincó de la emoción.

—¿Qué significa todo esto? —cuestioné sonriendo, abriendo la ventana. Liam se acercó, esquivando los rosales con espinas que planté cuando recién compré la casa.

—Pensé que podrías necesitar entretenimiento ya que has estado casi un mes en cama —dijo agitado, subiendo el escalón que daba a mi ventana. Cuando lo tuve lo suficientemente cerca acuné su rostro con ambas manos y deposité un ligero beso en su nariz.

—Siempre tan considerado.

—Todo sea por verte feliz, Cerecita —murmuró, sus ojos clavándose en los míos—. Ven, quiero que escuches lo que te compuse —me tendió su mano y no dudé ningún segundo en tomarla.

Él tenía ese poder de hacerme sentir protegida, querida, todo lo que una mujer desearía en su hombre ideal. Me llevó cargada hasta la banquita que compramos, ahí me dejó sentada y él se fue corriendo al lado de esos hombres, donde, al llegar, comenzaron a tocar una melodía preciosa que me hizo cerrar los ojos por un momento para disfrutar. Los volví a abrir.

—Ya sé que estás aburrida de promesas incumplidas, de palabras y contratos, de amores para un rato —se acercó hacia mí, sus ojos iluminados observándome—. Tengamos algo sin mentiras, poquito a poco no hay prisa, —me tomó de la mano y con cuidado me haló a su cuerpo, nuestros pechos juntándose—, soy fan de tu belleza, cuidarte es mi promesa —sonrió—. Quiero que tú seas mi princesa, que sean mis labios solo los que te besan...

Cerré mis ojos una vez más y me dejé llevar por su voz, por sus manos, por su completa esencia, hoy era uno de esos días donde quería que todo lo malo se esfumara de mi vida para dar

paso a la tranquilidad que tanto necesitaba. Liam continuó cantando, cada palabra llegando a lo más profundo de mi corazón, y tan solo eso bastó para hacerme retroceder a meses atrás, al primer día donde volví a reencontrarme con él en mi oficina. La verdad nunca hubiera imaginado que recuperaría la felicidad con la misma persona que prometió jamás abandonarme y, para ser sincera, me alegraba el alma saber que todo lo que me dijo de pequeño lo estaba cumpliendo ahora de adulto.

En serio lo quería mucho.

Cuando terminó de cantar, aquellos hombres subieron a una camioneta negra y se fueron, dejándonos solos a plena luz del día. Su rostro se encontraba ruborizado, sus ojos más brillantes que nunca y por segunda ocasión me di cuenta lo apuesto que este hombre era. No pude evitar examinarlo completo; sus ojos oscuros, sus labios finos, su barba bien cortada, su sonrisa de niño bueno... Sin duda alguna seguía siendo el mismo niño risueño con quien compartí mis tardes en casa de la abuela, el mismo que me acompañó en mis momentos más oscuros y fríos.

—Samuel estaría orgulloso de ti —solté sin pensar, apretujando sus manos con las mías.

—Yo sé que sí —respondió, su sonrisa ampliándose aún más—. No hay día en que no pida al cielo para volver a reencontrarme con él porque algo en mí me dice que su corazoncito aun late y permanece en este mundo.

—Pronto tendrás esa respuesta que tanto buscas, Liam —aseguré—, y cuando ese momento llegue aquí estaremos para recibirlo con los brazos abiertos.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro —me puse de puntitas y lo besé, así, por sorpresa, con ansiedad, con cariño. Liam demoró algunos segundos en asimilar lo que pasaba, pero cuando se dio cuenta, una de sus manos ya se encontraba en mi nuca, acercándose más a su boca tibia. Jamás un beso se había sentido tan libre, tan tierno. Sus labios masajearon los míos con tanta suavidad que mi cuerpo entero pareció flotar en alguna nube, quise acercarlo más pues una chispa conocida brotó en mi pecho, pero él me alejó, su pecho subiendo y bajando con brusquedad.

Acomodé mi cabello.

—Será mejor entrar —jadeó.

El resto de la tarde permanecimos dentro de la casa, disfrutando de novelas junto con mi hijo. A eso de las siete Liam preparó la cena en compañía de Manuel, mientras tanto yo residí en el sofá viendo la televisión, acariciando con mis manos mi enorme balón. Entonces sentí a mi bebé patear y no pude evitar emocionarme como siempre. Sentir que una personita crecía dentro de mí me llenaba de alegría pura, me hacía entender que no todo estaba perdido. Cuarenta minutos después mi hijo me gritó desde la cocina para que fuera pues todo estaba listo para comer. Así que obedecí y en menos de un minuto me encontraba caminando al comedor, pero el timbre de la puerta me hizo detener mi paso.

—¡Yo abro! —informé dando la media vuelta y dirigiéndome a la entrada principal.

Abrí la puerta.

—¿Es usted Katherine Sanders? —preguntó una jovencita de cabello castaño, sus ojos oscuros escrutándome completita. Fruncí el ceño, claramente no sabiendo de quien se trataba, pero por su expresión medio ansiosa pude entender que me conocía de alguna parte. Tal vez de la empresa o algo por el estilo.

—Sí. ¿Se te ofrece algo?

—Mi nombre es Denise Sandoval —dijo, acortando la distancia entre las dos. —Usted es mi madre.

—E-esto debe ser un error —justifiqué, cerrando la puerta detrás de mí. Por nada del mundo



quería que mis hijos o William escucharan. El asco que sentí ante sus palabras me hizo tambalearme un poco, y no por verla a ella, no, sino por las atrocidades que llegaron a mi mente cuando lo dijo. Mi mano derecha se aferró a la pared.

—No, muñeca, no es un error. Tengo pruebas —familiaridad, tristeza, agonía... Esa voz me desequilibró aún más que las palabras de la chica. Mis ojos buscaron al dueño y cuando lo encontré mi mundo entero giró a mi alrededor como en la escuela, como en el hospital. La dureza del cemento raspó mis rodillas al caer.

Esto no podía estar sucediendo.

Después de que cayera al suelo, y de que Joshua me ayudara a sentar en una banca, me estuvo explicando que llevaba años investigando al degenerado ese, que la razón por la cual nunca atendió mis llamadas cuando éramos jóvenes fue porque estaba sometido en la investigación junto con Rodrigo, su amigo del bar, y lo que menos deseaba era involucrarme y hacerme pasar un trago amargo, así que prefirió alejarme, por mi bien y el de nuestros bebés. Obviamente no creí ninguna de sus palabras pues jamás hubiera intentado lastimarme como lo hizo en casa de Claudia, sin embargo, decidí que no era momento para sacar todo mi coraje por las estupideces que cometió meses atrás. Así que me dediqué a escucharlo con atención, ignorando el hecho de que esa chica me observaba como si fuera alguna diosa.

Me explicó que dos mujeres murieron por culpa de Noah, una de ellas fue violada y salvajemente descuartizada en el sótano de una casa abandonada a las afueras de Michigan, la otra recibió un balazo en el cráneo y fue arrumbada por un barranco cerca de mi antigua casa. Escuchar toda esa mierda me hizo vomitar. ¿Qué clase de psicópata era Montiel? ¿Qué demonios ganaba lastimando a mujeres inocentes? Entonces, como diría mi hermana Violeta, me cayó el veinte. Seguramente lo hacía por venganza hacía mi persona, por el supuesto daño que le hice al meterme con su amigo, por todas las cosas que vivió cuando mi hermana contrajo matrimonio con su padre, hombre que hizo a un lado a su hijo con tal de no tener que soportarlo. Y ahora quería hacerme experimentar el mismo dolor con mi hija.

—Debes de mantener los ojos bien abiertos, Kate —dijo Josh, caminando en círculos en frente de mí—, si todo lo que dicen estos papeles es cierto, estamos lidiando con un verdadero monstruo. Sé que no quieres mi ayuda después de todo el daño que te hice, pero necesito que pongamos nuestras diferencias a un lado. La vida de muchas personas está en peligro. Especialmente la tuya, muñeca.

—No me llares así —refuté, fulminándolo con la mirada.

—Bien, lo siento. Pero es cierto todo lo que digo. ¿Sabes que daño podría hacerte si se entera que tuviste una hija y no le dijiste? —inquirió, sonando por primera ocasión aterrorizado, angustiado—. ¿Sabes todo el dolor que nos puede causar mediante nuestros hijos? Él sabe que ellos son tu felicidad, y no dudara en arrebatártelos si sabe la verdad.

—Son muy pocas las personas que saben de mi pasado.

—¿Cómo estás segura de eso? —En ese instante no supe que responderle. Una de las personas que sabía ya estaba muerta, la otra era William pero él no sería capaz de lastimarme, no después de todo lo que habíamos construido juntos. Por otro lado, en una ocasión mi hija nos escuchó hablando sobre el tema, pero realmente no podía hacer suposiciones graves. Taira es una niña, no sería capaz de delatarme. Mi cabeza comenzó a dar vueltas, a recordar personas, lugares, cosas que yo misma dije, pero nada, además de los mencionados no recordaba a ninguna otra alma que supiera de mi pasado excepto el doctor que me atendió... ¡No! Eso era más torcido que nada y me rehusaba a tan siquiera pensarlo.

—Dudo mucho que el doctor que atendió el parto siga vivo —comuniqué aferrando mis

manos a mi vientre—. Meses después de dar a luz apareció muerto en su consultorio. Así que él no es una posibilidad.

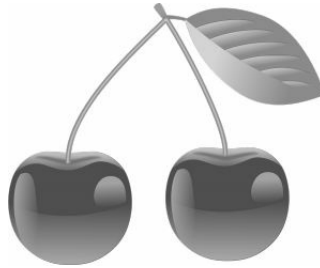
Los ojos de Denise se abrieron como búho, y la similitud a cuando yo era joven me hizo contemplarla un poco más. Joshua me interrumpió.

—No. Tuvo que ser alguien más. Alguien cercano, alguien que esté lleno de coraje, de venganza. Alguien que... ¡Ay no! —su repentina exclamación me asustó—. ¡Por un demonio! Tengo que irme —dijo de a golpe, dejándome los documentos en el regazo. —Cuida muy bien a nuestros hijos y por favor quítale ese celular a Taira, lo último que deseo son más tragedias.

El ojiverde salió corriendo a su camioneta, desesperado, Denise detrás de él. Yo me quedé ahí, asimilando todo lo que me acababa de decir. Por la expresión de angustia comprendí que se trataba de alguien que nos conocía a todos, especialmente alguien que conocía tanto el pasado de Josh como el mío.

## Mentiras

Joshua



Cuando reuní todas las pruebas que Rodrigo me había mandado por correo, el coraje que sentí bullir en mi interior no pudo ser más enorme. Jamás creí que mi propio hermano estuviera solapando las asquerosidades que Noah hacía, comenzando con el hecho de que se estaba hablando con mi hija y haciéndola comportarse de manera rebelde en contra de su madre y compañeros de clase. Subí a mi camioneta sintiendo una rabia incontrolable y conduje hasta mi antigua casa en busca de ese bastardo que juraría partirle la cara cuando lo viera.

Podría ser mi hermano, pero las estupideces que hacía eran imperdonables, sé estaba metiendo con mi sangre, estaba ayudando a ese ser miserable que abusó de la mujer que amé y para acabarla seguía entrometiéndose en el matrimonio de Claudia, eso si no tenía perdón.

Quince minutos después me encontraba subiendo por las escaleras de la casa rumbo a su recámara, el imbécil seguía viviendo a costa de nuestros padres y eso me enfurecía aún más. ¿Qué clase de monstruo cometía imprudencias en un ambiente familiar? Más peor, ¿Quién lastimaba a su propia sangre?

—Explícame que es esto —ordené tirándole los documentos en la cara. Alexis me fulminó con la mirada.

Sentí asco.

—No tengo por qué explicarte nada. Así que lárgate —vociferó, claramente irritado. Él sabía muy bien de lo que trataban esos papeles, sin embargo, era muy cobarde para confesarlo, siempre lo fue.

—¿Qué te prometió ese degenerado para que lo ayudaras con todo esto? —pregunté, acercándome a donde se encontraba sentado—. ¿Dinero? ¿Mujeres? ¡Responde carajo!

—Alguien como tu jamás comprendería, ¿verdad? Has tenido todo a manos llenas. Comenzando por el amor de *mi* hermana.

—Claudia también es mi hermana —rectifiqué, la confusión invadiendo mi mente.

Alexis soltó una risa sínica y desvió su mirada azulada al ordenador, donde continuó viendo videos de *minecraft* el muy descarado. Era obvio que le valía madres lo que iba a reclamarle, de

hecho, desde que tenía memoria él había sido así. Nunca fue del tipo de hermano menor que se acercara a mí por algún consejo o para jugar fútbol. Él tenía sus amigos y yo los míos, en ninguna ocasión nos topamos en el colegio, y raras veces le veía la cara cuando estábamos en casa. Al menos por mi parte porque según Clau, ella lo miraba a diario, tanto en el colegio como fuera. Tal vez porque eran mellizos es que sabían dónde encontrarse, pero eso siempre me hizo sentirme mal, comenzando en la época donde tuve una relación a escondidas con ella.

—Te equivocas —dijo de la nada, soltando un golpe en el escritorio. Se puso de pie para enfrentarme. —Claudia no es tu hermana. Nunca lo fue, Josh. Aquí el entrometido fuiste tú, nadie más. ¿Por qué crees que papá te odia tanto eh?

Guardé silencio, en serio que no sabía ni que decir.

Estaba realmente confundido.

» Es increíble que siendo doctor no comprendas ni una mierda —bufó, el coraje evidente en su tono—. Te lo pondré fácil hijo de puta. Tú —se acercó hacia mí y con su dedo índice golpeo mi pecho—, eres el hijo bastardo que tuvo la zorra de mamá con otro hombre.

—¡No le llames así a nuestra madre!

—Yo le llamo como se me pegue la gana.

Tantas palabras filosas me hicieron molerlo a golpes. Yo no iba a permitir que nadie le faltara el respeto a mi mamá, mucho menos que dijera semejante mentira con tal de lastimarme y hacerme sentir miserable. Mi puño estampó su rostro más de una vez al igual que mis pies, y cuando sentí que perdía el control decidí detenerme pues muerto no servía de nada. Solo él tenía el poder de confesar todo a las autoridades para meter preso a Noah de una vez por todas. Ese miserable no merecía estar libre por las calles dándose la vida de rey a costa de los demás.

Yo no iba a permitir que siguiera lastimando a mujeres inocentes por un mal entendido del pasado que claramente no podía olvidar ni entender.

Salí de su recámara más enfurecido que cuando llegué e intentar asimilar lo que me había dicho era mucho para mi mente. ¿Cómo que Claudia no era mi hermana? ¿Cómo estaba eso de que no era hijo de mi padre? ¡Maldita sea! Solo existía una manera de poder saber la maldita verdad y esa era Matthew. Sin pensarlo dos veces corrí al otro lado del pasillo en busca de su despacho. Una vez ahí abrí la puerta de un jalón haciéndola azotar contra la pared bruscamente.

—¿Es cierto lo que me dijo Alexis? —pregunté a mi padre desde la puerta de su despacho.

Se veía relajado, ni siquiera se dignó a levantar la mirada de sus jodidos papeles. Siempre era así con él, la familia nunca le importó en lo más mínimo.

—¡Vóltéame a ver cuándo te hablo! —grité furioso, caminando a zancadas a su escritorio.

—Te he repetido muchas veces que jamás me interrumpas cuando estoy ocupado —contestó lo más calmado posible y escucharlo solo me provocó más cólera.

—Y yo te vuelvo a repetir esto, padre. ¿Es cierto que ellos no son mis hermanos? —la desesperación comenzaba a envolverme con el paso de los segundos y juraba que si no obtenía una respuesta ahorita sería capaz de golpearlo hasta que hablara.

Quitando sus lentes con delicadeza, alzó su cabeza para mirarme a los ojos. Su rostro lucía verdaderamente arrugado, no obstante, seguía conservando esa apariencia de hombre dominador y posesivo, incluso su mirada seguía siendo fría como cuando era niño.

—Sí, es cierto —replicó levantándose de la silla para acercarme hacia mí. Su mirada azulada penetrándome hondo. Tragué saliva con pesadez.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué demonios me separaste de ella sabiendo que yo la amaba? ¡¿Porque papá?! —grité tragándome las lágrimas que escocían mi rostro que seguramente se encontraba rojo.

¿Porque me mintió? ¿Porque me separó de la mujer que amaba? ¿Porque me hizo creer que era un ser miserable que se metió con su hermana menor cuando en realidad no compartíamos sangre? Todo me daba vueltas y la impotencia que sentí en mi pecho me hizo vomitar sobre la alfombra.

—Era por tu bien. Por el bien de todos.

—¡Claro que no! —admití hipeando—. ¡Era por tu jodido bien! A ti nunca te importamos como familia, siempre te la pasaste con tus estúpidos negocios día y noche. Así que no vengas a decir que fue por nuestro bien porque no lo fue, padre.

—¡Yo no iba a permitir que mataras a mi única hija! —rugió—. ¿O acaso olvidaste el día en que casi la matas por culpa de tus borracheras? Admítelo, Josh, nunca fuiste lo suficientemente bueno para cuidarla.

Estuve a punto de responderle, pero sabía que tenía la razón. No supe cuidarla de sí misma, de mí, de las demás personas, solo la buscaba cuando estaba caliente, y si, la amé como loco e hice lo imposible por mantenerla sonriendo, pero nunca me preocupé tanto como para saber lo que pasaba por su mentecita, a su alrededor.

Nunca comprendí que su falta de ganas para ir a la escuela era porque la acosaban, porque todos en ese miserable lugar la llamaban una zorra por fijarse en su hermano mayor. Debí suponer que los rumores corrían rápido, pero siendo lo tonto que era jamás me di cuenta pues creía que ellos tenían envidia de nuestro amor. Así que no presté atención. Fue mi error.

—Pero yo la amaba... —susurré bajando la cabeza y apretando mis manos en puños. Todo esto debía ser un jodido sueño.

—La amaste tanto que asesínate a tu propio hijo. Sabes que, no tengo tiempo para escuchar tus estupideces, Josh. Suficiente hice con soportarte por diecinueve años. Vete por favor. Estoy ocupado.

Quería salir corriendo y perderme en cualquier maldito lugar para que no me encontraran. Quería huir a un lugar donde las mentiras y los recuerdos del pasado no me atormentaran como siempre lo hacían. Quería... estar muerto para no sentir este dolor tan profundo que carcomía mi cuerpo como si fuera algún ácido peligroso.

Ya no podía.

No podía más.

Toda mi vida había sido una ruleta constante de engaños y fui tan imbécil que nunca me di cuenta de nada. Nunca sospeché nada. Pero de nada servía lamentarse cuando el daño ya estaba hecho, cuando el tiempo ya había pasado y claramente no podría retrocederlo para intentar cambiar. Le fallé a mi ricitos de oro, a mi muñeca de cabellos escarlatas y como era de esperarse, también le fallé a mi única esposa; a mis cuatro hijos. Era un verdadero imbécil.

—Perdón, no quise decirlo así —dijo arrepentido, intentando tocarme con su mano. Retrocedí, un repentino temblor apoderándose de mi cuerpo entero.

—¿Y cómo mierdas querías decirlo? ¿Con más coraje? ¿Más reproche? ¿Con más credibilidad? ¡Te odio, Matthew! ¡Me odio a mí mismo! Cielos, en serio que soy un maldito bastardo como dijo Alexis. Todos han sido lastimados por mi culpa y apenas me voy dando cuenta de ello. ¡Ah! ¡Esto no puede estar pasando!

De pronto el aire pareció faltarme, mi vista comenzó a nublarse un poco y sentí un frío desconocido recorrerme la columna vertebral. Agité mi cabeza.

—¡Josh, cálmate un poco! —escuché que vociferó mi padre, pero más bien parecía un largo eco que muy apenas pude percibir. Todo se veía borroso.

—¡N-no! —espeté antes de salir corriendo de su despacho, empujando cualquier cosa que se

interpusiera en mi camino.

Tomé las llaves de la mesa con mucho desespero y salí en busca de mi automóvil. Necesitaba desaparecer de este lugar, irme lo más lejos posible. No podía seguir viviendo en un lugar donde las mentiras parecían ser el pan de cada día, donde el dolor gobernara en mi vida.

No quería seguir topándome con Claudia sabiendo que pudimos haber tenido la vida que tanto planeamos de pequeños. Todos estos años me había mentido a mí mismo. Primero con Katherine, que lo único que hizo fue quererme sin condición, apoyarme, pero sobre todo creerme y confiar en mí. Y aunque yo también correspondí sus sentimientos cuando fuimos pareja, esa espina del pasado seguía clavada en mi corazón como un alfiler que cortaba cada pedazo de mi piel.

Por otro lado, estos años a lado de mi esposa habían sido maravillosos, pero aun estando con ella, con nuestra recién nacida, la única mujer que permanecía viva en mi mente incluso cuando dormía era Claudia, mi hermosa rubia de cabellos rizados que fue arrebatada de mis brazos a costas de mentiras.

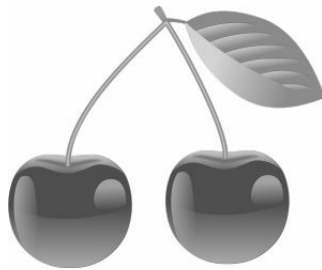
Cerré mis ojos por un momento para intentar recuperar la calma, ya que no era bueno manejar alterado ni enojado, menos en una curva tan peligrosa.

*Respira Josh, respira y cálmate.* El pasado ya no sé puede remediar, sólo te queda continuar con tu vida tal cual has hecho por este tiempo. Tienes treinta y tres años hombre, tú puedes con esto y más.

Cuando abrí mis ojos lo único que pude ver fue una luz blanca empañarme los vidrios del auto y mi cuerpo entero girar hacía un barranco con rapidez. Mierda.

## Túnel sin salida

Katherine



En las siguientes semanas no volví a saber nada de Joshua, supuse que tenía todo bajo control así que me abstuve de llamarlo varias veces y mejor me dediqué a seguir con mi vida normal ya que no deseaba preocupar a mis hijos con cosas del pasado. Ellos menos que nadie debían agobiarse por mis tormentos, así que callé y solo le conté a Liam las cosas que sucedieron ese día. Éste, lo primero que hizo al escuchar lo que platicué fue enfurecerse pues muy bien conocía mi historia completa, sabía que Noah fue quien abusó de mí y lo creía capaz de lastimarme a través de mis seres queridos, en este caso, a través de Taira.

Varias veces me sugirió que llamara a la policía para contarles lo que sucedía en mi familia, pero a decir verdad no quise hacerlo porque no contaba con las pruebas suficientes, es más, podía asegurar que me tacharían de una madre paranoica. Así que aguardé y mantuve todos mis sentidos bien alertas para cuando fuera necesario.

—¿Llevas tú almuerzo? —le pregunté a mi hija, evitando alterarme porque seguía sin cambiar su comportamiento hacia mí y eso me enojaba. Ya no sabía qué hacer respecto a esa actitud vale madres que se cargaba día y noche.

—No sé —respondió altanera, hostil.

—Mira niñita, yo no me despierto temprano todas las mañanas para que no sepas agradecer lo que hago por ti —reproché, claramente dejando que la impaciencia gobernara. Taira rodó sus ojos verdes con hastío.

—Eso a mi me vale un rábano —refutó grosera, tomando su mochila y saliendo de la casa para tomar el camión. Me quedé congelada ante sus palabras hirientes.

Bajé la cabeza, mis ojos picando por dejar fluir ese líquido salado que odiaba. Respiré profundo para intentar calmarme. No funcionó.

—No le des mucha importancia, Cerecita, seguramente es un berrinche suyo o amaneció de

malas —murmuró William, posando ambas de sus manos en mis hombros tensos. Solté un bufido.

—La situación que vivimos no está para que ocurran los berrinches, Liam, ella tiene que ser más respetuosa, menos altanera conmigo. Enserio que Taira no ve todo el esfuerzo que hago por ella y su hermano. Lo mínimo que podría hacer es responderme con educación, sin herir mis sentimientos cada jodido instante.

—Recién cumplió los doce años, amor, deja que se dé cuenta de sus errores por si sola —besó mi cuello—. Estoy seguro que cuando regrese te pedirá perdón, tampoco la creo tan insensible. Ya verás. ¿O me vas a decir que tú a esa edad nunca te comportaste así con tu madre?

—Si, pero nunca fui tan respondona como ella —bueno, ahora que recordaba si fui un tanto grosera con mi mamá una vez debido a que entró a mi habitación sin tocar, incluso recordaba haberle cerrado la puerta en las narices, pero de eso a herirla casi a diario con mis palabras o actitud tan “despreocupada”, jamás.

—Cada persona es diferente —dijo dibujando círculos en mi hombro desnudo—, dale tiempo al tiempo. Además, tanto coraje afectará al bebé y ese es un problema que debemos evitar a toda costa. Relájate por favor. Ya solucionaremos esto.

Solo esperaba que tuviera razón porque en serio no tenía idea de que hacer. Privarla de sus pasatiempos no estaba resultando tan bueno como dijo mi papá. A Taira le valía un kilo de pepinos tener su clarinete o no, mucho menos le importaría si la dejara encerrada en su habitación por un día. Es más, ni quitándole el celular se compondría. Su actitud era algo que no sabía cómo manejar, algo que me volvía más loca conforme transcurrían los días.

Necesitaba ayuda profesional.

—Papá tiene razón, má, verás que pronto se le pasara a mi hermana —concordó Manuel, acercándose para besar nuestras mejillas—. Los veo más tarde. Adiós. ¡Ah! Casi lo olvido —dijo deteniéndose a medio camino—, llegaré después de las ocho puesto que el entrenador quiere celebrar con nosotros la invitación a Estados Unidos.

Asentí con mi cabeza, mostrándole una débil sonrisa.

—Ten cuidado hijo. Llámame si necesitas algo. ¿Está bien? A cualquier hora. Aquí estaré para ti.

—Por supuesto, pá. Chao.

El resto del día me dediqué a corregir unos documentos que me pidió el ojinegro, él tuvo que salir de urgencia a una junta así que me dejó sola por algunas horas. Hacía tiempo que no disfrutaba de la soledad pues a decir verdad mi pareja se la vivía cuidándome, más por el hecho de que en un mes daría a luz a mi pequeña hija. Pensar en que pronto la tendría entre mis brazos me emocionada de una manera inexplicable, sensación que no se comparaba ni cuando comía mis postres preferidos a media noche o el helado de limón que tanto me gustaba.

Incluso era inevitable no sentir esa emoción cuando pasaba por la recámara que le pintamos de un color rosado tierno, estaba segura que le encantaría a la pequeña. De pronto una llama en mi celular me hizo bajar la laptop de mis piernas.

Era mi hija. Contesté de inmediato.

—¿Mamá? —su voz sonaba débil y, por segundos, olvidé lo grosera que había sido conmigo en la mañana.

—Si cielo, soy yo. ¿Qué pasa? ¿Se te ofrece algo?

—Perdóname, mami, perdón por ser una mala hija, por nunca decirte lo mucho que te amo, pero estaba enojada porque tú nunca me dijiste quien era mi padre. No quería comprender que a veces prefieres no decirnos cosas para mantenernos felices, y si no contarnos sobre él te tranquilizaba, ahora lo entiendo.



—Tai... ¿Po-porque me estás diciendo todo eso? ¿Sucedió algo, nena? —poco a poco el pánico comenzó a crecer, pero mi miedo explotó cuando la escuché gemir con dolor—. Mi amor, contéstame. ¡Dime algo!

—¿Existe el cielo, mami? —preguntó después de algunos segundos en silencio. El nudo en mi garganta, junto con el temblor de mis manos, me hicieron ponerme de pie con brusquedad. En ese momento escuché ruidos en la cocina. Aferré mi vientre con una mano.

—Si, mi vida, el cielo si existe. Dicen que es un lugar muy bello donde el descanso es eterno y lleno de tranquilidad, felicidad —respondí llorosa, alterada. Con desespero busqué las llaves en mi mesita de noche y salí de mi habitación con el corazón en la boca. Necesitaba llegar a la escuela, necesitaba ver a mi pequeña, algo en el pecho me decía que algo grave ocurría, la sensación era palpable. Y una madre nunca se equivoca.

—¿Crees que algún día podemos vernos otra vez? Espero que sí, nada me gustaría más que tener otra oportunidad de hacer las cosas bien. De ser la hija ejemplar que tanto has querido y mereces.

—Dime qué demonios está sucediendo, Taira, estas asustándome... —supliqué, mi voz sonando más rota que nunca. Salí corriendo hacia el estacionamiento, pero antes de poder abrir la puerta de mi auto, una mano me detuvo en seco. Tragué saliva, asustada.

—Te amo mucho, mami, a ti, a Manu y a Liam —un pequeño sollozo escapó de su boca, podía jurar que algo la estaba presionando con fuerza pues su voz era agitada, cortada.

—No cuelgues, hija, mamá va para allá —pedí agitada, dejando las lágrimas empañar mi rostro, el maquillaje correr mis mejillas que seguramente estaban más blancas que la harina. Aquella mano que aún reposaba en mi brazo me dio un apretón, en sus ojos pude observar la malicia. La respiración al otro lado de la línea fue cesado, y mi corazón se detuvo al escucharla decir aquellas palabras, las últimas que escuché salir de su boquita antes de que Noah me empujara dentro de la casa con brusquedad.

—Si traje mi almuerzo, mami, jamás lo olvidaría.

La puerta se cerró detrás de ese hombre y el pánico, mezclado con la angustia me hicieron caer de rodillas sobre la alfombra. Gotas de agua mojaron mi regazo y pronto los sollozos contenidos salieron a flote, haciendo eco por toda la casa vacía. Noah gruñó y me arrebató el celular de mis manos. Lo hizo pedacitos.

—Vamos, nena, deja de lloriquear —dijo, tomándome de ambos brazos y poniéndome de pie con tanta agresión que hizo a mi bebé patear. Sentí un inmenso dolor, tanto físico como emocional. Sin embargo, no permitiría que ese demente leyera la angustia y el temor que corría dentro de mi sistema al tenerlo frente a frente.

—No importa lo que hagas conmigo, imbécil. ¡Pero a mi familia los dejas en paz! —vociferé de la nada, viendo como sus ojos azules cambiaban de intensidad. Algo dentro de mí decía que este hombre estaba detrás de la llamada, del horrible silencio que embarcó a toda mi colonia en plena tarde.

De él cualquier suposición podría ser verdadera.

Montiel sonrió malévolamente, recorriendo mi cuerpo de pies a cabeza. Un horrible escalofrío subió por mi espalda, pasándose a mis brazos y finalmente a mi cuello húmedo por el sudor. Tragué saliva por segunda ocasión desde que lo vi. Retrocedí unos pasos con la única intención de agarrar la escoba que descansaba sobre la pared, pero su dedo índice negando, y su lengua chistando me detuvieron. Apreté mis dientes.

—Bájate las bragas —ordenó con firmeza, sin rodeos, dando pasos a donde me encontraba congelada. Al principio creí que era un juego para asustarme, para retarme, pero al ver su

expresión seria, sin sentimiento ni sarcasmo, le creí y eso me causó terror. Entonces vi a el hombre por el cual sucedió todo en aquellos años y mi mente se heló no sólo al cruzar mirada con ese miserable, sino porque William se encontraba esposado, con severos golpes en su rostro y cuerpo.

Sebastián lo sostenía bruscamente detrás de Noah.

—No voy a hacer eso —refuté titubeante, haciendo el mayor esfuerzo por tragarme ese nudo en mi garganta seca. ¿Qué hacían ellos aquí? Mejor dicho, ¿cuándo llegaron y por qué tenían a mi pareja? Mis ojos pasaban de un individuo a otro, deteniéndose solamente en mi querido Liam quien parecía haberse topado con el mismo demonio. Sangre caía de su ceja, nariz y boca, formando un notable charco rojo debajo de sus pies.

Quise correr a salvarlo.

—Dijiste que no te importaba, nena, así que bájate las bragas, ¡ahora! —gritó apuntando un arma de fuego a mi vientre. Temí que disparará a mi pequeña y terminé obedeciendo a sus frías intenciones. Sabía perfectamente que si desafiaba a esté hombre bipolar mis seres queridos terminarían lastimados y eso era lo que necesitaba evitar, en especial salvarle la vida a Liam, el único que había estado conmigo en todos mis momentos difíciles.

Nadie podía salir con los pies por delante, ¡no lo permitiría! En estos momentos ya no servía oponerme, de nada servía golpearlo con la escoba o aventármele encima para morderlo y arrancarle pedazos de piel, no cuando tenía un arma de fuego entre manos que en cualquier momento sería capaz de usar en mí contra. Me tenía a su completo merced el maldito desquiciado.

—Las perras siempre deben obedecer a su amo —canturreó gustoso, llamando con su mano libre hacia la puerta, lugar donde un hombre salió sonriendo. Mi boca cayó al suelo—. Alexis, querido sobrino. ¿Ya viste el regalo que te tengo? —El hombre asintió sonriente, lamiendo su labio inferior con asquerosidad. Sentí una punzada enorme en el pecho. El hermano de Josh me barrió entera de pies a cabeza. —Lo prometido es deuda, la perra es toda tuya —esas fueron las palabras que fui capaz de asimilar antes de ser tirada en la alfombra con el hombre que creí era buena persona, antes de que mi ropa fuera arrancada de mi cuerpo como si se tratara de papel.

—¡Suéltenla! ¡Bastardo, no le hagas eso! ¡No! ¡No la toquen! ¡Por favor no la toquen! Por favor... No... —Las suplicas estrujantes de Liam resonaron por toda la habitación, él lloraba, aventaba patadas al hombre que lo sostenía con firmeza y yo sólo podía dejar que el llanto me inundara, que el dolor y la decepción se instalaran en cada poro de mi piel como dagas filosas, como fuego quemando mi ser, haciéndome sentir miserable, sucia y traicionada. Deseé estar muerta.

Entonces todos los recuerdos de mi niñez vinieron como un huracán; recordé a Nathaniel, a Evan, mi hermano testarudo y rebelde, recordé a mi mamá gritándome desde el primer piso para que bajara a cenar y a mi papá contradiciéndola como costumbre. Recordé mi primer beso, las primeras caricias inocentes, las primeras lágrimas por un corazón roto. Todo parecía transcurrir en mi mente como una película, solo dejando ver lo bueno, eliminando lo malo, como si eso de alguna forma lograra alejarme de la realidad tan jodida que estaba viviendo.

—Tuvimos una hija —espeté llorosa, hipeando, sintiendo como los movimientos de Alexis quebraban mi corazón en pequeños fragmentos que estaba segura jamás podría reparar ni con agua bendita.

Mis manos se hicieron puños a un costado.

—¿De qué hablas? —preguntó Noah, la sorpresa tomando posesión de sus facciones duras y frívolas. Intenté abrir mi boca para responderle, pero el dolor que sentí en mi vientre me lo impidió. Alexis no solo me estaba lastimando, sino que también lastimaba a mi bebé.

—N-no le hagas caso, Noah, solo está jugando contigo —dijo él entre jadeos. Con mis ojos empañados busqué sus ojos. Un sentimiento conocido me recorrió.

—¡Aléjate! —dictaminó, apuntando el arma a su cabeza. Alexis se quitó—. Y tú, más vale que me respondas si no quieres que te mate con mis propias manos en este instante.

Todo lo que decía era irreal. Simplemente me costaba mucho olvidar al Noah que yo conocí cuando niña, me costaba mucho pensar que su inocencia, sus sentimientos puros, su manera tan hermosa de protegerme y hacerme sonreír hubieran sido transformadas por un mal entendido que Sebastián provocó por celos. Tal vez si nunca hubiera aceptado ir a su casa para ver esa película, el hombre de ojos azules que tenía frente a mí, sosteniendo esa arma de fuego, sería el mismo que amé, el mismo a quién le permití sostener mi corazón cuando perdí a Nathaniel.

—Cuando te fuiste a Madrid yo me encontraba con mi abuela —murmuré, intentando ponerme de pie, pero fallé. Volví a intentarlo—. A los pocos meses supe que estaba embarazada. Esperaba un hijo tuyo.

—¿Y do-dónde está? —su tono agresivo cambió por uno sorpresivo, preocupado. En su mirada pude observar esa pizca de ilusión al saber que tuvimos un hijo, porque a pesar de todo, sabía muy bien que su amor por mí antes de aquella atrocidad fue puro.

—Ella está bien, es una buena niña. Pero por su bien no pienso decirte donde encontrarla.

—Tengo derecho a saber sobre ella —refutó, alzando la pistola a mi cabeza—. Más vale que hables, Katherine si no quie...

Entonces los sonidos de varios disparos interrumpieron nuestra discusión. Mi rostro entero se salpicó de sangre y el hombre que me apuntaba cayó a un lado, lánguido, su cabeza hecha pedazos. Retrocedí aterrada, protegiendo a mi bebé. Busqué con la mirada a las otras personas, pero lo único que encontré fue a otros dos cuerpos tirados en el suelo, con varios agujeros en el pecho. Giré a mi izquierda, el terror palpable en mi lengua, la sangre recorriendo mis muslos.

—Y-y-y-yo n-no supe que más ha-hacer —dijo tembloroso, aferrando el arma de fuego contra su cuerpo. El miedo instalado en todo su ser. Di unos pasos a donde residía temblando, pero bastaron sus lágrimas para detenerme en mi trayecto. Era evidente que no me quería cerca—. L-l-los maté, Kate... maté a... tres hombres —susurró al borde del colapso.

Corrí a abrazarlo, valiéndome su mirada que decía que no me acercara. Su cuerpo entero temblaba, y en ese momento no supe que decir, estaba demasiado sorprendida por toda esta situación. En si ya ni sabía lo que sentía, todo era tan malditamente confuso que solo quería dormir y no despertar. Quería pensar que todo era producto de mi imaginación.

A los pocos minutos las sirenas de las patrullas se escucharon, Liam ya ni parecía estar en este mundo, se encontraba demasiado pálido, extraviado. Con mis manos acuné su rostro, intenté hablarle, pero nada. Los policías entraron armados, gritando quien sabe que cosas, inspeccionando la casa, asegurándose que no hubiera más delincuentes dentro. En cuanto vieron a mi pareja con el arma en mano apuntaron a nuestra dirección. Lo único que pude hacer fue aferrarme con ahínco a su pecho. No quería que me separaran, no quería alejarme de él.

Yo... no quería volver a estar sola.

Con demasiada facilidad lograron quitarlo de mis brazos, grité, supliqué, lloriqueé, les intenté decir que todo esto fue en defensa propia, pero ellos no me creyeron, no cuando todo a simple vista apuntaba que William era culpable. Lo sacaron de mi casa esposado, con la cabeza gacha, y lo único que pude hacer fue ver como me lo quitaban, como lo subían al maldito carro sin dejarme acercar. Cuando por fin me logré soltar de ese oficial corrí como desquiciada, pero fue demasiado tarde. El carro ya iba muy lejos. Caí de rodillas en el pavimento.

—Señora por favor venga con nosotros. Necesitamos examinarla y ver que todo esté bien con

usted y su bebé —dijo una voz femenina. Giré a ver a la mujer a mi lado, pero cuando intenté hablar, cuando quise mover mis labios para dejar las palabras fluir, caí inconsciente.

Abrir los ojos horas después me causó estragos, dolor, llanto y desesperación. Tantas malas noticias en un solo día me estaban hundiendo en un túnel sin salida, uno que buscaba someterme en lo más profundo de la oscuridad. En cuanto vi a mi hermana de pie a mi lado, con lágrimas surcándole sus mejillas entendí que nada bueno me esperaba en cuanto ella decidiera abrir su boca.

Así que le supliqué no me dijera nada.

No por el momento.

Así permanecí algunos días, absorta en mis pensamientos, hundida en mis lamentos, lejana al mundo que día a día cambiaba. Pero de nada sirvió prolongar más la noticia pues una parte de mí ya la sabía, una parte de mí ya sangraba por su recuerdo, por su ausencia en este lugar y lo único que pude hacer fue llorar, sacar todo ese estúpido dolor que se empecinaba en derrumbarme.

Por cuestiones legales tuvimos que salirnos de mi casa, y eso fue aun peor, aun recordaba como mi pequeño hijo gritaba desesperado que no quería irse, que no quería abandonar el único lugar que conocía como un hogar, uno donde se quedaron enterrados tantos recuerdos, tantas alegrías y sonrisas. Intenté hacerme la fuerte por él, pero no pude. Ya no quería fingir más.

Sin darme cuenta siete años pasaron desde aquel día en que mi vida cambió por completo, dando un giro de 180°. A pesar del tiempo seguía recordando el sonido de las sirenas fuera de mi casa, el rostro de William cuando fue arrastrado hasta la patrulla por haber asesinado a tres hombres y mis suplicas ante los policías. Pero, sobre todo, nunca fui capaz de olvidar la satisfacción que sentí al saberlo muerto, lejos en el maldito infierno donde ardería por todas las atrocidades que me hizo, no solo a mí sino a las otras mujeres inocentes que no tenían ninguna culpa.

Recorrí toda la playa descalza, disfrutando de la arena meterse entre los dedos de mis pies. A lo lejos podía observar como Manuel corría detrás de Jade, mi hermosa nena de ojos grises y cabello castaño igual que su padre.

Nathaniel, así se llamaba el padre de mi hija, hombre que destruyó mi muralla más de una vez, mismo que me enseñó a ver el mundo con otra perspectiva, una oscura y tenebrosa, cosa que le agradecía pues entendí que no todo es color de rosa y que la realidad dolía como los mil demonios. Y aun así yo misma tenía el poder de levantarme, de enfrentar todos los miedos, todas las trabas que se interpusieran en mi camino. Eso es algo que nunca imaginé poder hacer por mi sola.

Lo cierto es jamás lo volví a ver, solo supe por boca de su secretaria que se había ido a Inglaterra con su hermano, y algo respecto a un matrimonio, sin embargo, no me metí tanto en detalles. No tenía ningún derecho, además, no me sentía preparada para enfrentar otra realidad sabiendo lo que mi corazón guardaba. Por otro lado, ver a mis hijos felices, riendo y disfrutando de los placeres que nos daba la vida me hacía sentirme en paz, afortunada de poder hacer lo que más adoraba en el mundo que era estar con ellos.

Claro, había días donde esa sensación me abandonaba, dejándome en plena oscuridad junto con los recuerdos deprimentes donde tuve que sepultar a mi querida Taira junto a su padre que demostró ser un hombre honesto incluso cuando cometió errores.

Haberlos sepultado a ambos el mismo día no fue nada fácil, de hecho, todavía me perseguía esa culpa, pero sabía de antemano que fueron accidentes, algo que yo no pude controlar. Muchas veces me encontré llorando en mi habitación por sus pérdidas, pero mis hijos, sobre todo mi esposo, me recordaban día a día que lo inevitable no se puede remediar. Que debía intentar cerrar

ese ciclo y continuar con mi vida pues de nada servía lamentarse.

Los lamentos no reviven a los muertos.

A mis treinta y cinco años comprendí que los lamentos nos arrugan el alma, nos hacen sentir miserables, sobre todo nos hacen pensar y repensar en las cosas que hicimos para llegar a semejante situación donde probablemente ya nada pueda ser cambiado. Por eso, el día que le puse un fin a lo que sentía por Nathaniel, mi corazón floreció, dando la oportunidad a otro amor distinto, uno menos tóxico, menos forzado. Si bien nunca amaría con aquella intensidad de adolescente sabía que lo que sentía por Liam era verdadero, diferente, algo que sanaba aquellas heridas como bálsamo. Y ahora, cada mañana que despertaba a su lado, que veía nuestras piernas enlazadas bajo las sábanas blancas agradecía a Dios por haberme regresado la esperanza después de haber perdido tanto, después de haber dolido tanto.

Ese hombre logró regresarme la calma, supo enseñarme que, a pesar de los fracasos, de las malas rachas, continuar es posible siempre y cuando pongas empeño en ello. Y junto con su constante apoyo, logramos salir de aquel agujero que nos hundió.

A los tres años de que naciera Jade contraí matrimonio con Liam quien por fortuna logró salir bajo fianza sin ningún cargo penal. Fue una boda sencilla, pero en efecto, rodeada por todos nuestros familiares y amigos. Ese día toda mi oscuridad se aclaró y, por primera ocasión, sentí que podía lograr cualquier cosa que me propusiera siempre y cuando él estuviera a mi lado, sosteniéndome, amándome como lo hace. Medio año después intentamos procrear bebés, sin embargo, no fue posible pues mi útero se dañó con el parto de mi hija.

Aun así, esa noticia no nos detuvo, seguimos intentando hasta que por fin, después de cuatro años de matrimonio, de intentarlo casi a diario, logramos aquella felicidad juntos.

—¿Ya le dijiste? —preguntó Clau desde el otro lado de la línea. Mi mano izquierda viajó involuntariamente a mi vientre. Sonreí.

—No sé cómo hacerlo, amiga —confesé, deteniendo mi paso para observar como el sol se ocultaba detrás del mar. Adoraba este lugar.

—Díselo, así, sin anestesia, estoy segura que se emocionará tanto como tú.

—Tan solo pensar en abrir mi boca para decirle eso me dan nervios —pero era cierto, nunca fui del tipo nerviosa respecto a mis embarazos, de hecho, solo una vez tuve en la posición de decirle a alguien que esperaba bebés y no fue vergonzoso, más bien me aterró, pero ahora todo era distinto pues para empezar el padre no sería alguien quien se fuera al mes de saberlo, y claro, yo no era una niña que desconocía estos temas.

—Hazle como yo con Gideon, se lo solté mientras hacíamos el amor —dijo carcajeando y por alguna extraña razón me imaginé al español con mirada aterrada, incrédula, principalmente porque él nunca fue del tipo que se veía en una relación estable en el futuro.

—Eres un ser demasiado cruel, Claudia —inquirí a carcajadas, haciendo señas con mi mano para que Manuel y Jade regresaran a la casa donde de seguro su papá ya preparaba la cena como costumbre.

—Cruel o no, él sabe que lo amo como nunca pensé amar a alguien. Y perdón, pero tengo que colgar que Leslie y Enrique están peleando como costumbre. Chao, Kat, te quiero mucho y ven a visitarme pronto que el pequeño Joshie pregunta mucho por ti.

Dicho aquello me despedí de mi amiga y finalicé la llamada. A decir verdad, extrañaba verla y tomarme un café con ella. Desde que nos mudamos a Quintana Roo pocas veces había viajado a Nebraska y eso me entristecía pues no solo abandoné a mi amiga, sino también a mis padres y hermanos. No me gustaba admitirlo, pero al menos por un año no podré salir ya que las cosas en nuestra editorial iban mejorando, lo que significaba más trabajo y viajes en busca de reportajes

jugosos. Así que mi visita tendría que demorar un poquito más.

Lo bueno de todo era que Leonel, mi hermano menor, ayudaba en los quehaceres de la casa, sobre todo con la repostería de mamá debido a que mi padre viajaba por el mundo en busca de nuevas oportunidades de trabajo y no podía ayudar. Eso levantaba un enorme peso de mi espalda ya que yo había quedado en ayudarla cuando naciera Jade.

Ethan, por su parte, seguía dando clases en el colegio, pero desde que supo del divorcio de Christian y Claudia su matrimonio se fue a la basura. ¿La razón? Su olvido contra aquel amorío fracasó. Si, Evan le demostraba día a día el otro lado del amor, no obstante Ethan subestimó su esfuerzo y terminó alejándolo junto con su hija. Ahora mi hermano testarudo buscaba la forma de recuperar a su familia pues, por más que ansiara estar con Chris, él nunca se compararía con Evan y su niña. Caminé hasta la casa, en mi cabeza armando las palabras correctas para decirle a Liam que seríamos padres. Tal vez podría comprar unos zapatitos de bebé y ponérselos en su escritorio, o podría mandar hacer una playera que dijera “felicidades papá”, o algo por el estilo.

Cielos, la verdad no sabía cómo soltarle tan maravillosa noticia.

—¡Mamá! Apresúrate que papi ya terminó de poner la mesa —gritó Jade una vez que abrí la puerta. A lo lejos vislumbré como mi hijo de diecinueve años vertía jugo de piña en los vasos de cristal que compré la semana pasada.

—Si, mi cielo, ya voy. Solo deja ir al baño.

Recorrí todo el pasillo hasta llegar al fondo, lugar donde se encontraba el segundo baño de la casa. Abrí el grifo de agua y, con ambas de mis manos, humedecí mi rostro. Tomé una de las toallas que siempre dejaba y lo sequé. Debía encontrar una manera para soltarle la noticia con sutileza, sobre todo prudencia.

—Luces hermosa —musitó Liam desde el umbral de la puerta. Una sensación deliciosa recorrió mi columna hasta llegar a mi cuello. Lo jalé de la camisa para estamparlo contra mis labios. Él gruñó. —Alguien está de buen humor.

—¿Y cómo no estarlo? Tengo al esposo más maravilloso y sexy del universo entero —dije mordisqueando su labio inferior. Liam tomó mis caderas y me pegó a su pelvis.

—A veces siento que solo me quieres por el espléndido sexo que te doy —dijo burlón, curvando sus perfectos labios en una pícaro sonrisa.

—Sí, puede ser —guiñé un ojo—, pero también porque eres todo lo que soñé.

—¿Todo?

—Todo.

Demoramos algunos minutos en el baño pues mi necesidad carnal de tenerlo enterrado entre mis piernas me obligó a suplicarle que me tomara ahí. Y no objetó, de hecho, cuando teníamos sexo fuera de la cama era mucho más placentero e intenso que estando dentro. La adrenalina de ser descubiertos o escuchados nos encendía como si fuéramos adolescentes, eso mantenía la relación viva, fresca.

Al salir, mi cabello se encontraba alborotado, detalle que él no pasó por apercebido.

—Siempre tan cuidadoso con todo, señor Villalta.

—Y usted tan descuidada, señorita. Vamos, la cena nos espera.

—Serás un buen padre —solté de repente, haciéndolo detener en seco. Sus ojos oscuros me dieron aquella mirada de confusión que adoraba.

—Ya lo soy —admitió, su mano posándose en mi mejilla caliente.

—Y lo volverás a hacer —con la mía guie la suya hasta mi vientre, donde, al llegar, las lágrimas no tardaron en brotarle de sus preciosos ojos.

Entonces comprendí que todo lo que había vivido fue por un propósito, que toda aquella

oscuridad se despejaría tarde o temprano para obsequiarme aquella luz que necesité desde niña.  
Mi familia era mi luz, y no ocupaba nada más para ser feliz.  
Ya tenía todo lo que alguna vez soñé.

**FIN**